
MULTIMILLONARIO
IMBECIL
Shawn Boushley

Título: Multimillonario imbecil
© 2025, Shawn Boushley
©De los textos: Shawn Boushley
Ilustración de portada: Shawn Boushley
Edición emitida por: Shawn Boushley
Todos los derechos reservados

GRACIAS POR COMPRAR ESTE EBOOK.

Contenido

Capítulo 1

Capitulo 2

Capitulo 3

Capitulo 4

Capitulo 5

Capitulo 6

Capitulo 7

Capitulo 8

Capitulo 9

Capitulo 10

Capitulo 11

Capitulo 12

Capitulo 13

Capitulo 14

Capitulo 15

Capitulo 16

Capitulo 17

Capitulo 18

Capitulo 19

Capitulo 20

Capitulo 21

Capitulo 22

Capitulo 23

Capitulo 24

Capítulo 1

Hace un año y medio...

—Prométeme que te cuidarás, querida —dijo Marta, siguiendo a Eneida hacia el tren, que ya comenzaba a moverse.

—Te lo prometo, mamá —respondió Eneida por enésima vez ese día.

Las lágrimas se deslizaban por el rostro de Marta, arruinando el rostro perfecto que Eneida esperaba recordar por mucho tiempo.
—¿Y prometes llamar siempre, verdad? —preguntó su madre, apretándole aún más el pecho con ese último intento de retenerla.

Eneida la abrazó con fuerza.
—Te llamaré, te lo prometo. Cada semana, tanto como pueda —susurró, antes de separarse para ayudarla a secarse las lágrimas.

Marta le tomó las manos con suavidad, obligándola a mirarla a los ojos, intentando transmitirle seguridad.
—Si las cosas se ponen difíciles, sabes que siempre puedes volver a casa, ¿de acuerdo?

Eneida asintió, mordiéndose los labios. Marta actuaba como si fuera una despedida definitiva, aunque ambas sabían que no era así.
—Lo sé. Si después de dos años las cosas no funcionan, volveré al pueblo, conseguiré un trabajo decente... y me casaré. Te lo prometo. Ahora, deja de llorar, que la gente está empezando a mirar.

Marta asintió, secándose las lágrimas. Besó a Eneida en la frente.
—Cuídate, ¿sí?

Eneida asintió una vez más antes de recoger su bolso. Marta bajó del tren y se despidió con la mano.

AHORA...

—Por favor, señor Farid Haddad... solo una semana más. Prometo que encontraré dónde mudarme —suplicó Eneida mientras lo seguía fuera de su apartamento.

Farid Haddad, el conserje del edificio, llevaba ya trece meses viéndola vivir allí, y este sería el último.
El hombre, de rasgos árabes, le dirigió una sonrisa apenada.

—Me cae bien, señorita Serrano, pero se me escapa de las manos. El señor Blackthorn, el nuevo propietario, espera que todos se hayan ido antes del viernes para demoler el edificio y empezar de cero.

Eneida se frotó la frente con fuerza, sintiendo que una migraña comenzaba a apoderarse de ella.

—Señor Farid Haddad... eso es mañana —dijo, intentando razonar, pero él la interrumpió.

—No me pongas en esta posición, Eneida —suspiró—. Has sido una de las mejores inquilinas del edificio, pero debes irte antes del viernes.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y su voz tembló.
—No tengo a dónde ir —murmuró con tristeza.

La noticia la había tomado completamente por sorpresa. No tuvo tiempo de buscar un lugar adecuado donde mudarse, y mucho menos podía permitirse un hotel.

—Lo siento, señorita Serrano —se disculpó Farid Haddad antes de salir de la habitación.

Cuando llegó a la gran ciudad hace dieciocho meses, Eneida estaba decidida a perseguir su sueño: dedicarse al diseño de modas. Y no había mejor lugar para hacerlo que Lagos, una ciudad donde todo parecía posible.

Al principio, se instaló con entusiasmo y comenzó a trabajar en algunas de las empresas sobre las que había leído desde casa. Pero ninguna aprobó su trabajo.
Aun así, persistió. Cuanto más se esforzaba, más fracasaba. Cada rechazo era como una herida abierta, y el sueño que tanto la había ilusionado comenzaba a desmoronarse.

Dieciocho de los veinticuatro meses que se había dado para lograrlo ya habían pasado, y ahora, para empeorar todo, debía dejar su hogar sin que le devolvieran los seis meses de alquiler que pagó por adelantado.

Se dejó caer sobre el frío suelo de baldosas. Hundió la cabeza entre las piernas, mientras las lágrimas le ardían en los ojos. La vida parecía no darle tregua. Desde siempre había tenido que luchar por todo, y cuando una batalla terminaba, otra comenzaba. ¿Terminaría alguna vez?

—Damas y caballeros, tenemos el honor de anunciar al hombre exitoso del año: el señor Dorian Blackthorn —anunció una voz desde la televisión, seguida por el estruendo de aplausos mientras las cámaras mostraban a un joven levantándose para subir al escenario.

¿Por qué me suena ese nombre?, pensó Eneida desde el suelo. *¿Dónde lo he oído antes?*

Intentó hacer memoria. Y entonces, como un relámpago, lo recordó: **Blackthorn**. Ese era el nombre del hombre que, según Farid Haddad, había comprado el edificio.

Saltó del suelo, tomó un bolígrafo y papel, y se acercó al televisor. Al ver su nombre escrito en la pantalla, lo anotó con rapidez. Luego corrió hacia su portátil, escribió el nombre completo y pulsó "buscar", esperando pacientemente a que apareciera la información.

Afortunadamente, la transmisión era una repetición, y eso le dio tiempo para investigar.
Descargó todo lo que pudo encontrar sobre él, y no tardó en sorprenderse. Al parecer, era un multimillonario hecho a sí mismo, con fuertes inversiones en causas humanitarias y científicas. El artículo lo describía como un filántropo entusiasta, comprometido con cambiar el mundo para mejor. Incluso otros multimillonarios del país se habían sumado a su causa.

¿Qué tan malo puede ser?, pensó.

Eneida se lavó la cara, aún llorando, se maquilló un poco y recogió su cabello desordenado en una coleta lateral. Se calzó las zapatillas y salió de su apartamento.

Según lo que había leído, el **Grupo Blackthorn** —nombre oficial de su empresa— estaba a solo unos minutos a pie de allí. Eso explicaba su interés en comprar el edificio.

Le sorprendía haberse pasado casi dos años en ese barrio sin haber prestado atención a nada ni a nadie a su alrededor. Se culpó por

haberse dejado consumir por el sueño, al punto de olvidar disfrutar la vida. Prometió cambiar eso a partir de ahora.

Finalmente, llegó a la 14th Street. Se detuvo al ver el edificio y su mandíbula cayó: era una imponente estructura que parecía tocar el cielo. Si seguía mirando hacia arriba, terminaría cayéndose de espaldas.

—Disculpe, señora —murmuró un joven de traje azul, rozándola al pasar a toda prisa rumbo a la entrada. Mientras se alejaba, Eneida alcanzó a oírlo susurrar—: Ya estoy despedido...

Eneida tragó saliva y miró su reloj de pulsera.
—Son solo las ocho con tres minutos —se dijo a sí misma antes de entrar al edificio.

El interior resultó aún más impresionante que el exterior. Todo estaba perfectamente organizado: cada empleado en su sitio, concentrado en su trabajo. Se acercó a uno de ellos, un joven rubio de veintitantos años, que tecleaba en una esquina. Al llegar, Eneida le dedicó una leve sonrisa.

El hombre se detuvo y la miró con una expresión que decía claramente *"no tengo tiempo para esto"*.
—¿Puedo ayudarla?

—Sí, buenos días. Estoy buscando al señor…

—¡Dios mío, ya está aquí! —interrumpió el hombre, con la voz entrecortada—. ¿Puedes moverte? No quiero problemas con el jefe.

Antes de que pudiera responder, Eneida se giró... y lo vio.
Dorian Blackthorn.

Todo a su alrededor pareció detenerse, y ella también. No quería admitirlo, pero era atractivo Muy atractivo Piel aceitunada, cabello negro y espeso, mandíbula marcada, nariz perfectamente esculpida, labios rojos, y esos ojos verdes que parecían perforar el alma. *Definitivamente, guapo no le hacía justicia.*

—¡Hola a todos! —Gritó Dorian, atrayendo las miradas—. Saluden a Elijah.

Tiró del brazo de un joven que Eneida había visto al entrar.
—Hola, Elijah —respondieron todos al unísono, como si fuera un ritual.

Elijah, un joven de piel oscura y ojos cansados, agachó la cabeza, avergonzado.
—Elijah llega tarde otra vez, y todos saben que la primera vez es…

—Advertencia —respondió el personal, en perfecta sincronía.

—Así que todos, despídanse de Elijah.

Los ojos de Elijah se abrieron con desesperación. Estaba al borde del llanto.
—Adiós, Elijah.

Dorian le dio una palmadita en el hombro.
—Vaya a limpiar su escritorio, señor Rivera.

—Señor, por favor… —murmuró Elijah, apenas audiblemente—. Mi madre está en el hospital Necesito este trabajo o nos echarán…

—No es mi problema —interrumpió Dorian con frialdad—. Limpie su escritorio o llamaré a seguridad para que lo haga por usted.

Elijah bajó la cabeza y se alejó en silencio, arrastrando los pies.

Dorian no había terminado.
—Que esto sea una advertencia para todos: si hacen lo mejor posible, serán recompensados. Si no… serán despedidos. Ahora, sigan con su día.

Eneida vio su oportunidad y se acercó, pero dos hombres corpulentos se interpusieron.
—¡Déjenme pasar! —protestó, empujándolos sin éxito.

—¿Quién eres y qué quieres? —preguntó uno de ellos con voz dura.

—Solo quiero hablar con su jefe.

—Él no quiere hablar contigo.

—¿Podrían al menos preguntarle?

—¿Quién es? —preguntó Dorian, ahora más cerca, con voz imponente.

—Una señora que quiere hablar contigo —respondió uno de los guardias.

Dorian se les acercó.
—Escuchémosla, entonces.

Eneida se quedó paralizada.
—¿Qué?

—¿No entiendes el idioma? —bufó él.

Ella negó rápidamente.
—No, yo… Me alojo en la Avenida 17, en la zona continental…

Él frunció el ceño.
—¿Me estás invitando a tu casa ahora? Porque tengo mejores

propuestas.

Los guardias rieron. Eneida se sonrojó de inmediato.
—N-no... Tú eres el nuevo propietario del edificio. Dijeron que lo demolerás mañana.

—Creo que ya di prórrogas y devolví el doble del alquiler a todos.

—Sí, lo hiciste… pero encontrar un nuevo lugar no es tan fácil como parece —dijo, con frustración evidente.

—Entonces regresa a tu ciudad natal, jovencita.

—¡Solo necesito un poco más de tiempo!

—Veinticuatro horas. Esa es mi oferta más generosa —dijo, girándose para marcharse.

—¡Eso no es justo! —gritó ella, siguiéndolo.

—¿Injusto? Injusto será cuando derribe el edificio contigo adentro. Créeme, si no te vas en veinticuatro horas, eso haré.

¿Era un hombre o una máquina? Pensó Eneida. *¿Cómo puede alguien tener tan poca compasión?* Tal vez ayudaba a los pobres solo por la atención que eso le traía.

—Eres increíble —murmuró con desdén.

—Ser increíble me trajo hasta aquí —respondió él, orgulloso.

—Y ser imbecil te llevará al lugar donde mereces estar. Puedes ser multimillonario, pero sin duda eres un imbecil.

Silencio.

Toda la sala la miraba. Eneida tragó saliva al notar las miradas atónitas... y la furia en los ojos de Dorian Blackthorn.

No dijo nada más. Solo se dio la vuelta y salió… corriendo.

Al llegar a la puerta, se cruzó con Elijah, aún sosteniendo su caja con pertenencias.
—Oye… vi lo que pasó. Nadie merece eso —le dijo con una leve sonrisa.

Eneida sonrió débilmente.
—Gracias… Escuché lo que le dijiste allá adentro. Todos desearíamos tener ese valor. Así que, en nombre de quienes no lo tuvimos… gracias.

—No hay problema —respondió ella. A pesar de todo, había logrado sacar una sonrisa a alguien.

Caminaron juntos unos metros.
—¿Qué vas a hacer ahora?

—Volver a casa, empacar y buscar dónde mudarme… antes de que llegue mañana.

—Hay una casa en alquiler cerca de donde vivo. Si quieres, puedo mostrártela hoy.

Ella lo miró con los ojos brillantes.
—¿En serio?

—Definitivamente. No es lujosa, pero es algo.

—Perfecto, gracias.

—El multimillonario imbecil… Espero que alguien escriba algo sobre ese maldito exjefe algún día —dijo Elijah, y ambos rieron.

Horas más tarde…

Se oyó un golpe en la puerta Dorian dejó caer el bolígrafo y cerró el expediente.

—Adelante.

Victor Navarro, un hombre alto, de unos cuarenta y tres años, vestido de traje negro y jefe de seguridad de Dorian, entró con paso firme.
—Me dijeron que me necesitaba.

—Así es —respondió Dorian, recostándose en su silla—. Tengo un trabajo para ti.

—¿Qué sucede, jefe?

Se frotó la mandíbula, pensativo.
—Quiero que investigues a alguien. Todo lo que puedas encontrar.

—¿Quién es?

—Su nombre es Eneida Serrano.

Capítulo 2

—Entonces, ¿qué piensas? —preguntó Elijah al ver a Eneida salir del apartamento con una gran sonrisa.

Habían recorrido el lugar junto y, cuando Lourdes —amiga de la madre de Elijah y dueña del departamento— llegó, ambas conversaron mientras él esperaba afuera. Habían pasado casi quince minutos desde la última vez que hablaron.

—¡Está bien, me gusta! —chilló Eneida con entusiasmo, abrazándolo —. Y según Lourdes, puedo mudarme si doy seis meses de anticipo.

No podría haber estado más feliz de decir esas palabras.

—¿Es una gran noticia entonces? —preguntó él, mirándola fijamente a los ojos.

No conocía a Elijah desde hacía mucho, pero lo suficiente como para saber que le había tendido la mano cuando más lo necesitaba.
—Sí. Gracias, Elijah. Me salvaste la vida —dijo mientras continuaban caminando.

Su sonrisa se desvaneció cuando él murmuró:
—Si tan solo eso fuera cierto…

Eneida no necesitó pensarlo dos veces para saber a qué se refería. Había escuchado que su madre estaba en el hospital cuando Dorian lo despidió esa misma mañana. Qué frío había sido ese hombre, ignorando una razón tan válida.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó, mirándolo. Vio cómo su rostro se ensombrecía.

—Aguantando —respondió con un suspiro.

—Eso está bien… ¿no?

Elijah respiró hondo, con dificultad.
—Ella ya no le ve sentido a seguir luchando. Dice que se ha convertido en una carga mayor de lo que jamás quiso ser. Esta mañana tuve que decirle que mantuviera la fe antes de salir…

Eneida guardó silencio unos segundos. Luego dijo lo obvio:
—Por eso llegaste tarde.

Él asintió, sin palabras.
—No puedo decirle que me despidieron… la destrozaría.

—¿Y qué le vas a decir? —Arqueó una ceja—. Mentir solo durará un tiempo.

Lo comprendía bien. Cada vez que hablaba con su familia, les decía que estaba bien… aunque estuviera lejos de la verdad. No podía preocuparlos, así que mentía.

—Me tomará un tiempo encontrar otro trabajo.

—Creo que pronto encontrarás uno mejor —le dijo, dándole una palmada en el hombro, en un intento de reconfortarlo.

Horas más tarde…

—Estás pensando —señaló Liana en voz baja, tamborileando los dedos sobre el pecho de Dorian.

Lo observaba fijamente, la mirada perdida en el techo, absorto. Lo conocía bien, y sabía que esa expresión solo aparecía cuando algo realmente lo inquietaba. Había visto ese rostro al entrar hacía una

hora, y por primera vez, ni siquiera el sexo lo había ayudado a despejar su mente.

Él negó con la cabeza, aunque sabía que ella lo conocía demasiado.
—¿Qué pasa? ¿Alguien te da problemas en el trabajo?

Probablemente se estaba involucrando más de lo que debía.

Él se giró y sus ojos se encontraron con los de ella.
—Incluso si los tengo, realmente no hay nada que puedas hacer. Porque, la última vez que verifiqué, estás casada… y no conmigo.

Liana gimió, se cubrió con la sábana y se incorporó.
—Dorian, por favor, dime que no vas a volver con lo de mi matrimonio.

Él se encogió de hombros, sentándose también.
—Nunca he mentido, y no voy a empezar ahora. Me dejaste, te casaste con Edmund… y ahora lo engañas conmigo. No olvides que yo también tengo novia.

Cuando comenzaron esto hacía unos meses, se juró que sería la última vez. Pero había algo en Liana que siempre lo hacía volver.

Ella puso los ojos en blanco.
—Tú también quieres esto. No me eches toda la culpa.

—No lo haría. Es tan culpa tuya como mía. Quiero esto porque aún siento algo muy fuerte por ti. Pero espero superarlo… solo que ese día no es hoy —dijo antes de atraerla y besarla, empujándola nuevamente sobre la cama.

El teléfono de Dorian sonó. Ambos gruñeron y se separaron. Él intentó ignorarlo, pero Liana lo miró.

—Ignóralo —dijo ella.

Él dudó un momento. Luego silenció el teléfono. Pero justo cuando estaban por retomar el beso, el móvil volvió a sonar.

—Podría ser importante —explicó, con tono de disculpa, y se levantó para contestar.

—La última vez que verifiqué, todavía soy muy importante —replicó Liana con ironía.

Él no discutió. Al ver la pantalla, reconoció el nombre: Victor Navarro.

—Lo siento, tengo que contestar —dijo, entrando al baño.

—¿Sí? —respondió con tono profesional.

—Señor, me he puesto en contacto con Eneida Serrano, tal como usted pidió —informó Victor Navarro.

—¿Tienes toda la información?

—Sí, señor. Se la entregaré en la oficina. Pero... hay algo más.

—¿Qué cosa?

—Creo que debería vigilarla de cerca. No es como las demás.

Dorian guardó silencio unos segundos.
—Hazlo. Que no le falte nada —ordenó antes de colgar.

Al girarse, vio a Liana de pie, vestida ya con su vestido negro. Tenía los brazos cruzados. Su expresión era indescifrable… justo como siempre. Una de las cosas que más lo sacaban de quicio era no poder leerla.

Dorian dio unos golpecitos al teléfono, buscando palabras.
—Lo siento.

Ella esbozó una sonrisa… ambigua.
—¿Debo estar enojada? Al menos ahora sé por qué la llamada era tan importante. ¿Es guapa?

Él gruñó y bajó la mirada.
—No es lo que piensas.

—¿Y qué crees que pienso? —preguntó ella, arqueando una ceja.

—Que nos estamos chingando… pero esto es diferente.

Liana se llevó una mano a la cadera, levantando la barbilla con arrogancia.
—Y si no lo fuera, ¿tendría derecho a enojarme?

—¡Sí! —respondió sin pensarlo.

Ella negó con la cabeza, dio un paso hacia él. Sus ojos marrones no se apartaron de los suyos ni un segundo.
—No, no lo tengo. ¿Y sabes por qué? Porque no soy tu novia. Y tú no eres mi esposo.

—Por favor, no vayas por ahí —rogó, apartándose.

—¡Pero es la verdad! —respondió ella, deteniéndolo—. Solo somos dos personas rotas, demasiado jodidas para seguir adelante… así que nos conformamos con destruirnos mutuamente.

Él respiró hondo, la furia contenida detrás de sus ojos. Quería herirla por lo que acababa de decir… pero no podía. Porque en el fondo, sabía que tenía razón.

—¿Eso es lo que te dices? ¿Que estamos jodidos?

—Sí —asintió con remordimiento—.Y vamos a ir al infierno por ello. La forma en que me haces sentir no cambia esa realidad.

—¿Qué estás tratando de decir? —preguntó él, luchando por mantener la calma.

Ella se acercó, Él deseó decirle que no lo hiciera, pero también deseaba que la abrazara y no lo soltara nunca.

—Cometí el mayor error de mi vida cuando te dejé para casarme con Edmund. Y aunque lo que hacemos se siente increíble… está mal en todos los sentidos.

Le acarició la mejilla con ternura.

Él le toma la mano, intentando detener la reacción que su tacto provoca en su cuerpo.

—No sé de dónde viene todo esto, porque la Liana que estaba en la cama conmigo hace menos de diez minutos... no parecía importarle.

Ella apartó su mano, bajando la mirada.
—Bueno… no lo habría hecho si no hubieras recibido esa llamada Si no te hubiera oído tan decidido por teléfono, probablemente no me habría dado cuenta de lo egoísta que he sido. Intentando conservarte como si fueras mío, incluso cuando sé que ya no lo eres… que ya no puedes serlo.

Dorian vuelve a tomarle la mano, con fuerza, con desesperación.

—Te amo. Y tú me amas. Eso es lo único que me importa.

Liana sonríe, apenas. Le acaricia la barba incipiente con ternura.
—Creo que te mereces algo mejor.

Él aprieta la mandíbula, endureciendo el rostro Le aparta la mano con brusquedad.

—¡No puedes decirme lo que crees que merezco! —exclama, alejándose y entrando en la habitación—. ¡Perdiste ese privilegio el día que me arrancaste el corazón llamándome "un chico demasiado joven para ti"… el día que dijiste que no podías esperarme!

Ella lo sigue, con el rostro pálido, temblorosa.

—Tienes razón… —susurra— No lo creo Pero Edmund también merece algo mejor. Y Bianca Torres… también. No podemos seguir haciéndoles esto.

Él se vuelve hacia ella, con los ojos ardientes de rabia y dolor.

—Y al igual que hace cinco años… estás terminando las cosas otra vez —escupe las palabras como si le dolieran en la garganta.

Cierra los ojos con fuerza. Las lágrimas arden, amenazando con salir. Recordar aquella ruptura le duele como si hubiera sido ayer. Nunca sanó realmente. Y ahora… el pasado se repite.

—Sí —responde Liana con voz quebrada, mientras toma su bolso—. Solo que esta vez… no voy a volver.

Capítulo 3

Dos semanas después…

Llaman a la puerta de Dorian Él levanta la cabeza de la almohada y deja escapar un gemido sordo. Pensando que probablemente sigue soñando, la vuelve a dejar caer, cerrando los ojos. Pero llaman de nuevo, esta vez con más fuerza, y él gime en voz alta, frustrado: no debería sentirse tan cansado a esta hora.

—¡Vete! —gruñe, hundiendo la cabeza en la almohada.

El golpe suena por tercera vez. Dorian sabe que la única solución es levantarse, ir a la puerta… y noquear a quien sea que esté allí. Pero entonces oye una voz familiar:

—No me iré hasta que te vea, Dorian Blackthorn.

La voz le provoca una punzada, y no precisamente agradable.

—¿Bianca Torres? —Suena sorprendido y escéptico. Abre los ojos y se estremece por la luz del día que inunda la habitación.

—Sí. Y creo que ya me has evitado suficiente. Vas a enfrentarte a mí y a decirme por qué rechazaste todas mis llamadas estas últimas semanas.

Suena furiosa, y él no sabe si preferiría verla antes o después de decirle que podrían tener que romper.

Se incorpora lentamente, sujetándose la cabeza.

—¿Podemos hablar de esto después? —le pide con la voz ronca. Le palpita la cabeza y la sangre le retumba en las sienes. No entiende

por qué se siente así si no ha bebido.

Sabe que si le abre, entrará gritando o, peor aún, lanzándole un golpe.

Pero ella no cede:

—¿Después? ¿Para que me evites otras dos semanas? No, gracias.

—Espera… ¿qué hora es? —murmura. Pero ella lo escucha.

—¡Es hora de que te levantes y abras la maldita puerta!

No tiene escapatoria. Se pone de pie y camina hacia la puerta.

—Abriré si prometes no gritarme.

—Lo intentaré, Dorian, pero no prometo nada —responde, bajando un poco el tono.

Dorian asiente. "Intentarlo" es suficiente. Abre la puerta… y allí está Bianca Torres.

Luce un minivestido rojo y tacones Lita de quince centímetros. Nunca había sido tan alta. Bianca Torres es una de las mujeres más guapas que conoce: piel oscura, ojos marrones, labios carnosos, un cuerpo de infarto. Pero también tiene un carácter difícil, y Dorian siempre ha intentado evitar ese lado.

Está tan maquillada que parece un ángel Dorian se contiene para no reírse: eso solo le valdría una bofetada.

—¿Oye? —dice torpemente, sin saber qué otra cosa decir.

—¿Oye? —repite ella, ofendida—. Han pasado dos semanas y eso es lo único que puedes decirme. ¿Oye?

Dorian cierra los ojos. El dolor de cabeza empeora con su tono.

—Willian… tu voz, por favor.

—¿Me estás engañando? —lo interrumpe, ignorando su súplica.

—Sí —responde con brutal honestidad—. ¿Y sabes por qué? Porque me agobias. Y, sí, preferiría estar con mi ex, que ahora es una mujer casada, antes que seguir con esto. —Respira hondo y agrega—: Escucha, Willian…

—¡Solo responde la maldita pregunta! ¡Sí o no! —grita, y lo abofetea con fuerza.

—¡Lo eres, ¿verdad?! ¡Los rumores eran ciertos, cerdo! ¡Te entregué tres años de mi vida y esto es lo que recibo!

Dorian se frota la mejilla ardiendo por el golpe.

—¿Qué quieres que te diga? Si quieres terminar, hazlo. —Se aleja y se deja caer en la cama.

—¿Quién es ella? —pregunta con una voz que suena a amenaza.

Dorian quiere decirle que no hay nadie. Liana se fue, otra vez. Y esta vez para siempre. Le había roto el corazón hace cinco años… y lo volvió a hacer dos semanas atrás.

Hace cinco años, Liana pensaba que él era demasiado joven. Siete años menor, sin estabilidad, sin madurez. Luego le confesó que solo se fue porque creía que él nunca se comprometería. Qué ironía. Justo cuando iba a pedirle matrimonio tras el éxito de su empresa, ella desapareció. Seis meses después, se casó con Edmund.

Casarse con Edmund fue un error. Liana lo admitió. Lo odiaba. Pero aun así, se quedó con él.

—Nadie —responde finalmente Dorian, sincero—. Las cosas no salieron como esperaba estas semanas. Solo necesitaba tiempo.

Hace una pausa. Se gira hacia ella.

—Siento haberte hecho daño. Fui egoísta. Insensible. Si quieres, me gustaría que empecemos de nuevo. —Se acerca y le acaricia suavemente la mejilla.

Ni él mismo sabe por qué lo dice. Debería estar huyendo, no proponiéndole nada.

Bianca Torres le sonríe y asiente.

—Sí. Pero prométeme que no habrá más secretos.

—Lo prometo.

Seis semanas después…

—¿Cómo está tu mamá? —pregunta Eneida cuando Elijah entra en la habitación.

Él sonríe, con las mejillas ligeramente sonrojadas. Por suerte, su piel oscura disimula el rubor.

—Está bien —responde, sentándose—. ¿Qué haces?

Ella está en la máquina de coser.

—Me presenté a una casa de moda en la ciudad. Me llamaron esta mañana.

—¿Eso significa que tienes el trabajo?

—Solo si logro impresionarlos con mi obra maestra —dice con una sonrisa nerviosa.

—He visto tus diseños. Son increíbles —responde con convicción.

—¿Lo dices como amigo o como fashionista?

Elijah se acerca, curioso por lo que hace.

—Lo digo como alguien que ha visto tu talento.

—Engreído —murmura Eneida.

—¿Y tú? —pregunta ella—. ¿Cómo va la búsqueda?

—En esta ciudad perfecta y cruel, encontrar algo bueno es complicado.

Ella le toma la mano con suavidad.

—No pierdas la fe Vendrán días mejores.

—Te creo —dice él, levantándose—. Y por eso… te invito a salir.

—¿Por qué? —frunce el ceño.

—Porque cuando tengamos el trabajo de nuestros sueños ya no habrá tiempo para divertirse. Este es el momento.

Ella sonríe.

—Está bien.

—¡Sí! —exclama él. Ella toma su mano.

—Será mejor que nos vayamos, porque tendrás que darme muchas explicaciones después.

La salida fue más divertida de lo esperado. Elijah la llevó a un karaoke y convenció al dueño de que eran compradores interesados. Cantaron "Don't Stop Believin'" horriblemente mal, y luego salieron huyendo entre risas.

—¿Viste? El sonido era terrible —dice Elijah.

—Lo único terrible era tu voz —ríe Eneida.

—¡La tuya tampoco es gran cosa!

—Por eso no canto. Tú deberías hacer lo mismo.

—No soy de los que se rinden, Ria. Y tú tampoco deberías serlo.

—¡Qué tierno! —le revuelve el pelo—. Gracias por sacarme esta noche. Me has salvado la vida, Elija.

Él la aparta, fingiendo fastidio.

—Solo mi mamá y mi futura esposa pueden llamarme así.

—Pues yo lo haré frente a tu esposa, solo para molestarte.

—¡Diablilla! —intenta atraparla, pero ella escapa—. ¡No sé por qué sigo siendo tu amigo!

—Porque me amas y no puedes vivir sin mí.

Él suspira profundamente.

—Es verdad. Me alegra que te estés divirtiendo.

—Sí. Es la primera vez en mucho tiempo. Gracias —le da un abrazo.

—De nada.

Al llegar a casa, ella se suelta de su brazo.

—Deberías descansar.

—Tú también —dice ella, mordiéndose el labio.

Él se inclina para darle su habitual beso en la mejilla, pero esta vez sus labios se encuentran en un beso suave, profundo, inesperado.

Eneida, aunque sorprendida, ya lo esperaba. Devuelve el beso, y cuando se separan, sonríe.

—Ya era hora —dice ella.

—Sí —asiente Elijah—. Ya era hora.

Ella abre la puerta.

—Buenas noches, entonces.

—Buenas noches, Eneida. Que sueñes bonito.

Capítulo 4

Un mes después

—Tenemos una invitación —anunció Bianca Torres mientras se dirigía al dormitorio—. La criada acaba de traerla —añadió.

Dorian se incorporó en la cama y se giró hacia ella, mirándola fijamente.

—¿De quién es?

No recordaba que alguno de sus amigos más cercanos tuviera una fiesta ese día. No tenía ninguna notificación en su calendario.

—De la familia Montclair —respondió, dándole la vuelta a la tarjeta para leer el nombre.

Al oírlo, se le encogió el estómago.

—¿Para qué es el evento? —preguntó, gimiendo en voz baja.

Ella abrió el sobre y leyó en voz alta:

—Es el quinto aniversario de bodas del señor Edmund Montclair y su esposa, Liana Varela. Nos han invitado oficialmente.

Cinco años. Hoy se cumplían exactamente cinco años desde que Liana se casó con el imbécil de Edmund Ese día y las semanas que siguieron fueron los más oscuros en la vida de Dorian A pesar del tiempo transcurrido, la herida seguía abierta. Todos sabían que él y Liana eran almas gemelas. Nunca había asistido a uno de sus aniversarios. Al principio, porque dolía demasiado verla en brazos de otro hombre; ahora, porque el dolor persistía al recordar que jamás

sería suya. Así que recibir esa invitación era como echar sal en una herida aún sangrante. Fuera idea de Edmund o de Liana, daba igual.

Que se jodieran. Ambos se merecían el uno al otro.

—No vamos —concluyó, levantándose de la cama y caminando al baño.

—¿Por qué no? —exigió Bianca Torres, siguiéndolo.

Dorian cogió la toalla del cubículo y se envolvió en ella.

—No tengo motivos. Tengo mejores cosas que hacer que asistir a un aniversario aburrido —dijo, entrando al baño y abriendo la ducha.

—No es aburrido. Es el aniversario de un amigo cercano, y quiero ir —replicó con obstinación.

A Dorian le zumbaban los oídos. ¿Desde cuándo eran "amigos cercanos"? ¿Y por qué se enteraba recién ahora?

Sacó la cabeza llena de espuma por la puerta.

—¡Entonces vete! —gritó antes de cerrarla con furia.

—¿Qué te pasa? —Preguntó Bianca Torres con una pausa—. ¿Sabes qué? Hablamos de esto cuando salgas.

Dorian suspiró, sabiendo exactamente a dónde iba esa conversación, aunque en silencio deseaba que no fuera por ese camino.

Cuando terminó de bañarse, volvió al dormitorio para secarse, pero al verla aún sentada en la cama, supo que la conversación estaba lejos de terminar.

—No puedo ir sola. Así que dime por qué no quieres ir.

—Tengo que ir a trabajar, ¿vale? Hoy es un día importante. Dos de nuestros inversores vienen de Estados Unidos —dijo mientras devolvía la toalla al perchero y se dirigía al armario.

—La fiesta no es esta mañana ni esta tarde. Empieza a las ocho —insistió, ya cruzando la línea.

—Estaré cansado, Bianca Torres Me gustaría descansar después del trabajo.

Ella se levantó de golpe, sorprendiendo a Dorian.

—Creo que es más que cansancio. No quieres ir... y hay una razón. ¿Es por Edmund? ¿Aún estás enamorado de Liana?

No había escapatoria. Lo último que quería era ver a Liana en brazos de otro, exhibiéndose como un trofeo. Perdería la cabeza. Pero si se negaba a ir, Bianca Torres empezaría a sospechar. Haría preguntas Muchas Y Dorian sabía que no se detendría hasta que lo forzara a confesar todo: sus sentimientos y el romance que revivió hace poco más de un mes.

Y si la verdad salía a la luz... especialmente si Bianca Torres era quien la escuchaba, no acabaría bien.

—¡No, no lo estoy! —mintió, agradeciendo que su voz no se quebrara bajo la presión—. Está bien, iremos cuando vuelva.

Bianca Torres sonrió con una satisfacción manipuladora.

—Gracias —dijo, acercándose a besarlo en los labios antes de marcharse.

Mientras tanto...

—¿Un aviso de desalojo? —exclamó Eneida, mirando fijamente el papel en sus manos.

—Tranquila, no sabemos qué significa... —empezó Elijah, pero ella ya leía el aviso pegado en su puerta.

Se informa a todos los inquilinos de la casa número diez del quinto distrito que deben desocupar la propiedad antes de que finalice la semana, debido a la venta del edificio. En caso de incumplimiento, sus pertenencias podrían sufrir daños. Se reembolsará el alquiler en un plazo de 48 horas.

Firmado: Lourdes Delgado, propietaria.

Eneida terminó de leer y se giró hacia Elijah, con lágrimas contenidas.

—Significa que también voy a perder esta casa.

Elijah la miró sin saber qué decir.

—Ven aquí, cariño —le pidió, haciéndole un gesto para que se acercara al sofá.

—No hay nada que puedas decir que me anime, Elijah —respondió con frialdad, quedándose de pie. No necesitaba un abrazo.

Él frunció el ceño, algo herido.

—No lo sabes.

—No quiero mudarme otra vez. Estoy harta de mudarme.

—Entonces, ¿qué quieres hacer?

—Quiero hablar con Lourdes —dijo abriendo la puerta de su apartamento.

Elijah la siguió.

—Dudo que podamos disuadirla. Parece que ya está todo decidido.

Eneida dejó las bolsas sobre la mesa, se quitó los zapatos y empezó a caminar de un lado al otro de la sala, claramente molesta.

—Esto ya me pasó antes, Elijah. En mi antiguo apartamento... y también fue culpa de un hombre.

—¿Crees que fue Dorian?

—Solo hay una forma de averiguarlo —contestó mientras se ponía la chaqueta—. ¿Vienes?

—Claro —respondió, siguiéndola.

El camino fue breve. La casa de Lourdes estaba a solo diez minutos caminando, pero Eneida caminó con rapidez, impulsada por la rabia, el miedo y la frustración. Tocó la puerta sin dudar.

Un joven de cabello castaño sucio y ojos grises abrió, sorprendiéndose al ver a Elijah.

—¡Oye, Elijah!

—¡¿Jayden?! —Elijah parecía igualmente incrédulo—. ¿Qué haces aquí?

—¡Es Navidad! Nunca pasó las fiestas fuera, ¿lo olvidaste?

—Tienes razón. Lo olvidé —respondió, algo apenado.

—¡Ven aquí!

Se abrazaron durante un buen rato. Eneida lo llamó "tiempo extraño" en su mente. Finalmente, se aclaró la garganta.

—Disculpen que interrumpa, pero necesito ver a Lourdes. ¿Está?

Jayden la miró, algo desconcertado.

—¿Quién eres?

—Hola, soy Eneida Serrano, inquilina de Lourdes. Necesito hablar con ella.

—Encantado, soy Jayden, su hijo. Sí, está aquí. Pasa.

Entraron a la casa.

—Siéntanse como en casa. Voy a llamarla —dijo Jayden antes de dirigirse a una habitación.

—¿¡Qué demonios fue eso!? —preguntó Elijah, confundido.

—¿¡Qué demonios fue eso!? ¡Te lo pregunto yo! —replicó Eneida, refiriéndose al efusivo saludo entre él y Jayden.

—Jayden es un buen amigo mío —dijo Elijah con voz apagada.

—¡Ya me di cuenta! Y olvidaste presentármelo, qué detalle...

—Eneida...

—¿Es él el novio con el que olvidaste terminar antes de irte a la universidad?

—¿Qué? ¿De dónde sacas eso?

Suspiró con pesar.

—De un lugar oscuro y lleno de ira. Pensé que habías venido a apoyarme... pero apenas lo viste, te olvidaste de mí.

—No me olvidé de ti, Eneida. Lo siento si te hice sentir así. Jayden es mi mejor amigo. Si fuera una chica, tal vez habríamos salido. Solo viene en vacaciones porque estudia fuera. Pero no hay excusa: debí haberte presentado como mi novia. Porque tú eres la razón por la que estamos aquí.

El humor de Eneida mejoró y su dolor de cabeza empezó a ceder.

—Gracias por aclararlo. Esto explica mucho.

—Realmente me importas, Eneida. No quiero perderte por ser descuidado o insensible.

Ella sonrió ampliamente.

—No me perderás por eso. Te lo prometo.

—Me alegra verte sonreír —dijo, acercándose para besarla.

—¿Jayden me acaba de decir que me buscaban? —preguntó Lourdes al entrar en la sala.

Ambos se separaron y asintieron.

—Recibí una orden de desalojo tuya, Lourdes, y no lo entiendo. El mes pasado me prometiste al menos tres meses más antes de cualquier emergencia —reclamó Eneida.

—Lo siento mucho, Eneida. Tienes que creerme. No esperábamos que todo ocurriera tan rápido. Con el desarrollo del barrio, los impuestos se han disparado. Apenas puedo justificar el alquiler. Jayden está en tercer año de Medicina. Quiero darle lo mejor. El

comprador ofreció lo suficiente para pagar sus estudios y una nueva casa. Sentí que Dios al fin respondía a mis oraciones.

—Sí, el poder de la oración —murmuró Eneida.

—¿Y quién es el comprador?

—No puedo decirlo —respondió con cautela—, pero es un regalo de Dios. Pagó diez veces el valor de la casa y devolverá el dinero del alquiler. No tienen de qué preocuparse.

—¿Se llama Dorian Blackthorn, por casualidad?

Lourdes abrió los ojos, sorprendida.

—Sí. ¿Lo conoces?

—No realmente. Pero puedo asegurarte que no es ningún enviado de Dios.

Capítulo 5

—¡Espera, hablemos de esto! —grita Elijah, mientras Eneida sale furiosa de la casa de Lourdes sin decir palabra.

Ella se detiene. Se gira hacia él con los ojos encendidos y rojos. Elijah nunca la había visto así desde que empezaron a salir. Más que nada, quiere consolarla, abrazarla y decirle que todo está bien. Pero la conoce lo suficiente como para saber que eso sería lo último que ella querría.

Hay algo en los abrazos de consuelo que a Eneida no le sienta bien. Elijah ha discutido antes con ella sobre su poder sanador, pero ella siempre se reía y decía que prefería no recibir uno cuando estaba en una montaña rusa de emociones.

—¿De qué más puedo hablar? —Resopla ella, sin poder contener su enojo—. No es una coincidencia que el comprador de la casa donde vivo sea Dorian Blackthorn. ¡El mismo Dorian Blackthorn que me compró y me echó de la casa anterior! Y no olvides que es el mismo tipo al que confronté hace siete semanas y llamé "multimillonario imbecil". —Siente que las paredes se le cierran y la migraña le punza la sien.

—Entiendo cómo te sientes —dice Elijah, acercándose con cautela—, pero necesitas darte un respiro y pensar bien qué es lo correcto. Aún tienes una semana para resolver esto... y te prometo que estaré aquí para ti.

—Si planea vengarse de mí, ya lo logró. Me echó de otra casa. Y no puedo defenderme. Soy débil. No tengo fuerza para enfrentarme a él

—Las lágrimas le corren por el rostro, y se las seca con rabia.

—Eneida... —empieza a decir Elijah, pero se detiene a mitad de la frase. No encuentra las palabras adecuadas ni puede abrazarla como quisiera.

Ella lo mira con desesperación.

—Necesito verlo de nuevo, Elijah. Necesito hablar con él. Preguntarle por qué me está haciendo esto. No voy a poder descansar hasta enfrentarme a él.

Elijah niega con la cabeza.

—Te lo digo yo, que llevo tres años trabajando para Dorian: es mejor no hacerlo.

—¿Y entonces qué hago? ¿Quedarme sin hacer nada? ¡Eso tampoco sirve de nada!

—Si Dorian quiere frustrarte, créeme, nada lo detendrá. No nació siendo Dorian Blackthorn Su nombre real es Dorian Emilio Diaz. Lo cambió cuando su empresa alcanzó el éxito internacional Lo de "Blackthorn" no es solo un nombre... es una advertencia. Si alguien se cruza en su camino, se quema. Se ha encargado de arruinar a todos los que se interponen en su avance. Lo he visto con mis propios ojos.

—Y eso es lo que me va a hacer —gime ella, mordiéndose los labios temblorosos.

Elijah baja la mirada, asiente. Luego la mira con decisión.

—Tenías razón. Vamos a hablar con él.

—¿Nosotros? —pregunta Eneida, levantando una ceja.

—Siempre he dicho que dos son mejor que uno. Y te hablé de todos los que se cruzaron en su camino... pero hay algo que todos tenían en común.

—¿Qué cosa? —pregunta, aferrándose a esa chispa de esperanza.

—Nunca volvieron a cruzarse en su camino. Y eso es exactamente lo que vamos a hacer: hablaremos con él... y resolveremos esto de una vez por todas.

Ella lo besa, y se sorprende al encontrarse sonriéndole a pesar del dolor.

—¿Cuándo nos vamos?

Elijah revisa su reloj.

—Hoy Edmund y Liana celebran su quinto aniversario de bodas.

—¿Y qué tiene eso que ver con Dorian?

—Liana era el amor de la vida de Dorian. Todos lo sabían. Pero rompió con él de forma repentina y se casó con Edmund justo cuando el grupo Blackthorn empezaba a despegar. Cada año le envían invitación a Dorian... pero nunca va. Lo sé porque fui su secretaria. Pero este año los rumores dicen que sí asistirá. Y nosotros también estaremos allí.

Ella rodea a Elijah con los brazos y apoya la cabeza en su hombro.

—Supongo que deberíamos ir a prepararnos.

Una hora y media después, tocan la puerta de Eneida. Ella termina de ponerse su última joya y va a abrir. Lo recibe uno de los hombres más sofisticados que ha visto en su vida.

—Te ves increíble, Elijah. Nunca pensé que pudieras verte mejor, pero... superaste mis expectativas. —Eneida sonríe, tímida—. Cosí este vestido de encaje el año pasado, pero no hubo ningún evento al que pudiera ir.

El vestido es rojo, ajustado, de encaje con mangas largas transparentes. Se ciñe justo donde debe. Lleva tacones de ocho centímetros que la elevan de su 1.62 a 1.70 metros, todavía lejos de la altura de Elijah (1.83). Él sabe que este recuerdo lo acompañará siempre.

Elijah no dice nada. Solo la rodea con los brazos, la atrae hacia sí y la besa. Ella se aparta, sonriendo.

—¿Y eso?

—Estás deslumbrante. Este vestido... te sienta como si hubiera sido hecho para ti.

—Gracias —dice ella, jugando con su cabello.

—Esos ricos bastardos no sabrán qué los golpeó. Ah, y conseguí nuestra invitación —anuncia, sacando una tarjeta del bolsillo del saco.

Ella lo mira con incredulidad.

—Olvidé que íbamos a colarnos. ¿Cómo la conseguiste?

—No te voy a contar todos mis secretos. Solo debes saber que fui la secretaria de Dorian. Sé algunas cosas.

—Eres un fraude, Elijah Rivera... pero me gustas así.

—Me alegra que no quieras cambiarme, cariño. ¿Lista?

Ella asiente, recoge su bolso y le sonríe.

—Gracias por esto. No tenías que involucrarte, pero lo hiciste.

—Lo que sea por mi novia —responde él, tomándola de la mano.

El viaje de 23 minutos agota a Eneida por su constante mareo, pero al llegar frente a las torres Sheraton, el cansancio desaparece. Se queda paralizada, contemplando la escena, hasta que siente el brazo cálido de Elijah alrededor de su cintura.

—Algún día pronto no tendremos que esforzarnos tanto para conseguir lo que queremos —le susurra él.

Ella apoya la cabeza en su hombro y suspira.

—Algún día, dominaremos el mundo.

Caminaron hacia la entrada. Dos hombres vestidos de negro vigilaban la puerta. Elijah les entrega la tarjeta sin decir palabra. Uno de ellos la inspecciona, asiente y les permite pasar.

Todo en la fiesta es impecable. Eneida se siente abrumada por el lujo. Ni siquiera Elijah parece impresionado.

—Parece que estás acostumbrado a estas multitudes y eventos —comenta, apoyando su cabeza en su pecho.

—Sí Fui a varias El pánico desaparece después de la primera.

—Hay muchas cosas que aún no he hecho... —dice Eneida con voz baja—. Tequila. Conducir. Esquiar. Subir una montaña... sexo.

La última palabra se le escapa sin querer. El brazo de Elijah se tensa.

—¿Me estás diciendo...?

—¿Decirte qué?

—¡Sexo! —murmura él, ruborizado.

Eneida se ríe, dándose una palmada en el pecho.

—Chico sucio. Necesito ir al baño. ¿A quién se lo pido?

—A los acomodadores —responde él, llamando a uno con un gesto.

Una joven se acerca y les sonríe de forma descaradamente coqueta. A Eneida no le hace ninguna gracia.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —pregunta, en tono seductor.

—Por favor, acompaña a *mi novia* al baño —remarca Elijah con énfasis, haciendo que la sonrisa desaparezca de inmediato.

Eneida sonríe, triunfante. Se suelta del brazo de Elijah y sigue a la acomodadora hasta el baño.

Se toma su tiempo. Al terminar, comienza a lavarse las manos cuando oye voces al otro lado del cubículo. No reconoce las voces. Una mujer y un hombre discuten acaloradamente.

—¡Es mi marido! ¿Qué quieres que haga? —grita la mujer.

—No sé, ¿qué tal si dejas de dejar que te meta la lengua en la garganta cada vez que estoy cerca? ¿Me debes eso, al menos? —replica un hombre, furioso. La voz le resulta vagamente familiar.

—No te debo nada, Dorian. ¡Se acabó! —responde ella, con rabia.

Los ojos de Eneida se abren de par en par. No necesita ver nada. La voz lo confirma: alguien está engañando a su marido con Dorian Blackthorn.

Capitulo 6

"No quiero estar aquí", refunfuña Dorian, agarrado de la mano de Bianca Torres mientras caminan entre los invitados a la fiesta. Algunos rostros me resultan familiares y otros no, pero todos parecen tener algo en común: son viejos, igual que Edmund.

Todos aquí probablemente estarían muertos en diez años, incluido Edmund, y si los deseos se cumplieran, los diez años de Edmund serían esta noche. Sabía que era horrible desearle eso a alguien, pero no podía evitarlo.

Unos abuelos llevaban jovencitas en brazos, y él se preguntaba a qué pobres desgraciados se las habrían arrebatado. Apostaría todo su dinero a que la mayoría de estas mujeres no estaban allí porque amaban a estos hombres. Probablemente sus riquezas las atraían.

Liana es una mujer de treinta y cinco años casada con un hombre de sesenta y seis, y si eso no le molesta a Dorian, nada más lo haría. Probablemente sea obvio para el mundo, y para él mismo, que se casó con él por su dinero, pero sabe que no se habría quejado si hubiera esperado y se hubiera casado con él por su propio dinero.

—Bueno, les estamos mostrando apoyo. Además, ¿no quieres que vengan algún día a nuestra fiesta de aniversario de bodas? —La voz de Bianca Torres lo saca de sus pensamientos.

Dorian no responde. No, finge no haber oído lo que acaba de decir por el ruido en el pasillo. Bianca Torres es una mujer brillante, lo sabe, pero no es el tipo de mujer con la que querría establecerse.

Puede sonar egoísta, pero formar un hogar con ella no forma parte del futuro que ve. No lo satisfará, definitivamente lo engañará y lo matará cuando se entere. Ninguno de ellos quiere eso.

"Viste un futuro con Liana, siempre lo viste, mira a dónde te ha llevado eso". Su mente lo regaña.

—Oye, me alegro de que hayas podido venir —dice Edmund alegremente, caminando hacia donde ahora están Dorian y Bianca Torres.

Me convenció para que viniera. Por cierto, les presento a mi novia, Bianca Torres; al parecer, es amiga de Liana. —Se presenta, intentando evitar la mirada de Liana lo más posible.

Se dan la mano y dicen: "Mucho gusto en conocerlo, señor".

—Tú también, Willian —dice antes de volverse hacia Dorian—. Bueno, me alegro de que hayas venido, hijo.

Dorian se ríe a carcajadas. No lo dice en voz alta, pero no puede evitarlo. "¿Oíste cómo me acaba de llamar? ¡Hijo! ¡Maldita sea, tiene razón, tiene edad suficiente para ser mi padre, y eso es un hecho!"

Liana aprieta los labios y trata de no mostrar ningún resentimiento hacia la actitud infantil de Dorian.

—Bueno, gracias de nuevo por venir. Espero que algún día encuentres a una mujer que te quiera y te trate bien, como Liana me trata a mí. —Edmund sonríe, haciendo que se le formen arrugas en la cara.

Dorian habría dado otra respuesta sarcástica, pero la cabeza de Edmund baja y toma los labios de Liana entre los suyos, besándola

profunda y apasionadamente en su presencia.

Los dientes de Dorian se aprietan y cuando ve a Liana moverse con incomodidad, mira hacia otro lado inmediatamente por miedo a interponerse entre ellos, separarlos y golpearlo en la cara.

Edmund se aparta y abraza posesivamente la cintura de Liana. "Diviértanse, niños", dice con una sonrisa torcida antes de alejarse.

Dorian los sigue a ambos con la mirada fija, deseando que el anciano caiga muerto en ese instante porque eso es lo único que puede hacer en esta fiesta.

"¡Es un marido estupendo!", grita Bianca Torres en silencio, pero es lo suficientemente fuerte como para que Dorian la oiga.

Pone los ojos en blanco sin poder evitarlo. "¿Qué? ¿Piensas casarte con él también?". Si ella quiere, incluso intentará impedírselo.

—¡¿Qué?! ¡Eres un imbécil! —dice con un ligero dolor en la voz.

Su mente se desvía de ella porque acaba de ver a Liana disculparse y caminar hacia las damas. Esta es su oportunidad de confrontarla y desahogar su frustración.

“Disculpe, necesito usar el baño de hombres”.

—Bien, ve a eliminar esas toxinas de tu organismo y regresa como un hombre nuevo. —Bianca Torres lo despide.

“Oh, no lo sabes”, murmura en silencio.

Espera hasta que la habitación esté despejada antes de entrar y cerrar la puerta.

Liana se sobresaltó al verlo en el baño de mujeres, pero sabe que no debería, porque así es como el Dorian que conocía ajusta cuentas. El sexo apasionado en el baño siempre era su solución predilecta. Sabe que ya ha terminado con todo eso, y se siente estúpida por pensar que él también lo estaba.

—No voy a tener sexo contigo en este baño, Dorian. —Le dice con una expresión seria.

Él levanta las manos y dice: "Hablaremos de eso más tarde".

Cruza las manos sobre el pecho, intentando disimular algunas partes de su pecho expuesto. Lleva un vestido rojo con escote en V pronunciado, lo que dificulta la concentración de Dorian. Su mirada se desvía de vez en cuando.

"¿Qué quieres?" pregunta, aunque una parte de ella se arrepiente de haberlo preguntado.

Él sonríe y da un paso adelante. "Hay una larga lista de cosas que quiero, cariño, pero ¿qué tal si hablamos de lo que puedes hacer por mí?"

Liana frunció el ceño. "¿Qué es eso?"

—Deja de dejar que tu marido te exhiba ante mí como si fueras una esposa trofeo. Dice cada palabra tan despacio que parece que la está deletreando.

—Tienes razón al decir 'mi marido' porque eso es lo que es, ¿y qué quieres que haga? Esta noche es nuestro aniversario. ¡Voy adonde él va! —exclamó la señora, exasperada.

¿Acaso te escuchas a ti misma, Liana? Antes eras testaruda y tenías tus propias ideas. Supongo que la diferencia de edad entre ustedes finalmente te hizo darte cuenta de que es más padre que esposo. O la próxima vez, ahórrame la molestia de invitarme, porque Bianca Torres, tu amiga, me arrastró aquí después de preguntarme mucho sobre mi razón para rechazar la invitación.

"¿Qué quieres decir con eso, Dorian? Si me tengo que ir", le dice con impaciencia.

—Así que deja de dejar que te meta la lengua en la garganta cada vez que estoy cerca —dice bajando la voz—. Me parece repulsivo y completamente molesto. Me lo debes.

—No te debo nada, Dorian. ¡Hemos terminado! —le dice ella y se da la vuelta para irse, pero él la agarra del brazo y, cuando intenta forcejear, la aprieta con más fuerza. Ella todavía lucha por liberarse, aunque sabe que no lo logrará pronto.

Ella lo mira con miedo en sus ojos y su intento de hablar se convierte en un gemido, "Dorian—?"

Siente sentimientos oscuros y lo sabe, pero los ignora y, en cambio, vuelve a hablar: «Solo terminamos cuando yo lo diga, Liana. Me jodiste una y otra vez hasta que no pude pensar con claridad y no puedes desfilar con tu marido de broma en mi cara ni dejar que él haga lo mismo. La única razón por la que aún no te he arrancado esa ropa es porque la compré».

"Dorian", es el débil gemido de Liana mientras todavía lucha contra él.

Dorian nunca ha sido agresivo. Nunca la ha lastimado, nunca contradice sus deseos, y esta faceta suya es aterradora y aterradora de contemplar, y de hecho, la aterra profundamente. "Me estás lastimando, por favor, suéltame".

Ahora sabes lo que se siente estar a merced de alguien. He estado ahí los últimos años, a tu merced, rezando para no hacer nada malo que te haga huir con Edmund. Creaste una competencia entre él y yo y caí en la trampa, pensando que si lo hacía mejor, si me convertía en un mejor hombre, me amarías lo suficiente como para querer estar conmigo, pero tú, siendo la perra egoísta y egocéntrica, convertiste mi amor en debilidad y mi afecto en necedad. ¿Y cómo te sientes ahora? —Le dice con desprecio al oído mientras la sujeta con las manos.

—Dorian, déjame ir —suplica ella, con los ojos vidriosos y en pánico.

Sus manos la aflojaron y ella se apartó de él al instante. Una parte de él sintió rabia. La dejó ir cuando supo que no merecía piedad, pero otra parte se alegró porque, por una vez, no siguió su instinto animal. Eso es lo que iba a hacer. La dejaría ir por completo. Sabía que no sería fácil y que casi todo su cuerpo se rebelaba contra esta decisión, pero sería el primer paso hacia la sanación.

Ve una sombra acechando en la pared e inmediatamente se da cuenta de que alguien ha estado allí todo el tiempo y que no estaba tan solo con Liana como pensaba.

—Sal —ordena, pero no obtiene respuesta ni movimiento—. Te dije que salieras, sé que estás aquí, no dejes que venga a sacarte a rastras.

Oye un movimiento silencioso y una joven aparece tras la pared. Su rostro le resulta familiar y podría jurar haberla visto antes: esos grandes ojos marrones, esa melena castaña y rizada, labios carnosos, piel clara. Esto le recuerda su pesadilla y a quien la causó.

—¡Eres tú! —exclama, entre furioso y asustado—. ¿Cómo entraste aquí?

"La verdadera pregunta es, ¿cuándo llegué aquí?", avanza con mucha confianza. "Y si crees que he estado escuchando todo lo que ha pasado aquí, tienes razón, porque así es".

"¿Qué deseas?"

"Primero que nada, quiero que vuelvas a contratar a Elijah Rivera, tu anterior asistente personal".

"Hecho." Responde inmediatamente y da un paso hacia ella.

Ella abre la boca para hablar de nuevo cuando escucha un golpe en la puerta del baño, seguido de la voz preocupada de Elijah.

Oye, eh... Eneida, ¿ya terminaste? Llevas veinte minutos fuera y estoy empezando a preocuparme.

Eneida estaba a punto de hablar cuando Dorian le puso un dedo en los labios: "¿Eneida? ¿Sigues ahí?"

—Sé una buena chica y no dejes que nos atrapen —susurra.

Eneida frunce el ceño confundida. "¿Quedarme atrapada haciendo qué--?" No logra terminar porque Dorian captura sus labios con los suyos y la acerca más a él, sus manos agarrando con más fuerza las de ella incluso mientras ella lucha.

Eneida lo aparta con todas sus fuerzas. "¡Quítate de encima, animal!", le da una bofetada en las mejillas sin poder contenerse. "¿Qué clase de monstruo eres?"

De esas que jamás querrás amenazar en tu vida. Dile a tu novio que recuperó su trabajo, que lo que acaba de pasar es suficiente compensación. Pero en cuanto a ti, aún no he terminado contigo. Prometo que te haré la vida imposible. —Se acerca a ella—. Y si alguien se entera de lo que pasó entre Liana y yo, mataré a tu novio y luego a ti. Y por si fuera poco, buscaré al resto de tu familia y los mataré también.

Dorian retrocede y sale del baño, y Elijah lo ve. "Nos vemos el lunes", dice con una mirada pícara antes de marcharse.

Capítulo 7

—¿Eneida? —llama Elijah al entrar al baño del que acaba de salir Dorian El lugar está tan silencioso como un cementerio, y siente que el corazón le va a estallar.

Eneida está junto al lavabo, lavándose las manos. Gira al escucharlo.

—Elijah... —le sonríe con calidez, secándose las manos con un pañuelo antes de tirarlo a la basura.

—¿Qué está pasando? ¿Y por qué demonios Dorian salió del baño de mujeres? —pregunta con tono duro, cargado de confusión y rabia.

—¿Te devolvió el trabajo? —pregunta ella, evitando su mirada. No hay victoria en su voz, y para alguien que acaba de hacerle un favor, luce extrañamente culpable.

Elijah la mira fijamente durante un largo instante. Luego, con desconfianza, pregunta:

—¿Puedo al menos saber cómo lo lograste? El Dorian que conozco no negocia. ¿Qué pidió a cambio?

—Nada —responde ella, encogiéndose levemente de hombros.

Él arquea las cejas, escéptico.

—¿Nada?

—Sí —exhala.

—No me mientas, Eneida —suplica él, acercándose—. Por favor.

Ella baja la mirada y se muerde el labio inferior antes de soltarlo de golpe:

—No pidió nada. Me besó.

Elijah cierra los puños. Su mandíbula se tensa visiblemente.

—¿Y a eso le llamas nada? ¿Te gustó o algo? —su voz tiembla de celos.

—¡No! —Responde con fuerza—. ¿Por qué dirías eso? Le di una bofetada, Elijah No me gustó. Lo odié.

Él se ríe con incredulidad, frustrado por la mezcla de emociones.

—Te besó y me devolvió el trabajo. ¿De qué otra forma se le pide algo a alguien como él?

—Iba a amenazarlo para que lo hiciera —confiesa Eneida, sin rodeos.

—¿Amenazarlo con qué?

Ella duda.

—¿Eneida?

—No lo sé. Decirte la verdad puede ponernos en peligro... pero no puedo seguir mintiéndote.

—Dímelo —le dice, más suave—. Estamos juntos en esto, ¿recuerdas?

—Tiene una aventura con Liana —suelta finalmente, con rapidez, como si se quitara un peso de encima.

—¿Liana? ¿Su ex... la mujer casada?

Ella asiente.

—Al parecer llevan años así. Ella ha terminado su matrimonio varias veces, pero él no puede soltarla. Cuando lo amenacé, dijo que si alguien lo sabía... nos mataría a los dos.

Elijah se queda callado. Luego murmura:

—Conozco a Dorian. Y si hay algo que nunca debes hacer... es amenazarlo.

—¿Podemos irnos a casa ya? —pregunta Eneida, agotada.

Pero Elijah la mira, decepcionado.

—Eso significa que esta noche no conseguimos nada. Él seguirá encima nuestro.

Ella intenta aliviar la tensión.

—Recuperaste tu trabajo.

—Sobre eso... —gruñe, saliendo del baño como una tromba.

—¡¿A dónde vas?! ¡¿Qué piensas hacer?! —grita Eneida, siguiéndolo con el corazón en un puño—. ¡Elijah, no lo hagas!

Pero él no escucha.

Elijah se dirige con paso firme hacia Dorian, que conversa con unos colegas. Le toca el hombro. El otro se gira, sorprendido al verlo.

—¿Elijah Rivera? ¿Qué se te ofrece?

Elijah abre la boca para hablar, pero Eneida llega antes.

—A darte las gracias —interrumpe, abrazando rápidamente a Elijah.

Él se la quita de encima con frialdad. Dorian observa con interés.

—Lo imaginaba... —dice con tono neutral—. Deberíamos hablar en privado.

Se alejan, y Elijah lanza una última mirada a Eneida.

—No me sigas —le advierte.

Ella se detiene, tragando saliva.

Dorian guía a Elijah a una zona más apartada.

—Hazlo —dice de inmediato.

—¿Hacer qué?

—Pegarme. Sé que tu novia te lo contó. Que la besé. Sé que venías directo a romperme la cara, y te frenó para no armar un escándalo. Pero ahora estamos solos.

Elijah lo mira con rabia contenida.

—¿Por qué la besaste?

—¿De verdad necesitas una razón? —dice Dorian con una sonrisa torcida—. Me gustan las chicas que saben defenderse, pero que aún dudan. Tú vas a tener que ser hombre si quieres conservarla. Porque si no...

Elijah no lo deja terminar. Le lanza un puñetazo que impacta directo en el labio de Dorian. Este retrocede, tambaleando. La sangre empieza a gotearle por la comisura de la boca.

—Aléjate de ella. O te arrepentirás —advierte Elijah antes de marcharse.

Elijah y Eneida suben a un taxi en silencio. Él da su dirección. Ninguno habla durante los veinte minutos del trayecto. Al llegar, él paga y ella ya está en la puerta, abriéndola.

—Déjame entrar, Eneida —dice él finalmente.

Ella le bloquea el paso.

—¿Te das cuenta de que esas son las primeras palabras que me dices en media hora?

Él suspira, frustrado.

—¿Qué esperas que diga?

—Que no me trates como si no importara. Me apartaste como a un niño. Sabes que odio eso.

—Lo siento —dice con sinceridad.

—¿Qué pasó allá adentro?

—Le di un puñetazo, ¿vale? Él quería que lo hiciera.

—¿Qué?

—No sé. Tiene esa forma retorcida de manipular. Dijo algo sobre mi hombría Dorian es... enfermo.

—¿Funcionó?

—Le abrí el labio. Nunca había hecho eso —responde, medio sonriendo.

—No sé por qué... pero eso me pone —dice ella, mordiéndose el labio.

Él la mira, alzando una ceja.

—¿Estás haciendo lo que creo que estás haciendo?

—¿Y qué crees que estoy haciendo? —susurra, acercándose más.

Elijah la besa. Ella responde al instante, rodeándole el cuello.

—Entra —le dice, tomándolo de la mano.

—¿Qué demonios te pasó? —exclama Bianca Torres al ver a Dorian, con la camisa manchada de sangre y el labio partido—. ¿Quién te hizo eso?

Él le aparta la mano al intentar tocarlo.

—Estoy bien. Vámonos.

—¿Qué te pasa ahora? —reclama ella, soltándose de su agarre.

—¿Podrías no hacerme preguntas estúpidas por una vez?

—Estás siendo un imbécil —le espeta—. ¿Por qué estás conmigo si solo sabes despreciarme?

Dorian suspira, pasando la mano por su cabello.

—Lo siento. No es mi mejor noche. Vámonos, ¿sí?

Ella lo mira con suspicacia, pero accede. Suben a la limusina en silencio.

—¿Quién te hizo esto? —pregunta después de un rato.

Él duda un segundo, luego responde con desdén:

—Un ex empleado al que despedí. No es mentira.

—Debe odiarte bastante.

Él suelta una carcajada.

—Tú también me golpeas, arañas y pateas cada vez que puedes. También me odias.

—Te odio... en el buen sentido —dice ella, tomándole la mano y besándola suavemente.

Capítulo 8

—Ven a vivir conmigo —dice Elijah, después de observar durante un largo rato a Eneida revisar las ofertas de alquiler en el periódico.

Han pasado cuatro días desde que recibieron la orden de desalojo, y hasta ahora no han tenido suerte encontrando un nuevo lugar donde Eneida pueda mudarse. La mayoría de los apartamentos son demasiado caros o demasiado deprimentes como para considerarlos, o ya han sido alquilados. Elijah compró el periódico temprano esa mañana, y Eneida ha pasado horas llamando a los números de las casas disponibles. Mientras tanto, él ha intentado ser el novio más comprensivo posible.

Ella lo mira de inmediato.

—¿Qué?

Elijah se levanta de la silla y se acerca, rozándose con ella.

—Ven a vivir conmigo —repite.

—Vives con tu mamá —le recuerda, sin apartar la vista del periódico —. Y no olvidemos que aún se está recuperando.

Él se ríe, pero niega con la cabeza.

—Mi mamá vive *conmigo*, hay una gran diferencia. Y sí, pero ha mejorado más rápido de lo esperado. Además, está en otra habitación. Tú podrías quedarte en mi cuarto y yo duermo en el sofá. Problema resuelto. Así que, múdate conmigo.

—No puedo, Elijah —dice ella con un dejo de pesar.

—¿Por qué no?

Eneida deja caer el periódico y lo mira con seriedad.

—Primero, porque vives con tu mamá...

—Eneida...

—Déjame terminar —lo interrumpe, sin querer sonar brusca, aunque le sale natural—. No puedo vivir contigo porque vives con tu madre, y aunque no fuera así, no aceptaría tu oferta. Eso solo te traería más problemas.

Elijah frunce el ceño.

—No lo entiendo.

—Esta es la segunda casa que pierdo, ¿verdad? Y aún no estamos seguros de que sea la última. Así que digamos que me mudo contigo, y luego Dorian nos desaloja. No solo perdería un techo, sino que tú y tu madre también. Lo siento, pero no pienso arrastrarte conmigo en esta tormenta.

Su explicación le ayuda a entender su punto, y hasta cierto nivel, está de acuerdo con ella. No lo había pensado de ese modo. Eneida, tan desinteresada, ya había considerado las consecuencias que él ignoró.

—Entonces, ¿qué puedo hacer para ayudarte?

—Ya lo haces estando conmigo. Pero podrías ayudarme a revisar las casas en alquiler y ver si alguna es asequible —dice, entregándole otra parte del periódico.

—Eso está hecho —responde él, tomando las páginas mientras Eneida se dirige a la cocina a preparar unos panqueques. Es lo más rápido que se le ocurre. No tiene ganas de cocinar en serio.

Elijah hojea el periódico, marcando las propiedades que parecen dentro del presupuesto, cuando suena su teléfono. El número es desconocido.

Contesta:

—¿Hola?

La voz en el otro extremo va directo al grano, sin presentaciones.

—Han pasado cuatro días. ¿Necesitas que un ángel te diga que vengas a trabajar?

—¿Señor Blackthorn? ¿Cómo consiguió mi número? —pregunta Elijah, sorprendido y algo escéptico.

—No respondas una pregunta con otra pregunta —responde Dorian, como si Elijah acabara de cometer un crimen.

—Mira, no he pensado en tu oferta. Además, la última vez que nos vimos, te di un puñetazo en la cara. Así que te lo repito: ¿cómo conseguiste mi número?

—Tengo mis métodos. Métodos que nunca conocerás. Y debería quejarme yo, que estuve con el labio roto durante días.

—Te lo merecías por meter la lengua donde no debías.

Elijah se rasca la cabeza con fastidio.

—¿Por qué quieres que vuelva como tu asistente personal?

—No lo sé —responde rápidamente—. Tu novia me amenazó, ¿recuerdas?

Elijah pone los ojos en blanco.

—Eso fue hace cuatro días. ¿Por qué me llamas ahora?

—Porque soy un hombre de palabra. Tú, más que nadie, deberías saberlo.

Elijah aprieta los dientes Dorian siempre ha sido un experto en esquivar temas incómodos.

—Podemos estar así todo el día si sigues actuando como un imbecil, Dorian.

Él mismo se sorprende de lo que acaba de decir. Hace dos meses no habría tenido el valor de hacerlo.

Se produce un silencio incómodo.

—Acabas de llamarme por mi nombre... y de imbecil. Pero lo dejaré pasar.

—¿Por qué? —pregunta Elijah, frunciendo el ceño.

—Porque te necesito en mi oficina. Eres como ese pequeño compañero que sabe cosas mágicamente. Los últimos seis que contraté fueron un desastre. El último ni siquiera sabía redactar un memorando. Necesito que te encargues de todo. Como siempre. Y duplicaré tu sueldo si hace falta.

La confesión sorprende a Elijah. No esperaba que la situación fuera tan crítica.

—Por muy tentador que suene, ¿cómo sé que no me despedirás en cuanto tengas oportunidad?

—Porque *yo* soy quien te está volviendo a contratar —gruñe Dorian.

—Está bien. Lo pensaré.

—¿Qué? ¿Aún vas a pensarlo? —exclama, exasperado.

—Sí. ¿Algún problema con eso? —pregunta Elijah, levantando una ceja.

Dorian abre la boca, pero se detiene.

—No, no lo hay.

...

—¿Quién era? —pregunta Eneida, entrando en la habitación con dos platos de panqueques.

—Dorian. Quiere que vuelva como su asistente personal. Dijo que duplicará el salario.

—¿En serio? —pregunta ella, abriendo los ojos con sorpresa—. ¿Y qué le dijiste?

—Que lo pensaría.

Ella deja los platos y se sienta junto a él.

—Creo que deberías aceptar.

Él ríe, negando con la cabeza.

—Te odia.

—Odia que lo llamara "multimillonario imbecil". Pero esta es tu vida. Tienes la oportunidad de volver a un trabajo que te apasiona. No quiero que la pierdas por mi culpa.

—¿Qué crees que debería hacer entonces?

Ella toma su mano y la aprieta suavemente.

—Acepta el trabajo. Disfrútalo al máximo.

—Tu novia tiene razón —interviene Dorian, al volver Elijah a llevarse el teléfono a la oreja.

Elijah se ríe.

—Bien, estaré en la oficina a las ocho de la mañana.

—Y yo estaré esperándote.

Cuelga Mira a Eneida.

—Espero no estar cometiendo el mayor error de mi vida.

Ella le aprieta la mano de nuevo.

—No mientras yo esté aquí.

—Te amo, Eneida —dice, y entonces se da cuenta de que es la primera vez que lo dice.

Sus ojos se encuentran. Ella tarda en reaccionar. Él asiente.

—Te quiero mucho. No tienes que decir nada si no lo sientes, pero esto es real para mí. Y no lo cambiaría por nada.

—Yo también te amo, Elijah —lo interrumpe ella, con los ojos brillantes y una sonrisa radiante—. Es una locura, pero te amo. Me das fuerza y coraje cada día. Me alegra que seas tú.

Él se inclina y la besa profundamente. Luego apoya la frente sobre la de ella. Una lágrima cae por su mejilla y él la seca con suavidad.

—¿Panqueques?

—¡Claro! —responde él, besando su mano con ternura.

Ella toma su plato y le entrega el de él.

—¿Encontraste algún apartamento asequible?

—Solo uno. Lo veremos mañana —dice, dándole un mordisco al panqueque.

Eneida le sonríe de forma extraña.

—Nosotros no lo veremos. Lo veré yo. Tú vas a trabajar.

Él resopla, recordando la llamada con Dorian.

—De acuerdo. Irás tú sola... pero no me gusta cómo suena eso.

—Estaré bien.

—¿Puedes mentirme y decir que no lo harás, para poder seguirte?

Ella se ríe.

—No, pero te prometo que estaré bien.

Él se acerca y la besa.

—Entonces te creo.

Al día siguiente, Elijah se alista para ir a trabajar y Eneida se prepara para visitar el nuevo apartamento. Él termina temprano, y como prometió, toca la puerta a las 7:30 en punto. Treinta segundos después, ella abre.

Lleva unos jeans, camiseta marrón de manga larga, el cabello recogido en un moño pulcro y un ligero maquillaje. Siempre ha sido hermosa, y hoy no es la excepción.

—Buenos días —dice él, entrando.

—Buenos días. ¿Cómo estás?

—Estoy bien. ¿Y tú?

—Genial. ¿Estás listo?

Ella asiente, tomando su bolso del sofá.

—Ya estoy.

Elijah viste un traje azul marino con zapatos negros. Ya no tiene la barba incipiente del día anterior.

La rodea por la cintura mientras salen. Caminan hasta la calle, y él detiene un taxi. Le abre la puerta.

—Pase lo que pase, prométeme que me llamarás —le dice, con los ojos llenos de ternura.

Ella sonríe.

—Lo intentaré.

Él la besa en la frente y luego cierra la puerta. Eneida lo saluda con la mano y él le corresponde.

Capítulo 9

El taxi se detiene frente al edificio de la empresa Blackthorn.,Elijah baja, paga al conductor y se vuelve para mirar el imponente edificio. Un escalofrío le recorre la espalda al reencontrarse con esa fachada. Tal vez sea porque, tres meses atrás, Dorian lo echó sin contemplaciones. Su súplica, su clamor de clemencia, no fueron más que palabras vacías ante los oídos sordos de aquel hombre que, irónicamente, ahora lo quiere de vuelta. Tampoco olvida que Dorian besó a su novia antes de ofrecerle este trabajo. Aunque le dio un puñetazo en la cara por eso, no cree que haya sido suficiente.

No, Elijah no está entusiasmado. Tiene un mal presentimiento, y sabe que no se irá pronto. Aunque espera lo mejor, recuerda para quién trabaja: para Blackthorn.

Exactamente a las ocho, entra al cuarto piso. Reconoce la mayoría de los rostros que se giran hacia él. Algunos lo miran con confusión, otros con sorpresa, y unos cuantos con escepticismo. Un escalofrío gélido le recorre la espalda, pero se controla y se dirige a Mateo, el encargado.

—Buenos días —dice Elijah, intentando iniciar una conversación cordial.

Mateo levanta la vista del escritorio; sus ojos marrones lucen apagados y pesados para ser tan temprano.
—¿Sí? ¿Puedo ayudarte?

No era la respuesta que esperaba, al menos no de él. *Soy yo, Mateo*, piensa. Fueron amigos durante años trabajando juntos Mateo era un

compañero cercano, y Elijah esperaba que lo visitara después de que lo despidieran. Nunca lo hizo. Ni una llamada.

—Te lo repito: ¿puedo ayudarte?

Algo le debió pasar a Mateo en los últimos tres meses, porque antes no era tan irritable. O quizá sí, y Elijah simplemente no lo notó.

—Eh... ¿Dorian ya está aquí? Me devolvió la llamada —dice, todavía incrédulo.

Mateo lo observa en silencio durante unos segundos.

—¿Y qué se va a llevar? ¿Tu alma? ¿O ya te la quitó?

Elijah parpadea, confundido y con una ligera chispa de furia.

—¿Está Dorian? —repite, con tono más formal.

—Sí. Lo está —responde Mateo, y Elijah se aleja, no sin antes escuchar un murmullo:
—Cobarde…

Elijah llama a la puerta. Al oír el "adelante", entra en la oficina de Dorian.

Dorian está al teléfono, hablando con una amabilidad que incluso lo hace sonreír. Al ver a Elijah, le hace una seña para que se acerque. El escritorio de Dorian está lleno de expedientes, algunos aún sin revisar. Eso no es común en él. Elijah, sin embargo, guarda silencio.

—Bueno, hablamos luego, mamá —dice Dorian antes de colgar—. Es mi mamá. Quiere que me case cuanto antes.

—¿Ah? —Elijah no sabe cómo reaccionar ante la situación.

Trabajó años con él, pero Dorian rara vez hablaba de su madre. Solo cuestiones laborales, encargos, y alguna cena esporádica. Esto le parece fuera de lugar.

—Sí, cree que ya estoy viejo. Dios mío, pasé los treinta. —Deja el teléfono sobre el escritorio y levanta la vista—. ¿Tú crees que parezco viejo?

Elijah frunce el ceño.
—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque eres tú el que está aquí —responde sin rodeos.

Elijah se rasca la cabeza, sin saber a dónde mirar.
—¿Podrías, al menos, mirarme? Estoy justo frente a ti —dice Dorian, y hay un leve reproche en su tono.

Elijah lo observa por fin y se encoge de hombros.
—Depende.

—¿De qué depende?

—No pareces viejo y seguro no te sientes así, pero ella te dio a luz, te crió y te vio crecer. Desde su perspectiva, sí, te estás haciendo viejo.

Dorian asiente con una leve sonrisa y mueve la cabeza.

—Bueno... me casaré cuando encuentre a la chica adecuada —murmura mientras abre un expediente.

Elijah se sorprende por esa declaración. Sabe que Dorian tiene novia, pero claro… esto es **Dorian Blackthorn**. El playboy que se transforma en amante obsesivo, luego en rompecorazones. Con él, todo es posible. Las relaciones no lo anclan. Estaba en una mientras

tenía una aventura con Liana, y hace cinco días besó a su actual pareja.

—¿Rompiste con Bianca Torres? —pregunta Elijah, curioso.

—No, pero no creo que sea la indicada. Y estoy seguro de que ella siente lo mismo —responde con naturalidad—. Estamos juntos porque disfrutamos nuestra compañía, eso es todo.

Dorian se queda en silencio, revisando papeles. Elijah, de pie, medita lo que ha pasado en apenas cinco minutos.

—¿Qué querrías a cambio de volver a contratarme?

—¿Perdón? —pregunta Dorian, bajando el bolígrafo.

Elijah no repite la pregunta.
—No me contrataste por pura bondad, señor Blackthorn. No necesito que me lo digas para saberlo.

—Alguien te dijo algo, ¿verdad?

—No me refiero a eso —niega con la cabeza, sabiendo que Dorian ve su mentira.

—Fue Mateo, ¿verdad? Sabía que debí despedir a ese imbécil hace tiempo —murmura con rabia, cerrando el puño.

—No estás respondiendo mi pregunta —espeta Elijah.

Dorian golpea el escritorio con fuerza. Sus ojos arden.

—¡Porque tu pregunta es estúpida y molesta! Igual que tú ahora. —Respira hondo, se frota la frente, tratando de calmarse—. Si no te quisiera aquí, no te habría vuelto a contratar. Y si quisiera algo de ti… ambos sabemos que no necesito contratarte para conseguirlo.

—Lo siento entonces. Estaré en mi oficina si me necesitas —dice Elijah, y se marcha.

—¿Cómo va tu día? —pregunta Eneida, mientras Elijah regresa a su escritorio luego de ordenar unos borradores.

—Se está poniendo raro —responde tras un suspiro. Se acerca a los archivos de su mesa y sujeta el teléfono entre el hombro y la oreja mientras hojea uno.

—¿Qué quieres decir?

Se encoge de hombros, aunque recuerda que está al teléfono y ella no puede verlo.

—Todos me miran raro. Es la misma mirada que le dieron a Laura hace tres años.

—¿Qué mirada? ¿Y quién es Laura?

Elijah se sonroja.

—La mirada de "¿Te acuestas con el jefe?" A Laura la ascendieron sin merecerlo y después supimos que se acostaba con Dorian. Ahora me siento igual, pero juro que no estoy haciendo nada.

Eneida suelta una carcajada.
—¿En serio? ¡Pobre de ti!

—Ja, ja. Qué graciosa, Ria, Nunca recontratan a nadie, así que entiendo el revuelo, pero no necesitamos tanto espectáculo.

—Tu prioridad es tu trabajo y tu jefe, no tus compañeros. Ambos sabemos que no estás acostándote con él, y eso debería ayudarte a mantener el rumbo.

Él asiente, agradecido. Solo necesitaba que alguien le dijera eso.

—Gracias por decirlo. Te extraño tanto…

Siente la sonrisa de Eneida al otro lado de la línea.

—Yo también te extraño, grandullón.

—¿Cómo te fue? —pregunta él rápidamente, antes de que el tiempo se le escape.

—Todo salió genial. Haré el pago mañana y, si todo va bien, me mudaré también.

Él sonríe, orgulloso.

—Esa es mi chica. Estoy tan orgulloso de ti…

No alcanza a terminar la frase cuando Dorian se le acerca.

—Tengo una tarea para ti.

—Me tengo que ir. Besos —dice a Eneida antes de colgar—. ¿Qué necesitas?

—Lo resolví. Me lo devuelven antes de que acabe el día —dice Dorian, dejando un archivo sobre su escritorio y alejándose.

Eneida cuelga el teléfono, se acerca a su máquina de coser y se sienta. Coloca las telas ya cortadas sobre la mesa. Toma las piezas blancas, las dobla con cuidado y las alisa.

Inclina la cabeza para enhebrar la aguja, cuando siente algo caerle de la nariz. Baja la mirada: una gota de sangre mancha la tela blanca. Se toca la nariz y comprueba que está sangrando. Se limpia rápidamente y también la tela.

El médico le dio un año. Ya han pasado seis meses… y su cuerpo empieza a rendirse antes de tiempo.

No puede dejar de pensar en su familia. ¿Cómo recibirán la noticia de su enfermedad? Las migrañas se intensifican, los mareos la desequilibran. Sigue adelante como puede, y su relación con Elijah sigue siendo un misterio incluso para ella.

Piensa en su madre, en la esperanza en su rostro la última vez que hablaron por Skype. Le prometió que iría a visitarlos.
Pero su mayor temor es Elijah. Él no sabe nada. Ya ha sufrido bastante con la enfermedad de su madre, con sus propias batallas. No quiere sumarle más peso. Ella es lo único que le da alegría… y no quiere arrebatarle eso.

Se seca las lágrimas que ruedan por sus mejillas, sorbe la nariz y sigue cosiendo.

Capítulo 10

Al igual que el día anterior, Elijah llama a la puerta de Eneida exactamente a las siete cuarenta y cinco de la mañana. Ella le abre con una sonrisa radiante. Lleva vaqueros negros ajustados, una camiseta blanca, el cabello rizado recogido en un moño pulcro y un toque ligero de maquillaje. Siempre ha sido naturalmente encantadora y deslumbrante, y contemplarla le alegra aún más el día.

—Buenos días, Sr. Rivera —lo saluda mientras se acerca a él. Lleva una colonia fuerte, pero agradable, y lo único que Eneida desea en ese momento es hundir la cara en su pecho y quedarse allí.

—Buenos días, princesa —responde él, rodeándola con los brazos y atrayéndola hacia sí—. ¿Dormiste bien?

Ella se muerde los labios y asiente, aún sonriéndole alegremente.

—¿Y tú?

—Mmm, claro que sí —la besa suavemente entre los labios, en un beso matutino profundo y sensual—. Fue lo mejor, porque soñé contigo.

Sus ojos brillan de emoción.

—¿En serio? ¿Qué estaba haciendo?

Él le rodea la cintura con los brazos.

—Estábamos hablando, riéndonos y pasando el mejor momento de nuestras vidas. Y te besé… así —su cabeza baja hasta atrapar sus

labios en un beso profundo, esta vez más apasionado que el primero.

Eneida se aleja con una sonrisa tímida en el rostro.

—Deberíamos irnos, o llegaremos tarde tanto al trabajo como al arrendamiento.

Elijah gruñe perezosamente y baja la mirada.

—Me da igual. Quiero pasar el día contigo.

Intenta besarla de nuevo, pero ella aparta la cabeza.

—Bueno, yo sí me preocupo por nuestras responsabilidades y necesito que estés de acuerdo conmigo.

Él suspira con resignación.

—¿Qué otra opción me queda?

Eneida sonríe victoriosa.

—Ninguna.

—Entonces… ¿al menos me darás un beso por eso?

Ella lo besa de nuevo y casi se arrepiente de haberlo hecho. Elijah, maestro de los besos embriagadores, envenena su mente al punto de que pierde la fuerza para alejarse, no hasta que él lo decide.

—Eso no volverá a suceder —dice Eneida, dándole un golpe juguetón en el brazo.

Él pone una cara tonta y le contesta:

—Sabes que te encantó.

Ella pone los ojos en blanco, aunque sus mejillas se tiñen de rojo.

—Te amo. Hay una diferencia.

—Lo mismo digo —responde él con un encogimiento de hombros, lo que hace que ella lo mire con falsa molestia—. ¿Estás lista?

Eneida se muerde los labios y asiente con entusiasmo. Él le extiende la mano para que la tome.

—¿Qué tal me veo?

—Como si estuvieras buscando un hogar —bromea, sacándole la lengua.

Ella le aparta la mano de un manotazo y frunce el ceño, triste.

—No es gracioso, ¿sabes?

Elijah asiente, aunque todavía hay una chispa de risa en su voz.

—Lo siento. Te ves genial, mi amor. Solo estaba bromeando.

Eneida lo observa por un momento. Lleva una camisa de manga larga color ceniza y pantalones negros. Su cabello luce despeinado de forma estudiada, como si se lo hubiera arreglado con cuidado esa mañana, y brilla. Sus zapatos negros están bien lustrados. Se ve exquisito. Dolorosamente guapo.

—Me gustaría poder decir que pareces alguien que busca trabajo, pero no es así.

—No, no lo estoy… —empieza a decir, pero se detiene al ver que Eneida cierra los ojos con fuerza, como si sintiera un dolor punzante —. ¿Estás bien? —pregunta enseguida, tomándola del brazo.

—Estoy bien, solo mareada. Dormí poco anoche —responde, forzando una sonrisa que espera no parezca débil. Miente, pero por ahora es necesario.

—¿Segura? —Él no parece convencido, la observa esperando alguna reacción, pero su rostro permanece sereno.

—Vamos, estoy bien, Elijah. Deberíamos irnos —dice ella, tomando su mano con la intención de cambiar de tema.

Él asiente con escepticismo y la sigue. Caminan hasta la calle para detener un taxi.

—Llámame con cualquier novedad que tengas —le dice. Lo que pasó la tiene muy inquieto, y no entiende cómo Eneida puede tomárselo tan a la ligera.

—Lo haré.

Él la besa como si hiciera días que no lo hacía. Ella se aparta y sube al taxi, despidiéndose con la mano.

—¿A dónde vamos? —pregunta el conductor, mirándola por el espejo retrovisor.

—A Surulere —responde ella.

El recorrido es largo y un poco agotador, como siempre, pero valdrá la pena. Surulere está lejos de Ikeja, donde vive. Ni siquiera Elijah sabe que ha llegado tan lejos buscando casa. Lo hace para evitar verse otra vez en una situación de desalojo. Surulere está tan lejos que Dorian no consideraría prudente comprar el terreno con fines de inversión. También sabe que esto la alejará de Elijah, pero es mejor ahora que después. Después de lo que le ocurrió esa mañana, Elijah

estaba muy asustado, y aunque ella trató de calmarlo, irse lejos parece la única manera de protegerlo y ocultarle la verdad.

Se está muriendo. Lo sabe.

Por mucho que quiera seguir luchando, ya lo ha dado todo: sus sueños, sus esperanzas, sus ambiciones… y ahora apenas lucha por ver un día más.

Hace cinco años, cuando le diagnosticaron un tumor cerebral, su familia lo sacrificó todo para asegurarse de que ella sobreviviera. Pero el tumor regresó, y esta vez no hay salvación.

Hace un año, cuando le dijeron que el cáncer había vuelto y estaba en etapa tres, todavía tenía mucho por hacer, muchos sueños por cumplir. Y un año después, sigue sin haberlos cumplido. Su único deseo es dejar una huella antes de morir. Encontrar una casa digna donde pueda vivir mientras crea su ropa y sus diseños se ha vuelto su única salida.

La vida no era tan color de rosa como había imaginado al llegar. Requería trabajo duro, y ella estaba lista para ello… hasta que el médico le comunicó su destino.

—Ya llegamos —anuncia el conductor, sacándola de sus pensamientos.

Eneida mira por la ventana. Tiene razón, ya han llegado.

—Gracias Aquí tiene —le entrega el dinero y baja del auto.

La casa está a unos pasos, pero se siente tan agotada como si hubiera caminado una hora. Sabe que es su condición. Aun así, avanza hasta llegar.

Llega con unos minutos de retraso, pero llega. Afuera la esperan el propietario, el Sr. Aja, un hombre de unos cincuenta años, con cabello gris, gafas y un caftán blanco, y el conserje, el Sr. Bassey, de unos treinta, calvo, con camiseta Ankara y pantalones negros.

—Disculpen la espera —se disculpa—. ¿Entramos? Parece que va a llover —sugiere, y entran al apartamento.

Una vez dentro, Eneida saca su bolso para entregar el dinero del alquiler, pero antes de que pueda hacerlo, el Sr. Aja habla:

—Lo siento, señorita Serrano. Nos advirtieron que no le alquiláramos la casa.

El corazón de Eneida da un vuelco. Otra vez, su peor temor se hace realidad.

—No entiendo. ¿Quién les advirtió que no me alquilaran el apartamento? —pregunta, con la voz al borde de quebrarse.

—Un hombre vino anoche. Dijo que alguien llamado Dorian comprará la casa del Sr. Aja si no se la damos a usted —explica el Sr. Bassey, con tono resignado.

—Lo siento muchísimo —añade Aja, con un gesto de pesar—. Esta casa ha estado en nuestra familia durante mucho tiempo. No queremos perderla.

Eneida se seca las lágrimas y asiente.

—Lo entiendo. Gracias por su tiempo. Que tenga un buen día —dice, poniéndose de pie y caminando hacia la puerta.

—Se acerca una tormenta, ¿no prefiere esperar a que pase antes de irse? —pregunta Aja al oír los truenos en el cielo.

Eneida niega con la cabeza.

—No, prefiero seguir. Gracias —responde antes de abrir la puerta y salir.

Camina por la calle, con la esperanza de encontrar un taxi de regreso. Piensa en lo que tendrá que decirle a Elijah cuando él pregunte. También piensa en a dónde más podría ir a buscar un contrato de arrendamiento. Sabe que Dorian no la dejará en paz, no hasta destruir todos sus esfuerzos. Elijah tenía razón: él no dejará pasar esto.

Los truenos retumban, y ve cómo las pocas personas en la calle corren a cubrirse. Pero ella sigue caminando.

Siente un dolor de cabeza y se frota la frente para aliviarlo. Cuando el dolor disminuye, busca un taxi… pero no hay ninguno. En cambio, ve un Ferrari negro con cristales polarizados aparcado en una esquina.

Guiada por su instinto, se acerca al coche. Toca la ventanilla. Una vez. Dos veces.

La ventanilla baja.

Y allí está su peor pesadilla.

Dorian.

Capítulo 11

Lleva un traje negro con una camisa azul cielo por dentro y corbata negra. Su cabello, también negro, está peinado con una raya a un lado que define su rostro, aunque una espesa sombra cubre parte de sus facciones. El sol de la mañana brilla sobre él, iluminando toda su figura.

No dirá que le sorprende verlo. Sería una mentira. Siempre supo que la seguía. Era evidente que era él. El Ferrari en el que viaja no es común en la zona donde ella busca casa; es demasiado elegante para un asentamiento rural. Pero lo que realmente la enfurece es lo lejos que él está dispuesto a llegar solo para presenciar la desgracia ajena.

Si no lo conociera, diría que encuentra placer en verla sufrir. Como si se tratara de alguien con múltiples premios humanitarios, pero por tortura emocional.

—Espero que ahora estés feliz y satisfecho —dice ella, mirándolo fijamente.

Él se quita la visera, dejando al descubierto sus ojos verdes.

—Me gustaría decir que sí, pero no sería del todo cierto. Además de satisfacción, siento curiosidad —responde, mientras abre la puerta y baja del coche con calma.

"¿Curiosidad?", repite Eneida en su mente, burlona, aunque no dice nada.

Él mete las manos en los bolsillos y añade:

—Tu casa actual está en la ciudad, así que me pregunto si Elijah sabe que planeas mudarte a un lugar donde será casi imposible que se vean.

Ella aprieta los dientes; sus fosas nasales se inflaman de furia.

—Eso no es asunto tuyo. Lo que pase entre Elijah y yo no te concierne.

Él niega con el dedo.

—Pero sí me concierne. Se convirtió en mi problema el día que, sin conocerme, decidiste insultarme.

—Entonces, lo siento por haberte insultado. Si pudiera volver atrás, lo haría diferente. Pero ya está hecho, y no quiero seguir con esta manipulación. Lo siento —dice con el deseo sincero de dejar atrás todo ese conflicto. Su paciencia está rota, y sus fuerzas también.

Dorian frunce el ceño, irritado.

—¿Crees que con una disculpa basta? Me insultaste delante de una docena de empleados, y ¿crees que eso simplemente se borra?

Ella niega con la cabeza y suelta una risa incrédula.

—Esto no se trata de disculpas ni de orgullo. Solo estás buscando a alguien sobre quien descargar tu frustración. Liana te dejó, y no puedes superarlo. Te duele no tenerla más y, como no puedes vengarte de ella, apuntas hacia los más débiles, los que no pueden defenderse. Quieres hacer miserable la vida de otros para sentirte menos miserable tú. Te haces el duro, pero en el fondo solo eres un chico con el corazón roto, triste y completamente solo.

Cuando termina de hablar, siente cómo cada palabra envenenada se vuelve un cuchillo en el aire. Pero ya no puede echarse atrás.

Dorian la agarra del brazo y la estrella contra el coche. Sus ojos, rojos de furia, desprenden una crueldad que le acelera el corazón, pero ella se esfuerza por enfrentarlo sin dejarse dominar.

—¡Escuchaste la conversación que tuve con Liana y ahora crees que sabes algo de mí! —escupe él con los dientes apretados.

—Sé lo suficiente. Y eso te duele —responde con la voz firme, aunque por dentro le tiemblen las piernas.

Él se ríe, una risa oscura y amenazante.

—No tienes idea en el lío en el que te has metido, niña.

—No te tengo miedo, Dorian Blackthorn. ¡Suéltame! —le grita, y él finalmente la deja ir.

Ella se frota el brazo, lo fulmina con la mirada y se aleja. El corazón le golpea el pecho, la cabeza le retumba, pero se esfuerza por alejarse lo más rápido posible. Un fuerte portazo suena a sus espaldas. No se atreve a mirar atrás.

**

La lluvia cae del cielo con furia, y Eneida maldice en voz baja. Si no hubiera perdido tiempo discutiendo con él, tal vez habría encontrado un taxi que la llevara de vuelta al apartamento. Pero ahí está: sola, empapada, exhausta.

Acelera el paso en dirección al refugio más cercano, pero no es lo bastante rápida. Siente que el cuerpo se le descompone, una náusea

oscura la invade. La sangre empieza a resbalarle por la nariz. Busca su pañuelo para secársela, y eso es lo último que recuerda.

Dorian, aún con la respiración agitada, se pasa una mano por el cabello, tirando de él con frustración. Golpea el lateral del Ferrari con el puño, una y otra vez, hasta que el dolor le roba la rabia. Su mano sangra. Se envuelve los dedos con un pañuelo mientras observa a Eneida.

Ella se detiene a unos metros, busca algo en su bolso... pero nunca lo encuentra. En lugar de eso, se desmorona en plena acera, inconsciente.

**

Cuando Eneida vuelve en sí, está acostada en una cama demasiado grande para ser de hospital. La habitación también es amplia, elegante, silenciosa. Observa el entorno y distingue a una mujer de cabello largo y castaño, vestida con camisa gris y pantalones negros.

Eneida se incorpora de golpe.

—¿Dónde estoy? ¿Quién eres? ¿Qué pasó?

—Entraste inconsciente. Te hice unas pruebas para saber qué te pasa. Pronto tendré los resultados —responde la mujer, con acento británico, levantando las manos en señal de paz.

—¿Quién me trajo aquí?

La mujer titubea.

—Me tengo que ir —dice Eneida, intuyendo que la respuesta será peor que la pregunta.

—Fue el señor Dorian quien te trajo, pero me pidió que no dijera nada —revela al fin.

Una ira densa le sube por el pecho.

—Una razón más para irme —dice con amargura.

—Por favor…

—Lo siento, pero no conozco la cara amable de Dorian. Lo que yo conozco es su lado cruel, y me niego a caer en el juego de su redención. Me ha hecho la vida imposible durante tres meses.

—No conozco el lado que tú conoces ni sé cuál deberías ver, pero... te trajo aquí para ayudarte —responde la mujer con calma.

—Bueno, quizás puedas repetir eso cuando me muera —murmura Eneida, mientras recoge su bolso y se dirige a la salida.

**

Durante el resto del día, no puede dejar de pensar en esos resultados que la mujer esperaba. ¿Qué ha descubierto Dorian? ¿Cuánto sabe?

Y, sobre todo... ¿debería decírselo a Elijah?

Una pequeña voz en su mente sugiere:

"Déjale una carta y luego huye. Así sabrá la verdad y no tendrás que verlo explotar."

Nunca ha sido cobarde, pero algo en ella se resiste. Si se lo cuenta ahora, Elijah podría enfadarse, pensar que solo se lo dice porque Dorian lo sabe.

Finalmente, toma la decisión. Empacará sus cosas, dejará una carta y se marchará.

Tras recoger todo, solo le queda escribir la nota. Se sienta, toma el bloc de notas y el bolígrafo, cuando alguien llama a la puerta.

Al principio, ignora el sonido. Pero el golpe se repite, más fuerte.

—¿Quién es? —pregunta. Silencio.

Va a regresar a la mesa, pero un nuevo golpe la detiene.

—¡Maldita sea! ¿Quién es?

—Creo que ya lo sabes. Abre, Eneida —responde Dorian.

El corazón le da un vuelco.

—No quiero hablar contigo.

—Qué lástima, porque no me voy a ir hasta que hablemos. ¿Y adivina quién vendrá pronto a ver a su novia? Acertaste... el chico enamorado.

Eneida abre la puerta antes de que él termine de burlarse.

Su rostro no coincide con el tono irónico de su voz.

—¿Qué quieres? ¿No has hecho suficiente?

—¿No me vas a dejar entrar?

—¿Porque somos buenos amigos ahora? —responde ella, con sarcasmo.

—Tienes razón, no lo somos. Y por eso… lo siento —dice él, y por primera vez, Eneida lo escucha disculparse.

—Estás perdonado —responde, y está a punto de cerrar la puerta cuando él la detiene con sus palabras:

—Llegaron los resultados —dice, y su voz se vuelve más suave—. Sé que te estás muriendo, Eneida. Y puede que suene a cliché, pero quiero ayudarte.

Capítulo 12

—El resultado llegó —dice él.

Eso basta para que Eneida contenga el aliento, pero Dorian continúa:

—Sé que te estás muriendo, Eneida. Y puede que suene a cliché... pero quiero ayudarte.

La puerta se abre un poco más, no porque él la empuje, sino porque ella la suelta y se hace a un lado, permitiéndole entrar. Pero apenas lo hace, ella se lanza hacia adelante y le propina una fuerte bofetada. Pensó que eso sería suficiente... hasta que lo golpea una segunda vez, aún más fuerte.

Dorian no se sorprende por la primera reacción, ni por la segunda. Lo que realmente lo desconcierta es que haya permanecido tan serena durante todo este tiempo.

—¿Quieres ayudar? —pregunta Eneida, con incredulidad y una risa amarga—. ¡Llévame de vuelta a hace tres meses, cuando me echaste de mi apartamento, cuando aún tenía esperanzas en la pequeña vida que trataba de construir! O mejor aún, a hace una semana, cuando recibí una orden de desalojo que me devolvió al fondo. O esta misma mañana, cuando la última esperanza que me quedaba se derrumbó ante mis ojos... ¡todo porque tú me arruinaste por completo!

—Eneida, eso fue...

—¿Qué? —lo interrumpe ella, con lágrimas corriéndole por el rostro —. ¿Que no sabías que tenía cáncer? ¿Que no sabías que me estaba muriendo y que solo me quedan unos meses de vida?

Sus palabras duelen, son duras y desgarradoras. Pero son la verdad.

Cuando ella se desplomó esa mañana, Dorian pensó que fingía. Estaba acostumbrado a los juegos de manipulación: Liana y Bianca Torres sabían jugar bien sus cartas, y él había caído en sus trampas demasiadas veces. Pensó que Eneida no sería diferente. Incluso cuando la lluvia empezó a caer con fuerza, se quedó esperando a que ella se levantara. Pero no lo hizo.

Pasaron tres minutos.

Entonces lo entendió: no estaba fingiendo.

Salió corriendo del coche y se arrodilló junto a su cuerpo inconsciente, tendido en la acera.

Sí, una parte de él se preocupó. La llevó a casa, pero no quiso sacar conclusiones. Así que pidió a Carnielis una amiga de la familia, que le hiciera algunas pruebas. Y fue al ver los resultados que sintió una culpa aplastante. Tres meses de rencor, odio, silencio. Mientras ella sufría en silencio, él solo añadía más peso a su carga.

—Lo siento —dice. Es lo único que puede decir.

Eneida se encoge de hombros, caminando hacia la puerta.

—Ya no hace falta que te disculpes. Puedes irte.

Dorian asiente y se gira para marcharse, pero entonces ve las maletas junto a la cama y una nota sobre la mesa.

Ha visto esto antes.

El recuerdo de llegar a casa y encontrar solo una nota de Liana vuelve a él. Fue el peor día de su vida. No lo olvidará fácilmente.

—No estarás planeando huir, ¿verdad?

—La última vez que lo comprobé, lo que haga ya no es asunto tuyo —dice, señalando la puerta—. Te vas, ¿recuerdas?

—¿De verdad crees que una carta será suficiente? ¿Que disculparte arreglará todo? —Su voz se intensifica. No le grita a ella, sino a sí mismo. Está furioso. Por haber llegado tan lejos. Por no haber visto antes lo evidente.

—Tienes que irte o llamaré a la policía —advierte, tomando el teléfono y marcando el número de emergencias.

—Con solo mirar a Elijah se nota que está locamente enamorado de ti. No solo eso: está dispuesto a hacerte feliz. ¿Y tú simplemente le vas a dejar una carta y pensar que lo superará como un cachorro abandonado?

Ella baja el teléfono y lo apunta con un dedo acusador.

—¡No tenía opción! ¡Tú no me diste opción!

—No me eches la culpa —responde él con dureza—. Yo no te pedí que te fueras. Ni fui yo quien te llevó a Surulere, tan lejos que ustedes dos nunca podrían tener una oportunidad real. Entonces, ¿por qué hacer que él te olvide a la fuerza?

—¿Estás diciendo que hiciste eso por él? ¿Que cuando amenazaste con comprar la casa si el casero me la alquilaba, fue por mi relación con Rivera?

—No —responde, serio—. Pero ya has mentido demasiado. Es hora de decir la verdad.

Lo dice con tanta facilidad, como si pudiera obligarla. Eso la enerva más.

—Tú no sabes nada de la verdad. Y ya te ibas, ¿no? —le señala la salida.

—De acuerdo —dice él, y se encamina a la puerta. Pero antes de cruzarla, se vuelve hacia ella—. Sé que no tengo ningún derecho, que ya ni siquiera somos amigos. Pero piénsalo. Tal vez creas que decir la verdad sería lo más insoportable, pero negarle a alguien el derecho de decidir es aún peor. —Saca una tarjeta y la deja sobre la máquina de coser—. Llámame si necesitas algo.

Cuando la puerta se cierra, Eneida se queda mirando la tarjeta. Está a punto de dejar su propia nota, cuando las palabras de Dorian resuenan en su cabeza.

¿De verdad va a empeorar las cosas simplemente huyendo?

Recuerda el momento en que la vida de Dorian cambió con una nota. Y no quiere hacerle eso a Elijah. No quiere que él termine como Dorian.

Tocan la puerta.

Sabe que es Elijah.

Corre a abrirla. Como siempre, él es la luz en su día sombrío. Sus ojos se iluminan al verla, y entra sin decir una palabra. Ella se aparta.

Está a punto de preguntarle cómo le fue el día, pero en vez de hablar, él la besa. Un beso profundo, seductor, en sus labios sorprendidos. Ella olvida todo lo que iba a decir.

Cuando él se aparta, ella parpadea, aturdida.

—Esto es para ti —dice Elijah, sacando una rosa roja de su espalda.

Eneida sonríe, con el corazón roto y cálido a la vez.

—Gracias... ¿qué significa?

—Hoy se cumplen tres meses desde que nos conocimos. Doy gracias a Dios todos los días por ese día.

Ella le devuelve la sonrisa, aunque sus ojos se humedecen.

—¿Lo recuerdas?

—Nunca lo olvidaré. Ese día, que parecía el peor de mi vida, se convirtió en el mejor. Y todo gracias a ti.

Ella rompe en lágrimas.

—Estoy tan feliz...

—Me alegra que sean lágrimas de felicidad, porque tú me das eso —dice él, pero no logra terminar. Ella lo abraza con fuerza y solloza en su pecho.

Elijah la sostiene, desconcertado. Eneida no es alguien que busque consuelo físico... pero no puede evitarlo. La verdad es más dura de lo que imaginó. ¿Cómo decirla? ¿Cómo no herirlo?

—Déjalo salir, nena —le susurra él, acariciándole la espalda y besando su cabello.

—Te amo, Elijah. Mucho. Espero que lo sepas.

—Lo sé, cariño. Y yo te amo a ti.

Pasado un momento, ella susurra:

—¿Recuerdas hace tres semanas cuando dijiste que querías conocer a mi madre y te dije que no era el momento?

—Sí —responde él.

—Mentí. No quería que los conocieras.

Elijah frunce el ceño.

—¿Por mí? ¿O porque no te llevas bien con ellos?

Ella niega con la cabeza, limpiándose las lágrimas.

—No. Nadie tiene la culpa.

Se aleja y coloca la flor en un jarrón. Luego se sienta.

—Sea lo que sea, puedes decírmelo —dice él, acercándose.

—Tengo cáncer, Elijah. Me estoy muriendo.

El silencio lo envuelve todo. Él parpadea, confundido.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo?

Se pasa una mano por el cabello.

—No puede ser... no puedes tener cáncer...

—Lo siento, Elijah...

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?

—Elijah...

—i¿Cuánto tiempo, maldita sea?!

—Casi un año —responde. Su voz apenas es un susurro.

Él se queda de piedra.

—¿Lo sabías antes de conocernos?

Ella asiente.

—¿Y qué esperabas? ¿Ocultármelo para siempre?

—Al principio no te debía esa verdad... y luego me enamoré. Y me dio miedo. No quería que te hundieras otra vez como con tu madre...

—Las migrañas, los mareos... todo era eso, ¿verdad?

Ella asiente, apretando los labios.

—¿Qué clase de persona hace eso? —pregunta él, devastado.

—Una que ya ha pasado por esto. Me diagnosticaron cáncer cerebral a los diecinueve. Me curé, pero mi familia lo perdió todo. Hace un año, recibí la peor noticia. Intenté sobrellevarlo sola.

—¿No es eso lo que hacen los que se aman? ¿Compartir el dolor?

—Te amo demasiado como para darte el mío.

—Esa no es tu decisión, Eneida. Yo también te amo. Y nadie debería estar solo en esto.

Ella sabe que no podrá convencerlo de alejarse, pero quiere que siga adelante. Que cuando ella ya no esté, no le duela tanto.

Entonces, le entrega la tarjeta que dejó Dorian.

Elijah la mira. Reconoce el nombre.

—Dorian lo sabe.

—Sí. Me desmayé esta mañana. Su doctora me hizo las pruebas.

—Entonces... ¿él te obligó a decirme la verdad?

Ella asiente.

—Y yo que pensaba que me amabas.

—¡Te amo! —intenta tomar su mano, pero él la aparta.

—No, no lo sabes. Si me amaras, me lo habrías dicho. Pero me lo dices porque Dorian te presionó.

—Lo siento.

—¿Por qué? ¿Por romperme el corazón en mil pedazos? ¿Por decidir por mí como si fuera un niño? Ojalá pudiera odiarte, Eneida. Pero no puedo. Y eso duele aún más.

Se seca las lágrimas y sale del apartamento.

Capítulo 13

Las últimas palabras de Elijah resonaban en su cabeza durante días y noches. Deseaba poder retroceder en el tiempo: volver a hace tres meses, cuando se conocieron, para hacerlo todo bien desde el principio; volver a hace tres días, para retractarse de todo lo que había dicho. Aunque sentía alivio de que Elijah supiera finalmente la verdad, el precio que había pagado por ello parecía más alto que la verdad misma.

Desde que él se fue, tres días atrás, había estado esperando su regreso. Cada día rezaba, esperando que cambiara de opinión. Sabía que lo que estaban viviendo era duro, pero verlo pasar por eso, sabiendo que le guardaba rencor, lo hacía aún más insoportable.

Su relación había terminado. Justo lo que ella había deseado al principio. Y ahora, odiaba haberlo deseado. Elijah era una de las pocas cosas buenas de su vida, y perderlo fue —y seguía siendo— peor que la muerte.

No podía desconectar su corazón y seguir adelante como si nada hubiera pasado. Él era parte de su día a día, una luz constante, y Eneida daría lo que fuera por recuperar siquiera una chispa de eso.

¿Cómo se puede perder una batalla que nunca se luchó? ¿Cómo se puede fracasar si nunca se intentó?

Los médicos habían sido claros: le quedaba un año de vida desde que el cáncer alcanzó su etapa actual, hacía siete meses. Incluso con la medicación, el pronóstico no era favorable. Pero si existía una forma de sobrevivir, Eneida la tomaría. Porque, más que nada, quería vivir... y estar con Elijah.

Las maletas seguían sin desempacar desde que las preparó tres días antes. Su cuarto estaba intacto, como suspendido en el tiempo. No había salido del apartamento, ni siquiera después de haberse mudado. No tenía adónde ir. La muerte ya la esperaba. Solo era cuestión de tiempo.

Recogió del suelo la tarjeta que Dorian había dejado sobre la mesa. Era lo único, además de ella misma, que había cambiado de sitio. La observó un momento. Parte de ella quería llamarlo; otra parte sospechaba que su ayuda era otra trampa más para arruinarle lo poco que le quedaba de vida.

No importaría. El dolor no duraría mucho más, se dijo.
Se armó de valor, marcó el número en su teléfono y esperó.

Tras unos timbrazos, una voz profunda, grave y exigente contestó:
—¿Hola?

Saltándose cualquier cortesía, Eneida preguntó:
—¿De qué manera planeas ayudarme?

—¿Eneida? —preguntó Dorian, bajando el tono.

—Sí. Ahora responde.

Hubo una pausa.
—Podría ayudarte a conseguir tratamiento inmediato en uno de los mejores hospitales especializados de la ciudad. He oído buenos comentarios sobre su método.

La oferta sonaba legítima.
—¿A cambio de qué?

—¿Qué?

—¿Cuál es el truco?

—Preferiría que lo hablemos en persona. Tu casa parece adecuada. Iré ahora y podremos conversar con calma.

Eneida estuvo a punto de preguntarle si planeaba salir temprano del trabajo solo por ella, pero se detuvo. No debería importarle lo que hiciera con su empresa.

El golpe en la puerta era esperado. Al abrirla, se encontró con Dorian, aún vestido con su traje color sangre de buey, camisa blanca y el cabello perfectamente peinado a la mitad. Llevaba una barba incipiente, como si no se hubiera afeitado en días.

—¿Me dejarás entrar cuando termines de escanearme? —preguntó, rompiendo el silencio incómodo.

—Sí, claro —dijo Eneida, apartándose para dejarlo pasar.

—Aún tienes las maletas hechas —señaló él, mirando alrededor.

—Sí, no he tocado nada —respondió con voz apagada.

—Preferiría que hablemos afuera —añadió ella, sintiendo el aire volverse denso.

Él no discutió. La siguió.
La brisa de la tarde la envolvió y trajo algo de alivio. No entendía cómo había pasado tres días encerrada en esa habitación.
Caminaron hasta el enorme árbol junto a la casa, y ella se sentó en el pasto. Para su sorpresa, Dorian hizo lo mismo.

—Llama...

—Tu tarjeta... —dijeron ambos al unísono, y se detuvieron.

—Habla tú —dijo Dorian, haciéndole un gesto.

—Ya hablé con Elijah. Le conté la verdad... como me pediste. Y rompió conmigo.

—Lo siento...

—Dicho eso —lo interrumpió—, aceptaré tu ayuda. Solo quiero saber cuál es el truco.

Dorian esperó un momento, asegurándose de que no lo interrumpiría otra vez.

—¿Puedo hablar ya? Pensé que la reina aún no había terminado —dijo, sarcástico.

Eneida puso los ojos en blanco.
—Ya terminé.

—Bien. Primero, sé que tú y Elijah rompieron. Eso explica por qué no ha ido a trabajar en tres días. No lo despedí, así que solo quedaba una razón: estaba destrozado.

—¿Vas a despedirlo por faltar? —preguntó ella, entre incrédula e irónica.

—No es asunto tuyo —respondió con frialdad.

—¿Pero no fui yo la razón por la que lo contrataste?

—Sí, pero no fue por el papel que desempeñabas.

—¿De qué estás hablando?

—Lo contraté para convencerlo de que rompiera contigo. Sabía cuánto lo amabas y quería hacerte daño. Pensé que esa era la

manera. Pero él no lo haría. Te amaba más que a su trabajo. Así que iba a esperar... hasta que volviera a comprometerse con su empleo y entonces lo obligaría.
Pero todo cambió cuando me enteré de tu condición.

Eneida quería enojarse. Quería gritarle por lo que acababa de decir. Pero no podía. No tenía fuerzas para el odio. Estaba cansada. De todo. Literalmente... de la vida.

—Así que tus deseos se cumplieron, ¿no? Por fin rompió conmigo —dijo entre lágrimas que brotaron sin que pudiera contenerlas.

—Sí... pero no me dio alegría entonces, y tampoco me la da ahora.

Eneida no sabía si creerle. Tal vez no importaba.

—¿Cómo piensas ayudarme?

—Como te dije por teléfono. Conozco algunos hospitales. Uno en Estados Unidos tiene tratamientos especializados y una tasa de éxito alta. Yo cubriré los gastos. Solo tienes que aceptar.

—¿Cuál es el truco? —repitió.

Dorian la miró, serio.

—No hay trampa, Eneida. Quiero ayudarte. Eso no cambia el hecho de que todavía no me gustas —añadió con naturalidad.

—Tú tampoco me gustas todavía —respondió ella, sin pensarlo.

Él sonrió.
—Entonces estamos bien.

Dorian la trasladó al hospital general Hope, donde recibió atención inmediata. Le hicieron pruebas para evaluar la gravedad de su estado. Aunque ningún caso anterior estaba tan avanzado, el personal prometió hacer lo mejor posible. Eso bastaba para Dorian.

—¿Voy a perder mi cabello otra vez? —preguntó Eneida, desde su cama, mirando su reflejo en el espejo.

Dorian, de pie junto a la puerta, sostenía una rosa.

—Bueno... si lo haces, siempre puedes dejarlo crecer otra vez.

Era un intento de aligerar el momento, pero ella frunció el ceño.

—Más fácil decirlo que hacerlo. Eres un chico birracial, seguro todo te resulta fácil.

La frase se le escapó sin filtro, como si hubiera cruzado un cable mal conectado.

Para sorprenderla, Dorian se acercó y dijo:

—Si eso fuera cierto, ya estaría casado con Liana, tendría tres hijos —dos adoptados—, mis padres aún estarían juntos… y tú no tendrías cáncer.

Las últimas palabras calaron hondo. Eneida desvió la mirada. Desde que supo su destino, las lágrimas le salían más fácil que antes.

—Esto es para ti —dijo Dorian, extendiéndole la rosa.

Ella la tomó, aspirando su fragancia.
—Gracias —murmuró, sonriendo.

—No —la corrigió él—. Elijah dijo que eran tus favoritas. Así que deberías agradecérselo a él.

Antes de que pudiera responder o preguntar, Dorian se apartó…
…y Elijah apareció en la puerta.

Capítulo 14

Elijah baja del marco de la puerta y dice:
—Hola.

Se acerca a su cama. Aunque Eneida está abrumada por la sorpresa, logra responder:
—Hola —y luego dirige una mirada inquisitiva a Dorian—. ¿Qué hiciste?

Puede ver la travesura escrita en el rostro de Dorian, aunque no ha dicho ni una palabra.
—No mucho —responde con aire inocente—. Solo tuve una larga conversación con él.

Luego, Eneida gira rápidamente hacia Elijah, con los ojos muy abiertos:
—Por favor, dime que no te amenazó para que vinieras.

—Lo hizo —responde Elijah, asintiendo con una sonrisa—. Pero... lo necesitaba.

—Gracias por la flor —le sonríe radiante. Hacía días que no se sentía tan feliz, y eso era evidente para Dorian. Pero ahora, no le importa.

—De nada —responde Elijah con una sonrisa cálida.

—Les daré espacio a ambos —dice Dorian, y Eneida asiente antes de que él salga de la habitación.

Elijah se sienta en el pequeño espacio libre junto a ella en la cama. Toma su mano izquierda, fría como el mármol, y la acaricia con suavidad.

Eneida, viendo la oportunidad frente a ella, decide hablar:
—Elijah, siento mucho haberte lastimado. Tenía miedo de herirte con la verdad, así que... huí. Si pudiera volver atrás, haría las cosas mejor.

—Está bien —responde él con serenidad—. Me alegra saber la verdad, Eneida. Aunque doliera... era necesaria.

Echa un vistazo a su alrededor y luego pregunta:
—¿Cómo va el tratamiento?

Ella suspira, sin saber bien qué decir.
—Sinceramente... no tengo idea. Algunos días los médicos dicen "estás en buenas manos, señorita Serrano", y otros ni siquiera se dignan a hablar.

Él aprieta su mano con ternura.
—Tienes miedo —observa con voz baja.

La conoce demasiado bien.
—No puedo evitarlo. Tengo demasiadas preguntas, muchas dudas... Ya he estado aquí antes. Y por mucho que quiera superarlo, tengo que sopesar mis opciones.

—¿Soy una de esas opciones? —pregunta con cautela, temeroso de espantarla.

Lo era. Lo sigue siendo.
Pensamientos la mantienen despierta por las noches: su familia, el dolor que les causaría al saber la verdad. Aunque Dorian ha ocultado los gastos, el vacío de perderla los desgarraría. A su madre, a su hermana, a su hermano... y a Elijah.

Aprieta su mano con más fuerza.
—Siempre has sido una de las opciones. Por eso preferí huir antes que decirte la verdad. Para que no tuvieras que sufrir más... con mi muerte.

Elijah le acaricia la mejilla, provocando un escalofrío que le recorre la columna.
—Piensas como una niña. ¿Crees que no te habría buscado, encontrado... seguido a donde sea?

Ella se queda sin palabras, la garganta seca.
—Estoy confundida —musita.

—Bueno, deberías estarlo —responde él, enredando sus dedos en su cabello—. Yo estuve confundido por días. No entendía por qué no podía odiarte. Por qué no podía resentirme. Y entonces lo entendí: te amaba. Si eso significa quedarme a tu lado y amarte hasta el último aliento, entonces estoy listo. Lo estoy.
—¿Tú lo estás?

Sus ojos se llenan de lágrimas. Apenas puede hablar.
—Tengo miedo —admite, con las lágrimas corriéndole por el rostro.

Él se las limpia con la yema de los dedos.
—Está bien tener miedo. Pero estaré aquí... tanto si superamos esto, como si no.

—Te amo... —solloza, sin poder contenerlo.

Elijah se inclina y la abraza. Ella, en vez de alejarse, se aferra a él. Lo necesita. Necesita que la sostenga, que no la suelte. Y él lo hace, fuerte, como si sus hombros fueran el soporte de su aliento.

—Lo sé. Y yo también te amo —susurra él.

Cuando se separan, él la besa en la frente.
—¿Te molesta si te pregunto qué hay entre tú y Dorian?

—¿El trato? —frunce el ceño.

—Bueno, me dio un susto de muerte hoy. Hace mucho que nadie lograba eso.

—¿Qué te dijo? —pregunta, conteniendo la risa al imaginar a Elijah intimidado por Dorian.

Elijah respira hondo, recordando las palabras exactas:

"La vida es demasiado corta para desperdiciarla odiando a quien se supone que debes amar con todo tu corazón. Aprovecha esta oportunidad, porque puede que no tengas una segunda. Si ella sobrevive y sabe que no estuviste ahí, te odiará. Y si no te odia, dejará de amarte. Y si muere... ¿cómo vivirás contigo mismo sabiendo que no estuviste con la mujer que amas cuando exhaló su último aliento... solo por orgullo?"

Pero no se lo dice. Prefiere guardarlo, como un recuerdo secreto que selló esta nueva oportunidad.

Eneida se le queda mirando, conmovida:
—¿Dijo eso?

Elijah asiente, sonriendo.
—Sí. Y sería un tonto si no le hiciera caso.

Cuando Dorian llega a casa, entra en su habitación y se quita la ropa. Se dirige al baño para una ducha rápida.

El agua cae sobre su piel, pero sus pensamientos están muy lejos de ahí.

Ha pasado demasiado tiempo pensando en ella. Sabe que no está bien, pero no puede evitarlo. Siempre la ha considerado su responsabilidad, pero desde hace una semana... todo ha cambiado.

Hubiera deseado conocerla en otra vida, en otra época. En otras circunstancias donde desearla no doliera.
No es culpa ni redención: su odio por ella existía mucho antes de conocer su condición. No sabe cuándo cambió todo. Quizás fue cuando notó que amaba su sonrisa, su risa, incluso su ceño fruncido.

No quiso distanciarse. No podía.
Y por eso, hace días, habló con Elijah. Si podía hacerla feliz, él estaría bien. Y cuando la vio sonreír de nuevo... supo que era correcto. Aunque le doliera.

Ese día, Eneida le habló de su familia, de su padre fallecido, de cómo su madre luchaba por mantenerlos. Le confesó que no temía morir por ella, sino por lo que su muerte les haría a ellos.

Quiso abrazarla. Quiso sostenerla. Pero no lo hizo. No sabría explicar por qué. Tal vez porque no podría parar.

Sale de la ducha, se envuelve en una toalla y vuelve a la habitación.

—¿Qué tal tu día, mi amor? —pregunta una voz femenina, sobresaltándolo.

Bianca Torres está ahí Radiante. Lleva un top plateado sin mangas y una falda negra. Su cabello ahora es rizado y rojizo.

Pero la confusión reemplaza cualquier admiración.
Se suponía que seguiría en París dos semanas más. Y sin embargo, está aquí.

Estas dos semanas han sido las más tranquilas de su vida. Paz. Libertad. Sin necesidad de fingir, sin mentiras que sostener.

Él sabe que es culpable. Comenzó con Bianca Torres para demostrarle a Liana —y a sí mismo— que había seguido adelante. Pero no fue cierto. El día que Liana regresó, con un matrimonio fallido a cuestas, todo volvió a removerse.

—Hola Estoy bien ¿Qué haces aquí? Se suponía que...

—...Que debía estar en París Lo sé Pero me enfermé de amor —dice, acercándose para besarlo.

"Amor", repite mentalmente.

—Alguien no está muy feliz de verme —comenta, clavando la mirada en él.

—Me alegra que hayas vuelto de una pieza —murmura él. Se viste con calma, notando cómo Bianca Torres lo observa.

—¿Qué pasa ahora? —le pregunta, al ver su expresión.

—¿Quién le dice eso a alguien que no ha visto en dos semanas? —estalla ella—. ¡Has estado reemplazándome con una zorra, y pensabas que no lo sabría!

—¿¡Me has estado siguiendo!? —grita él, incrédulo.

—Porque no se puede confiar en ti. ¡Y tenía razón!

Dorian respira hondo.
—Lo siento, Willian Esto no puede seguir Debería haberlo dicho hace tiempo, pero ahora es mejor que nunca. Hemos terminado.

Ella se ríe con amargura.
—No, no. No puedes terminar conmigo, maldito mentiroso.

—Tienes razón —admite él con tristeza—. Soy un mentiroso. Un infiel. Y por eso... ya no puedo seguir.

—¡No, no lo eres! Pero lo serás... —jura ella, con los ojos llenos de rabia.

Recoge su bolso y sale de la habitación.

Capítulo 15

—¿Vas a quedarte en la puerta todo el día? —pregunta Eneida, alejándose del televisor y mirando a Dorian, quien ha estado de pie desde que llegó a visitarla, hace ya unos diez minutos.

Elijah tuvo que marcharse anoche y le dijo que no podría visitarla por la mañana por cuestiones de trabajo, aunque prometió que pasaría más tiempo con ella en cuanto cerrara. Dorian, por su parte, ha estado viniendo todos los días como siempre, pero hay una diferencia en él, algo importante. Intenta mantenerse alejado emocionalmente, esperando que eso le ayude a lidiar con sus propios sentimientos.

—No, la verdad. ¿Qué hay? —responde él, entrando por fin en la habitación.

Eneida nota que lleva una bolsa negra de compras. Por mucho que intenta ignorarla y volver su atención al televisor, no puede evitar preguntarse qué hay dentro.

—Pantera Negra —responde, volviendo la vista a la pantalla—. ¿Qué tienes en la mano? —pregunta luego, dominada por la curiosidad.

Dorian baja la mirada hacia la bolsa y aprieta el asa como si no quisiera soltarla. Finalmente dice:

—Bueno… ¿recuerdas que me dijiste que, si el cáncer no regresaba, perseguirías tu sueño de convertirte en diseñadora de moda?

Fue una conversación que tuvieron la semana pasada, cuando ella le compartió cosas íntimas sobre sí misma: sueños, aspiraciones,

temores.

—Sí —responde Eneida, sin estar del todo segura de a qué se refiere, ni de poder soportar la expectativa de lo que está a punto de revelarle.

—Te conseguí un diario. Quiero que empieces a dibujar tus diseños, los nombres de las piezas, lo que necesitas… y yo te lo conseguiré.

Ella extiende la mano y él le entrega la bolsa. Al abrirla, encuentra un cuaderno nuevo y un lápiz. Por un instante, piensa que todo es una broma, que él no tomó en serio su historia sentimental y aburrida. Pero que la haya escuchado… significa que le importa. Y que le importe significa que la mala sangre entre ellos se ha ido desvaneciendo. Ama su compañía más de lo que estaría dispuesta a admitir en voz alta. Su nueva actitud hace casi imposible mantener el muro que ella intenta levantar cada vez que él está cerca.

Eneida sonríe, sus dedos se curvan alrededor del lápiz.

—Gracias, significa mucho para mí.

—De nada —responde él, sentándose a su lado mientras ella comienza a dibujar—. Eres muy buena en esto.

Es la primera vez que habla en los catorce minutos que lleva observando sus trazos. Su maestría con el lápiz, cómo da vida a vestidos glamorosos, luego a faldas, blusas, vestidos de verano… lo deja desconcertado y maravillado.

—Gracias. Siempre he soñado con tener algo grande en el mundo de la moda. Por eso me mudé a la ciudad… Pero la ciudad no fue lo que

pensaba, ni lo que soñaba —dice ella, bajando la mirada mientras guarda el lápiz en el diario y lo cierra.

—Lo siento —se disculpa Dorian, sintiendo cómo la culpa lo invade de nuevo.

Eneida se gira para mirarlo, y sus rostros quedan tan cerca que él puede sentir su aliento sobre la piel. Una parte de él quiere inclinarse, unir sus labios con los de ella. Y aunque sabe que no debería, no puede evitarlo.

—Eres realmente hermosa —dice sin querer, al tiempo que levanta la mano para acariciarle el rostro.

Pero justo en ese instante, la puerta se abre y entra Elijah.

Se detiene en seco al ver la escena: Eneida y Dorian en un espacio íntimo, casi a punto de besarse. Observa las miradas de ambos. Eneida parece confundida, mientras que la de Dorian le rompe el corazón. Elijah lo sabe Dorian tiene sentimientos fuertes e incontrolables por Eneida, Lo sospechaba desde hacía tiempo, pero ahora es evidente Por primera vez, Elijah siente la inseguridad infiltrarse en sus pensamientos. Nunca ha dudado del amor de Eneida, ni ha tenido razones para dudar del suyo hacia ella, pero Dorian parece ofrecerle algo que él tal vez no pueda.

Y ese pensamiento lo envenena.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Eneida en un susurro.

—Nada. Tenías algo en la cara —miente Dorian, retirando la mano justo cuando ambos giran hacia la puerta.

Allí está Elijah, con una expresión dura y pensativa. Se mete las manos en los bolsillos y avanza unos pasos.

—¿Interrumpí algo?

—No, no —responde Eneida, sacudiendo la cabeza—. Dorian solo me estaba ayudando con… algo en la cara —repite la mentira de Dorian.

Elijah deja escapar una risa irónica, tan baja que solo Dorian la escucha. El ambiente deja de ser soportable. Elijah está molesto, y esa molestia está claramente dirigida a él.

—Debería irme —dice Dorian, levantándose bruscamente.

—¿Por qué? —Pregunta Elijah con sarcasmo—. A ella le gusta tenerte aquí, es obvio.

Dorian mira a Eneida. Su rostro muestra una leve tristeza Quisiera abrazarla y decirle que no la dejará sola, pero sabe que no puede. Se vuelve hacia Elijah, cuya mirada ansía una pelea.

—Deberíamos hablar afuera —dice, y sale de la habitación.

Elijah lo sigue. En cuanto dobla la esquina, le lanza un puñetazo en la cara.

Dorian tambalea hacia atrás, sorprendido, y se apoya en la pared para no caer.

—¿Cuál es tu maldito problema? —exclama, llevándose una mano a la mandíbula.

Elijah no se contiene:

—¿De verdad me preguntas eso, Dorian Blackthorn? ¿Me preguntas eso? ¿Es este el precio que ella paga por tu generosidad? ¿Y el que

yo pago?

—¿De qué demonios estás hablando?

—Vi cómo la mirabas —explota.

—No sé de qué estás hablando…

—No puedes negarlo. Sé que la amas. Y ahora quieres hacerla tuya.

Dorian sigue frotándose la mandíbula, dolido, pero firme.

—Sí, quizá sí. ¿Y qué hay de malo en eso? Eneida es hermosa, dulce, maravillosa. Cualquier hombre en su sano juicio se enamoraría de ella. ¿Qué? ¿Crees que eres el único con derecho a sentir algo por ella?

Elijah se lanza de nuevo, pero esta vez Dorian lo sujeta por el cuello y lo empuja contra la pared.

Dorian siempre ha sido más fuerte. Lo sabían ambos. La rabia de Elijah no podía igualar su fuerza.

—¡Hijo de puta! ¡Este fue tu plan desde el principio! ¿Recontratarme para acercarte a ella y que yo no pueda decir ni hacer nada?

—Incluso si no te hubiera recontratado, no podrías hacer nada —susurra Dorian, burlándose en su oído. Luego lo suelta.

Elijah se recompone, alisa su camisa, respira hondo.

—Tienes razón. Eres un hijo de puta. Y no se puede confiar en ti cerca de mi novia. Pero lo que no aceptaré es que quieras culparla a ella. Está enferma, delicada, y lo último que necesita es un hombre inseguro.

—Entonces aléjate tú de mí, de ella, de nosotros. Vete y no vuelvas —le exige Elijah.

—No puedes decirme qué hacer.

—No, pero Eneida me ama. Irme no es opción. ¿Por qué no haces lo correcto por una vez en tu vida y te alejas tú?

Dorian señala con un dedo:

—Escúchame, jovencito…

—No, escucha tú, viejo. Esa mujer no es Liana, y yo no soy Edmund Nos amamos. No voy a dejar que arruines eso. Así que lárgate.

Cuando Dorian llega a casa, entra a su habitación y se deja caer en la cama. Cierra los ojos por un momento.

—¿Problemas en el paraíso? —pregunta una voz.

Dorian sonríe al reconocerla.

—Mamá —dice con alivio.

Ada, una mujer de 49 años, se acerca. Lleva un vestido naranja a juego con sus zapatos. Su piel oscura resplandece, el cabello trenzado le cae sobre los hombros y apenas lleva maquillaje. Luce espectacular.

—¿Te dije que el dinero no lo compra todo? No compra el amor y, desde luego, no la felicidad —dice sentándose junto a él.

—No recuerdo haber discutido eso contigo. Solo dije que prefiero ser rico y tener el corazón roto, que estar arruinado y con el corazón roto —responde él, apoyando la cabeza en su regazo.

—¿Quién es la chica que te hizo dejar a Bianca Torres? Porque estuviste con ella tres años sin sentir nada.

—¿Liana? —dice, sabiendo que es mentira.

Ada lo mira con una ceja alzada.

—Amaste a Liana, pero ese amor nunca te dio valor. ¿Quién es la que te hizo sacar la cabeza del culo?

Él se acomoda, incómodo.

—No tenías que decirlo así, mamá.

—Siempre ha sido obvio, hijo Liana nunca fue tuya, Y Bianca Torres… por favor Fue solo una farsa.

—Parece que sabes todo…

—Sí, soy tu madre. ¿Quién es?

—Se llama Eneida.

Y durante media hora, le cuenta toda la historia. Cómo la chica que creyó odiar es ahora la mujer sin la que no puede pasar un día.

—¿Recién ahora descubres lo que sientes por ella? —pregunta Ada.

—Creo que siempre lo supe. Desde el primer día. Lo confundí con rabia, con necesidad de venganza. Pero ahora… se ha vuelto tan claro.

—¿Qué te detuvo?

—Habría estado mal Tiene novio Y él interrumpió el momento… Me pidió que me alejara, y eso he hecho.

—¿Y cómo lo llevas?

—Fatal. No puedo concentrarme. Esta semana ha sido un Blackthorn.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé, mamá. No quiero interponerme. Solo quiero que viva, que esté bien. Si estamos destinados a estar juntos… lo estaremos.

Ada lo mira con ternura.

—Un sentimiento que no puedes expresar… es tan doloroso como un corazón roto.

Y Dorian lo sabe. Lo siente. En el fondo del alma.

Capítulo 16

Una semana después, Dorian regresó a la empresa. No había asistido durante los últimos días y necesitaba saber cómo habían ido las cosas en su ausencia. Sabía que había faltado al trabajo, pero también entendía que necesitaba ese tiempo: de haber venido, no habría podido rendir adecuadamente.

Seth, el gerente general, quien había estado a cargo de la gestión en su lugar, estaba ocupado en su oficina cuando Dorian entró y lo vio de inmediato. Se levantó de su asiento y se acercó a él.

—Señor Blackthorn —sonrió mientras le ofrecía la mano—. Qué gusto verlo. ¿Ya terminó su descanso?

Dorian estrechó su mano.

—Estoy cerca. Te mantendré informado, y serás el primero en saber cuándo regreso. Por ahora, buen trabajo con la empresa. He oído cosas muy buenas de mamá… y de otros.

—Me halaga. Gracias —respondió Seth con humildad.

Había sido diligente y eficiente en su papel como director ejecutivo interino. Todo había fluido como si Dorian no se hubiera ausentado.

—De nada —respondió Dorian, soltando su mano y llevándoselas a los bolsillos—. ¿Y el señor Rivera? ¿Vino a trabajar?

—Sí, está en su oficina. ¿Quiere que lo llame?

Dorian negó con la cabeza.

—No, lo veré yo mismo.

Salió de la oficina y se dirigió al despacho de Elijah. Tal como Seth había dicho, lo encontró trabajando frente a su computadora. Al verlo, Elijah se levantó de inmediato, nervioso y tenso, con una mirada que a Dorian no le agradó.

—Buenos días, señor Blackthorn —dijo con una voz más baja y áspera de lo habitual, lo cual despertó preocupación en Dorian.

—Buenos días, señor Rivera. ¿Cómo va todo?

Caminó hasta su escritorio y se detuvo frente a él.

—Bien, señor —respondió Elijah, aunque Dorian podía notar que no era cierto.

Ambos guardaron silencio un momento. Sabían que debían hablar sobre lo ocurrido la semana anterior, aunque ninguno quería tocar el tema.

Dorian apretó la mandíbula, molesto consigo mismo. Finalmente habló:

—Siento lo de la semana pasada, Elijah. Me pasé de la raya. Siempre quise que terminara lo que tenías con ella, pero no era por hacerte daño a ti, sino por lastimarla a ella. Me di cuenta de que la amabas y que nunca la dejarías, así que tuve que soltarlo. Nunca planeé enamorarme de Eneida. ¡Nunca fue parte del plan! Lo último que quiero es volver a tener una vida amorosa complicada.

Su voz se endureció en la última palabra, y Elijah comprendió de inmediato a qué se refería.

—Lo sé… y lamento lo que hice y lo que dije. Fueron palabras crueles y dolorosas. Estaba enojado, inseguro e infantil. Lo siento —

dijo con sinceridad.

Dorian sonrió con autenticidad y asintió.

—¿Entonces estamos bien?

Elijah le devolvió la sonrisa.

—Sí, lo estamos.

—Bien —respondió Dorian, dándose media vuelta para marcharse.

—Alguien vino a buscarte la semana pasada. Un tal doctor Harry. Dijo que era importante —agregó Elijah, haciendo que Dorian se detuviera en seco.

El rostro de Dorian palideció de inmediato. Se giró lentamente.

—¿Eso fue todo lo que dijo?

—Sí. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

—Espero que no —murmuró, sacando su teléfono para revisar sus correos. Había uno sin leer de Harry. Lo guardó en el bolsillo con rapidez—. Tengo que irme.

Al salir al estacionamiento, se acercó a su coche y vio a Bianca Torres parada junto a él. Lucía tan deslumbrante como siempre: jeans ajustados de tiro alto, una blusa roja corta. Era hermosa, tenía que admitirlo, pero el motivo de su visita lo mantenía demasiado alerta como para dejarse distraer por su atractivo.

No la había visto en dos semanas desde la ruptura. Había pensado que ya estaba pasando página, sobre todo porque esperaba mucho más drama de su parte. Después de todo, ese era su sello personal. Pero no. No hubo drama. Solo un silencio inesperado. Y eso le dijo

todo: ella no había terminado. Volvería. Siempre volvía. Era solo cuestión de tiempo.

—¿Qué deseas?

Ella se enroscó un mechón de su cabello rubio entre los dedos.

—No es la forma adecuada de tratar a una vieja amiga —respondió, caminando hacia él con ese magnetismo natural, mientras el sol danzaba sobre su piel oscura, haciéndola brillar.

—Nunca fuimos amigos —corrigió, esta vez con más dureza—. ¿Qué quieres?

—¿Me creerías si te dijera que quiero verte? ¿O que te extraño?

Abrió la puerta del coche y se dispuso a entrar. Cuando ella lo siguió, se giró.

—¿Cómo supiste que estaría aquí? ¿Aún me sigues?

Ella se detuvo, rió con nerviosismo.

—No seas absurdo, Dorian. No eres el centro de mi mundo, aunque te guste pensarlo.

Avanzó un paso más.

—Solo quería decirte que lamento todo lo malo que te hice… y que te deseo lo mejor.

Acortó la distancia entre ambos y lo besó de improviso. Dorian intentó apartarla, pero justo en ese momento, ella deslizó algo en el bolsillo de su chaqueta.

—No vuelvas a hacer eso… o no te gustará el lado mío que verás —dijo, antes de subir a su coche y marcharse.

Dorian se quedó inmóvil unos segundos. Luego, sin pensarlo más, condujo directo al hospital.

Solo tenía un pensamiento: encontrar al doctor Harry y averiguar qué estaba pasando.

Sentía, desde lo más profundo, que no serían buenas noticias. Al acercarse al consultorio, escuchó su nombre y se giró.

—Señor Blackthorn, gracias a Dios que está aquí —dijo el doctor Harry, acercándose rápidamente—. Hemos intentado comunicarnos con usted toda la semana. No estaba en la oficina, su teléfono no funcionaba y le enviamos varios correos, pero no sabíamos si los había leído.

Aunque el médico no mostraba una expresión alarmante, sus palabras pesaban. Dorian sabía que algo estaba mal. Tal vez no debería haberse alejado. Tal vez debió mantenerse en contacto. Pero ya era tarde.

—Sí, tuve una crisis personal. ¿Qué pasa? —preguntó, visiblemente estresado.

—Por favor, venga a mi oficina. Esto debemos hablarlo como es debido —pidió el médico, y Dorian no tuvo más opción que seguirlo.

Entraron y cerraron la puerta. Harry tomó asiento e invitó a Dorian a hacer lo mismo.

—Estoy bien, gracias. Solo dígame qué ocurre. ¿Por qué me han estado buscando?

—¿Recuerda cuando trajo a la paciente con cáncer...?

—Eneida —interrumpió al instante, molesto por el modo impersonal en que se refirió a ella.

El médico parpadeó, sorprendido.

—¿Perdón?

—Su nombre no es "la paciente con cáncer" Es Eneida Serramo.

—Cierto Señorita Eneida Serrano. Su probabilidad de supervivencia era del treinta por ciento, pero aseguramos que haríamos todo lo posible.

Sacó un expediente con dos gráficos y los colocó sobre el escritorio.

—¿A qué se refiere, doctor?

Señaló el segundo gráfico, donde las cifras eran notablemente más bajas.

—Su probabilidad de supervivencia descendió al diez por ciento… y esto sucedió la semana pasada.

Dorian se llevó una mano al cabello, luego al rostro, visiblemente afectado.

—¿Cómo pasó eso?

—No lo sabemos con certeza. Según las pruebas, su cuerpo no está respondiendo al tratamiento. Rechazó la última terapia administrada.

—¿Cuánto tiempo le queda?

—Un mes como máximo —respondió, empujando el expediente hacia Dorian.

—No puedo —dijo él, retrocediendo—. Tengo que irme.

—Como usted asumió todos los gastos desde el inicio, consideramos que debía saberlo primero. Ahora nuestro equipo le dará la noticia a ella.

—No lo hagan —pidió Dorian de inmediato—. Dame tiempo. Yo se lo diré.

Harry lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Está seguro? A veces es muy difícil dar ese tipo de noticias, sobre todo si se trata de alguien que uno ama.

—Sí… —afirmó con la voz baja—. Déjamelo a mí.

Capítulo 17

Sabe que eso va en contra de casi todo lo que dijo que haría: mantenerse alejado. Pero las palabras de Harry lo afectaron. A Eneida solo le queda un mes de vida, tal vez menos, y esperar a que se recupere ya no es una opción. Necesitaba verla. Ha pasado una semana entera lejos de ella, ¿y de qué sirvió? Solo se mintió a sí mismo, diciéndose que mantenerse alejado era lo mejor… cuando claramente no lo era.

Recuerda las palabras que Ada le dijo hace una semana: *"Un sentimiento que no puedes expresar es tan doloroso como un corazón roto"*. Y eso fue exactamente lo que vivió durante esos días: un corazón roto, latiendo bajo el peso de la culpa y la distancia. Ya no quiere seguir huyendo. Necesita verla. Sabe que Eneida tendrá preguntas sobre su ausencia, pero no le importa. Será tan sincero como necesite ser.

Cuando llega a la puerta de su habitación, toca suavemente. Al oír su pequeña voz diciendo "entra", empuja la puerta con delicadeza y entra.

Eneida está sentada en la cama, aparentemente absorta en la película que dan por televisión. No lo mira. Él avanza unos pasos más y se detiene frente a la cama.

—¿Qué quieres? —pregunta ella sin apartar los ojos de la pantalla.

Dorian guarda silencio. No sabe cómo responder. La explicación que había ensayado sobre su necesidad de espacio, sobre su egoísmo

por desearla incluso cuando todo se desmoronaba... todo eso se le atraganta en la garganta.

—¿Te comió la lengua el gato? —pregunta ella, finalmente volviendo la mirada hacia él.

Su rostro, antes vivaz y radiante, luce ahora pálido. Sus ojos, débiles y enrojecidos, parecen hundirse en una tristeza profunda. Sus labios están agrietados por la resequedad, y Dorian se pregunta si ha bebido suficiente agua. Aunque aún conserva algunos mechones de cabello, los cubre con un gorro rosa. La imagen le parte el alma, pero para él sigue siendo hermosa.

Una semana. Solo una semana ha pasado... y tanto ha cambiado.

—No —dice finalmente—. Lo siento.

—¿Por qué? ¿Por irte sin decir nada? ¿Por no llamar ni venir en una semana? —responde ella con la voz quebrada.

—Eneida, yo…

—Creí que habíamos dejado de abandonarnos. Creí que ya no éramos enemigos... que ahora éramos amigos —dice ella, con más fuerza de la que parece tener.

—Lo somos —responde él de inmediato.

—No, no lo somos —espeta ella con firmeza.

Dorian aprieta los labios y se sienta en la silla junto a su cama. Toma su mano, tan fría, entre las suyas, y le sorprende que ella no la retire.

—Lo siento, Eneida. Lo siento muchísimo. Fui un cobarde. Me asusté y me alejé porque, cuando todo parecía ir un poco mejor, me dio miedo que doliera más. Pero nunca quise hacerte daño.

Ella suelta un suspiro agudo, pero asiente.

—Siempre has sido una gallina asustada.

—Por eso necesitaba una tigresa como tú, valiente y desafiante, para no volverme loco —responde él con una media sonrisa.

Eneida se ríe entre dientes, y Dorian no puede evitar sonreír también.

—Deberíamos salir de aquí —sugiere él.

Ella arquea una ceja.

—¿Adónde vamos, bicho raro?

Él se pone de pie y le tiende la mano.

—¿Confías en mí?

—Estoy a punto de arrepentirme de confiar en ti, ¿verdad?

—No al cien por ciento, la verdad —responde con una sonrisa traviesa.

Ella le da un golpe en el pecho, pero se ríe. Ese sonido… Dorian lo había extrañado más de lo que imaginaba.

—Dios, extrañaba el sonido de tu risa —dice sin poder evitarlo.

Ella aparta la mirada, y retira su mano.

—Necesito bañarme y cambiarme. Estoy sucia —dice, esquivando el comentario.

Él se detiene un segundo, confundido.

—¿Cómo sueles... limpiarte?

—Uso el baño, jabón y agua como cualquier persona normal —contesta, mirándolo con sarcasmo—. ¿Qué? Aunque ya no siento las piernas, no soy una inválida, Dorian.

Él asiente, avergonzado por la pregunta torpe.

—¿Cuánto tiempo va a tomar?

—No sé, puede que mucho o poco. Ya no le pongo tiempo a nada.

—Bueno, para empezar, tu belleza es ilimitada y atemporal —murmura él.

Ella enrojece y se seca la cara para ocultar su rubor.

—¿Fuiste a trabajar? —pregunta, cambiando de tema.

—¿Crees que no lo hice?

—Creo que no lo hiciste —responde con seguridad.

—Tienes razón. No fui en toda la semana —admite él, volviendo a tomarle la mano.

—¿Estás tratando de hacerme caminar?

Él asiente. Ella señala el otro lado de la habitación. Dorian sigue su mirada y ve la silla de ruedas. La acerca mientras ella se incorpora.

—Lo siento, lo olvidé.

—No lo sientas, Dorian. Te conozco… y probablemente yo también te olvidaría.

—¿Estás lista?

—Desde hace rato.

Él la ayuda a llegar hasta la silla, pero es ella quien acomoda sus piernas. Se empuja hacia la puerta del baño, la abre y entra.

Dorian espera un momento. Luego, al escuchar correr el agua, aprovecha para enviar un mensaje rápido a Leonor, su amiga de *Glamour*, antes de guardar el teléfono y sentarse en la cama. Ve el cuaderno de dibujos que le regaló a Eneida una semana atrás y lo toma con curiosidad.

Al pasar las páginas, queda asombrado. Cada trazo, cada boceto... habla de su pasión. El talento está allí, innegable, y es tan doloroso saber que ese arte pronto podría extinguirse.

—¿Estás llorando? —pregunta la voz de Eneida, sorprendida.

Dorian se limpia las lágrimas rápidamente.

—No me juzgues… todos lloramos a veces —gime, dejando el cuaderno a un lado—. Llamé a Leonor. Llegará pronto.

—No sé qué estás diciendo, pero te seguiré el juego.

—Leonor es una amiga. Te trae el vestido perfecto en 3, 2, 1…

En ese instante, la puerta se abre. Una mujer de piel oscura entra con una bolsa roja.

—Muchas gracias, Leonor —dice Dorian, tomando la bolsa y besándola en la mejilla.

—De nada —responde ella, y se vuelve hacia Eneida—. Hola, Eneida —dice con una sonrisa antes de salir.

—¿Qué acaba de pasar? —exclama Eneida apenas se cierra la puerta.

—Esa fue Leonor. Te trajo un vestido precioso, le caes bien, y ya se fue.

—Está bien… —responde, aún confundida.

—Tómate tu tiempo. Cuando termines, te estaré esperando afuera.

Treinta minutos después, Eneida sale con un vestido morado neón. Lleva el cabello recogido en una coleta lateral. No lleva maquillaje, pero su rostro irradia una belleza serena.

Dorian se queda sin palabras.

—Te ves… te ves… —se aclara la garganta— preciosa.

—Gracias —responde con una sonrisa tímida—. El morado neón es mi color favorito.

—Lo sé —dice él, y antes de que ella pueda preguntar cómo lo sabe, continúa—: ¿Nos vamos?

Ya afuera, la brisa fresca acaricia su rostro. Eneida cierra los ojos, suspira profundamente y sonríe por primera vez desde que llegó allí.

—¿A dónde vamos? —pregunta, mirándolo.

Dorian se inclina hacia ella, dejando apenas unos centímetros entre sus rostros.

—No lo sé. Esperaba que tú eligieras un lugar de toda la ciudad al que quisieras ir ahora mismo.

—No sé… ¿Isla Victoria?

Siempre había querido ir, pero nunca tuvo tiempo. Hoy podría ser el día.

Él sonríe y asiente.

—Perfecto. Será la Isla Victoria.

Capítulo **18**

—Vamos a sacarte de esta silla y subirte al auto, ¿de acuerdo? —sugiere Dorian, ofreciéndole la mano.

Ella se la da, y él la levanta, envolviéndola con sus brazos y sosteniéndola firme y cerca mientras la guía hacia el auto.

Su cuerpo se calienta al contacto, y desea ser el único que lo sienta, pues sería insoportable que ambos reaccionaran igual al roce de sus cuerpos. Sabe que ese pensamiento es una locura: Eneida no podría sentir lo mismo. Y si lo supiera, intentaría detenerlo.

—Siento que estoy aprendiendo a caminar —ríe Eneida sin control, mientras sus piernas tiemblan cada vez que pone peso sobre ellas.

—Es normal. Los medicamentos que tomas son fuertes. Créeme, no habrías podido llegar tan lejos aunque lo intentaras —explica él, guiándola hacia el asiento delantero.

Tiene las piernas entumecidas, algo que ha notado durante las últimas semanas, sobre todo al ir al baño. Aunque se acuesta rápido, aún le cuesta caminar sola. Su condición empeoró recientemente, y ahora apenas puede caminar por la sala.

Dorian le toma la mano y se la coloca alrededor del cuello. Juntos dan los últimos pasos hacia el coche.

—Supongo que tienes razón. Me tiemblan un poco las piernas. Empeoró la semana pasada —admite.

Dorian la ayuda a subir al auto y luego lleva la silla de ruedas al maletero antes de cerrarlo.

—Debería llamar a Elijah y decirle adónde voy —dice ella, sacando su teléfono y marcando.

—¿Por qué? ¿Para que sepa a quién perseguir si algo sale mal? —bromea con desenfado.

—Sí, tal vez —responde, entre risas, y le saca la lengua juguetonamente.

Él hace un puchero adorable y la mira con una expresión inocente de cachorro.

—Prometo traerte de regreso ilesa y en una pieza. Seré un buen chico y te trataré bien. Pero si necesitas llamarlo, hazlo.

—De acuerdo —guarda el teléfono en su pequeño bolso—. No lo llamaré. Espero que eso te haga feliz.

—Muy feliz —responde él, sonriendo.

El trayecto hacia la isla Victoria dura treinta y cinco minutos. Durante el recorrido, Eneida despeja su mente de la vieja imagen que tenía de la carretera y adquiere una nueva perspectiva del entorno. Se siente feliz de estar fuera. Al mirar a Dorian, nota que él también parece disfrutarlo.

—Me estás mirando —señala él, lo que provoca que ella aparte la mirada enseguida.

Se frota la cara con torpeza.

—Estaba pensando —murmura.

—¿En qué? —pregunta él, sin quitar la vista de la carretera.

—Se siente bien salir, después de pasar tanto tiempo en la sala.

—Me alegra que te guste. Pensé que podríamos ir al parque y jardín de Tunde, en la isla. Está cerca de la playa y podríamos quedarnos a ver las olas.

—Suena como un buen plan —responde Eneida, dándole su consentimiento.

—Entonces, al jardín iremos —dice él, entrando al parque. Aparca el coche, baja, se acerca a Eneida y le abre la puerta.

—¿Silla de ruedas? —pregunta.

Ella niega con la cabeza.

—No, caminaré. Siempre he odiado usarla. Solo prométeme que me avisarás antes de soltarme, para no caerme y arruinar este bonito vestido.

—Lo prometo —jura solemnemente. Le ofrece la mano y, al tomarla, la ayuda a salir. Mientras sus piernas se afianzan, él la sostiene por la cintura y murmura:

—Nunca te soltaré.

Ella lo mira fijamente.

—¿Serás honesto y me dirás por qué?

Él aprieta los labios, buscando una respuesta que no revele demasiado.

—Hay dos razones —confiesa.

—Dime —lo anima, con ansiedad evidente.

Él suelta una pequeña risa.

—Te contaré una ahora... y otra cuando encontremos un lugar cómodo para sentarnos.

—Me parece justo —asiente ella, caminando a su lado—. Dime entonces la primera.

—Me recuerdas a alguien que conocí.

—¿A quién?

—A mi hermana —dice él.

Las palabras sorprenden a Eneida; nunca había oído mencionar que tuviera una hermana. Y por su forma de hablar, comprende que está en el pasado.

—Cuando ella tenía ocho años y yo siete, me llamaba su héroe, incluso su ángel. Me admiraba por todo. Lo curioso es que debió haber sido al revés. Me veía como alguien infalible, mejor incluso que su madre. Decía que yo salvaría el mundo, que sería mejor hombre que nuestro padre... que nos abandonó.

—¿Qué pasó? —pregunta Eneida, deteniéndose.

—Murió el día de su noveno cumpleaños —responde tras una pausa —. Leucemia, dijeron. Recé a todo en lo que creía para que no me la quitaran... pero nada funcionó. Ni siquiera su padre vino al funeral. Antes de morir, le hice una promesa: no la soltaría nunca y llevaría su nombre conmigo.

Señala un árbol con ramas grandes y sombra, y la guía hacia allí.

—Rompí esa promesa. Tuve que soltarla, para que mi madre no me perdiera también Pero cumplí la segunda.

Los ojos de Eneida se humedecen, pero parpadea para contener las lágrimas.

—¿Cuál era su nombre?

—Gracie Pero yo la llamaba Infierno Era el fuego en mi mundo frío... y no quería que se apagara.

Ella cierra los ojos un instante.

—Estás repitiendo la historia conmigo. No puedo dejar que me prometas eso, Dorian No sería justo.

Él le sonríe con ternura.

—Ya lo hice Alguien dijo una vez: "Me encanta amar lo que no puedo tener y luchar por lo que no puedo conservar", pero yo prefiero pensar que soy más que un guerrero sin esperanza.

Sus palabras le roban el aire de los pulmones. Lucha por no llorar. Ahora comprende muchas cosas: su generosidad, su entrega, su insistencia Dorian se está enamorando de ella. Tal vez ya lo está.

—Llévame de vuelta al hospital, Dorian —dice de pronto.

Él baja la mirada hacia ella, preocupado.

—¿Hice algo mal?

Ella niega, con un suspiro tembloroso.

—No me siento bien, eso es todo.

Es cierto, pero no toda la verdad. Lo que más le duele es lo que él acaba de confesar.

—Claro —responde él con suavidad, dándose la vuelta para regresar al coche.

Eneida sabe que él nunca le dirá la segunda razón por la que no la soltará. Pero ya lo ha entendido: es porque la ama.

Lo observa en silencio mientras caminan. Es realmente guapo, perfecto en muchos sentidos. Pero qué irónico... El poderoso Dorian Blackthorn, enamorado de una chica moribunda. Un cliché cruel y hermoso. Rompió sus muros, aplastó su orgullo, y hace todo por complacerla. ¿Cómo no lo notó antes?

—Me estás mirando tan profundo que temo que me vayas a incendiar, Eneida —dice él, con una voz tan suave que duele.

—Solo tengo curiosidad —se encoge de hombros y aparta la vista.

Él levanta una ceja.

—¿Sobre qué?

—La segunda razón —murmura ella.

Él abre la boca para responder, pero no alcanza a hablar. Una docena de periodistas y paparazzis se abalanza sobre ellos con cámaras y micrófonos.

Dorian no pensó en llevar seguridad. Quería un momento íntimo, solo para ellos. Ahora lo lamenta.

El miedo le aprieta el pecho. No por él, sino por ella. Tiene que protegerla.

Aprieta su agarre en la cintura de Eneida mientras ella se tensa al verlos.

—Vamos a sacarte de aquí, Eneida —dice, acelerando el paso, pero pronto son rodeados.

—¿Están saliendo?

—¿Puedes confirmar tu relación con el Sr Blackthorn?

—Bianca Torres te acusa de haberla engañado con ella. ¿Qué respondes?

—¿Qué opinas de la supuesta aventura con esta chica durante tu relación con Bianca Torres?

—Se dice que solo le queda un mes de vida, ¿es cierto?

Las preguntas se lanzan como cuchillas. Las cámaras disparan sin cesar. Dorian hace lo posible por protegerla, pero no puede silenciar el bombardeo de voces.

—¡Quiten esas malditas cámaras de la cara y háganse a un lado! —grita, empujando a un camarógrafo.

En medio del caos, su agarre sobre Eneida se afloja. Sus piernas, débiles, no resisten. Ella cae al suelo.

El dolor de la caída es fuerte... pero no tanto como el de las verdades que acaba de escuchar Dorian le había ocultado mucho. Incluso su diagnóstico.

Y mientras se incorpora como puede, sintiendo el cuerpo adolorido, Eneida sabe que su corazón acaba de romperse en mil pedazos.

Capítulo 19

Dorian se da cuenta de su error y corre hacia ella, que está en el suelo, jadeando y gimiendo de dolor y arrepentimiento.

—Lo siento... lo siento mucho —dice, con lágrimas en los ojos.

Los camarógrafos no dejan de tomar fotos, capturando cada momento.

—¡Dejen de hacer esto, dejen de tomar fotos! —gruñe, lleno de rabia. Sus ojos se tornan rojos y las venas de su rostro se marcan visiblemente.

Pero ellos no se detienen.

Intentando centrarse en lo más urgente, Dorian trata de levantarla con cuidado, pero Eneida se golpea con su propia mano para evitarlo.

—No me cargues —dice con firmeza.

—Juro que les haré pagar a todos... ¡Los demandaré por todo lo que tienen! —promete entre dientes, con la mandíbula apretada.

Eneida sonríe con debilidad, aún con el dolor reflejado en el rostro.

—No puedes usar la ira para disolver la ira… Ayúdame a levantarme.

Sin dudarlo, él obedece. La ayuda a incorporarse, y una vez de pie, ella se gira hacia los reporteros. Aprieta los labios, respira hondo, y coloca su mano sobre la de Dorian antes de hablar.

—Veo que todos están listos para obtener noticias y respuestas… pero ninguno me ofreció una mano cuando me caí. Es una pena que

prefieran grabarlo en cámara antes que evitarlo. No necesito su compasión. Solo espero que seamos un poco menos animales.
—Hace una pausa, los observa uno por uno—. Los rumores que circulan no son ciertos. No somos amantes ni estamos saliendo.
—Mira a Dorian, que está demasiado preocupado por ella como para prestarle atención a sus palabras—. No hay ningún sentimiento. Somos buenos amigos… Supongo que los buenos amigos a veces causan esa impresión.

Eso hace que Dorian la mire Eneida siente su mirada clavarse en la suya. En ese instante, sabe que él la ve como algo más que una amiga. Aparta la mirada antes de que la culpa la consuma.

—Si le fue infiel a su ex, es asunto de ellos —continúa—, pero sé que no la engañó conmigo. Me preguntaron si solo me queda un mes de vida… y quizás sí. Cuando el cáncer regresó, sabía que tenía una posibilidad entre cien de vencerlo, así que… tengo poco tiempo, y espero vivirlo en paz. Gracias por su tiempo.

Toca la mano de Dorian, quien la rodea con un brazo y la aleja de los periodistas, sin decir palabra.

Una vez en el coche, Dorian arranca sin demora. Ambos permanecen en silencio durante los primeros veinte minutos. Él mantiene la vista fija en la carretera, mientras Eneida observa el paisaje por la ventana: los coches que pasan, los árboles alineados al borde del camino, los edificios. Pero nada logra distraerla. Aunque sus ojos estén puestos afuera, su mente sigue con él y todo lo que ha descubierto ese día.

—Lo siento —dice Dorian, sorprendiendo tanto a Eneida como a sí mismo.

Ha estado intentando encontrar las palabras adecuadas para disculparse, pero al no hallarlas, simplemente empieza.

—¿Para qué? —pregunta ella, sin volverse.

Él respira hondo y aprieta los labios.

—Por todo. No sabía que ellos iban a estar ahí...

Su voz se apaga mientras algo se enciende en su mente. De pronto, se orilla y detiene el coche. Lo de hoy le resulta un déjàvu. Algunas preguntas de los periodistas eran demasiado específicas. Información que nadie más conocía… excepto él. Solo había una explicación.

Mete la mano en el bolsillo y saca un pequeño chip del tamaño de un botón.

Bianca Torres.

Cuando estaban juntos, ella solía hacer eso: colocar dispositivos para espiar conversaciones y enterarse de lo que él no quería contarle. Ella lo había hecho de nuevo. Todo lo sucedido fue orquestado por ella para poner a Eneida en una situación humillante. Su aparición esa mañana no fue una coincidencia: fue una provocación. Lo había escuchado todo, desde temprano.

—¿Qué es eso? —pregunta Eneida, al notar el objeto en su mano.

—Un chip de grabación de voz. Bianca Torres me lo puso en el bolsillo esta mañana.

—¿Cómo?

—Supongo que lo hizo mientras me distraía con un beso —dice con amargura—. Solía hacerlo cuando estábamos juntos.

Y sin más, lo lanza por la ventanilla. Un coche que pasa lo aplasta al instante.

—Pero ella no sabía que la engañaste con Liana, y no conmigo —espeta Eneida, con ira en los ojos y frustración en la voz.

—Siempre fui cuidadoso con Liana —admite con pesar—. Lo siento… De verdad. Te metí en este lío. Te acusaron sin tener culpa de nada.

—¿Y las otras cosas de las que me acusaron? ¿Como morir? ¿Como ser dueña de tu corazón?

Dorian baja la mirada, sus manos se abren y cierran sobre su regazo.

—Eso era cierto. Iba a contártelo todo… después de que nos sentáramos a hablar.
—Levanta la mirada, sincero—. Te amo, Eneida. Me enamoré de ti hace semanas. He estado intentando ocultarlo, mantenerlo en secreto. Pero la verdad es que no sabía cuánto tiempo más podría resistirme a tu lado.

—Eso fue lo que provocó la pelea entre tú y Elijah… Por eso te fuiste y no volviste hace una semana. Él no me dijo la razón… porque creyó que tú lo harías.

—Lo siento, Eneida —se disculpa otra vez. Y si tiene que seguir disculpándose para reparar el daño, lo hará.

—¿Por qué? —pregunta ella.

Dorian entiende que no se refiere al conflicto, sino al porqué de sus sentimientos.

—Sigo haciéndome la misma pregunta… pero no tengo respuestas. Todo en ti es complicado. ¿Y qué puedo decir? Yo también lo soy. —Hace una pausa—. La semana pasada, al irme, apagué mi teléfono. No fui a trabajar. Ya te lo conté. El hospital intentó contactarme, pero no pudo. Hoy, cuando llegué, me dijeron que tu cuerpo rechazó el tratamiento. Que te queda un mes de vida. —Traga saliva—. Me destruyó la noticia. Quería que lucharas, Eneida. Iba a decírtelo, créeme.

—Te creo —responde ella, buscando su mano, entrelazándola con la suya—. Pero tienes que dejarme ir. No estaré aquí para siempre, Dorian, y no quiero que destruyas tu vida por la mía. Puede que no esté enamorada de ti… pero me importas lo suficiente como para desearte lo mejor.

Sus palabras le duelen a ella tanto como a él, y se reflejan en sus rostros.

Él se acerca y besa su frente, susurrando:

—Lo intentaré.

Y se aparta con ternura.

Eneida se limpia las lágrimas. Dorian hace lo mismo. Luego arranca el coche y se alejan, ambos con un peso nuevo sobre sus corazones.

Capítulo 20

Al llegar al hospital, todo estaba en silencio, y ambos agradecieron no tener periodistas cerca Dorian ayudó a Eneida a sentarse en su silla de ruedas y la empujó hacia el interior.

Él abre la puerta de su sala y la conduce adentro.
—Bueno… entonces gracias por sacarme —dice Eneida.

—¿Deberías agradecerle después de todo lo que te ha hecho pasar hoy? —pregunta Elijah desde la esquina de la habitación, atrayendo la atención hacia sí.

—¡Elijah! —exclama Eneida, sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

Ve una botella de vodka en su mano, casi vacía. Elijah nunca ha sido de beber De hecho, desde que se conocieron, nunca lo había visto hacerlo, y se pregunta si ella es la causa de ese cambio.

Él se mueve, tambaleante, hacia el centro de la habitación, aún con la botella en la mano.
—No sabía que necesitaba una excusa para visitar a mi novia. Además, estás por todo internet, y todo gracias a él —acusa, señalando a Dorian.

—Elijah, yo... —intenta hablar Dorian, pero Elijah lo interrumpe.

—¿Puedes hacerme un favor y no interrumpirme cuando hablo con *mi* novia? —espeta levantando un dedo tembloroso.

—Estás actuando como un niño, Elijah —le señala Eneida con firmeza.

—¿Lo soy? ¡Él fue quien te metió en esta mierda! Tu cara está en internet, te llaman zorra, puta... cosas que ambos sabemos que no eres. Y todo por él, porque no nos dejaba en paz.

—¿Y eso es razón suficiente para emborracharte? ¡Él no se va, y tú te emborrachas! Aun así, ¿no ves que estás actuando como un niño?

—¿Qué más quieres de mí, mujer? —pregunta patéticamente, tambaleándose hacia adelante.

—En este momento... nada —responde ella, avanzando sola con su silla hacia el interior de la sala.

—No soy el malo aquí, Eneida —dice él, arrastrando los pies para acercarse.

—¡Entonces deja de comportarte como tal! Moriré en un mes, Elijah. Y no quiero pasar ni un segundo del resto de mi vida peleando. Te amo, siempre te amaré, pero me niego a ser quien arruine tu vida.

—Lo siento, Eneida… me duele mucho lo que leo, y sé que no eres tú, pero aun así me duele. —Se deja caer de rodillas frente a ella, cubriéndose el rostro con las manos mientras solloza—. No podía soportar saber que te estás muriendo. Me duele muchísimo.

Eneida lo acerca con suavidad y deja que su cabeza repose sobre sus piernas.
—Está bien, Elijah… está bien —le susurra.

Dorian se acerca a ella antes de hablar.
—Está muy borracho, Eneida. Deja que se le pase la borrachera y luego hablas con él. Me quedo si quieres.

Ella le sonríe un poco, pero niega con la cabeza.
—No, vete a casa y descansa un poco. Estaré bien.

—Me voy entonces. Cuídate —dice Dorian, inclinándose para besarle la frente.

—Lo haré —responde Eneida, y luego lo llama justo antes de que salga—. Prométeme que no te meterás en problemas, Dorian. Prométemelo.

Él la mira por encima del hombro, con una sonrisa traviesa en la comisura de los labios.
—No puedo prometerte eso, amor... pero lo intentaré.

Al salir del hospital, Dorian llama a Amanda, su recepcionista.
—Concierta una reunión con la prensa. Hay algunas cosas que quiero aclarar.

—Sí, señor. ¿A qué hora debería programarse?

Dorian consulta su reloj: son las 2:13 p.m.
—Hoy a las 4:30 p.m., en mi domicilio. Me parece una buena hora.

—Sí, señor. Me encargo.

—Gracias.

—¿Sabías que hay periodistas dentro de la casa? —pregunta Ada, entrando en la habitación.

—La próxima vez, mamá, intenta tocar primero —dice él, quitándose la camiseta y peinándose frente al espejo—. Y sí, lo sabía. Los invité.

—¿Y por qué lo hiciste? —pregunta con recelo.

Dorian lanza el peine sobre la mesa y recoge su chaqueta.
—Si estuvieras en internet hoy, sabrías por qué. Hay cosas que necesito aclararles sobre mi relación con Bianca Torres.

—¿Una de esas cosas incluye admitir que tuviste una relación con Liana mientras ella estaba casada?

Él guarda silencio un momento antes de asentir.
—Es la verdad —responde con firmeza.

—No digo que no lo sea, solo creo que no deberías exponerlo de esta manera.

—Eneida fue avergonzada, acosada y humillada, todo por mi culpa. La están llamando cosas que no es, mientras que el verdadero culpable permanece anónimo.

—Lamento lo que le hicieron a Eneida, pero... ¿qué crees que pasará si dices la verdad?

Dorian se observa en el espejo, notando cuánto odia lo que ve.
—No lo sé, mamá… y la verdad es que no me importa.

—Pensé que habías cambiado. ¿Me equivoqué?

—He cambiado. Por eso *debo* decir la verdad. Lo que hicimos estuvo mal. Lo reconozco ahora. Pero no dejaré que alguien más cargue con la culpa.

Ada suspira y, dejando la discusión, dice:
—De acuerdo. Haz lo que creas necesario.

La entrevista duró treinta minutos. Dorian aclaró muchas cosas: su negocio, su ausencia y su vida personal.

Entrevistador: —¿Qué tiene que decir sobre la afirmación de Bianca Torres de que la engañó?

Dorian: (tras un largo suspiro) —Tiene razón. La engañé muchas veces... pero nunca con Eneida.

Entrevistador: —¿Con quién entonces?

Abre la boca. Decir ese nombre sería su mayor venganza. Con solo pronunciarlo, su matrimonio, su imagen y muchas otras cosas caerían... pero recuerda las palabras de Ada. Es un hombre distinto. No puede, no debe hacerle daño a Liana.

—Sería prudente no decir nombres.

Entrevistador: —¿Por qué no? Bianca Torres al menos merece saber la verdad.

—Bianca Torres fue todo menos fiel. Permanecimos juntos tanto tiempo porque éramos personas horribles. Ninguno era un santo. Ambos pecadores. Pero quiero dejar atrás el pasado. Y aprovecho este medio para pedir a los blogs y sitios web que están difamando a Eneida... que retiren esos artículos. No permitiré que los últimos días de mi buena amiga se manchen por mentiras. Háganlo ahora. No diré más.

Se levanta.
—Muchas gracias por su tiempo.

—Lo hiciste genial —dice Ada, besando a Dorian en la mejilla cuando termina.

—Espero que esto ayude un poco... pero aún hay algo más que debo hacer —responde, sacando su teléfono. Busca entre sus contactos hasta encontrar a Liana y marca.

—No creo que eso sea posible —responde ella, con voz temblorosa.

—¿Liana? —pregunta, preocupado.

—No me llames más, Dorian. Por favor...

—Necesitamos hablar. Esta noche, a las 7 p.m., en el resort Granville.

Ella no responde, y la llamada se corta.

A las 7 en punto, Dorian ya estaba en el resort, bajo el gigantesco roble del jardín. Había pedido una botella de vino azul y dos copas vacías. Diez minutos después, Liana aún no aparecía. Revisó su teléfono varias veces, impaciente.

Siete minutos después, está marcando su número cuando escucha su voz detrás de él:
—No tenía sentido recoger el coche cuando ya estoy aquí.

Al verla, su mirada se detiene en su vestido corto verde, su figura más redondeada y el velo que cubre su cabeza. Liana, que siempre detestó ocultarse, parece distinta.

—Siete, como dijiste —agrega, tomando asiento.

—¡Llegas tarde! —le dice sin querer sonar tan brusco.

—Pero estoy aquí —responde, molesta.

—Tienes razón. Lo siento por enfadarme.

—Disculpas aceptadas. También me disculpo por el retraso… y por haberme molestado.

—No te preocupes. Debo admitir que te ves... genial.

Liana sirve el vino y sonríe.
—Y tú pareces un hombre distinto. Ella te ha cambiado.

—¿Ella?

—Eneida. No tienes que fingir conmigo. Ya está en todos los chismes.

—Todo lo que dicen en los blogs es mentira. Y los demandaré si no lo retiran.

—¿Todo? ¿Incluso que estás locamente enamorado de ella?

Sus ojos bajan al instante.
—Liana, yo...

—No tienes que explicarlo. Lo vi en tus ojos. En la forma en que la protegiste. Eneida es dueña de tu corazón...

—Y también se está muriendo —interrumpe Dorian—. Una vez más, me van a romper el corazón.

—Lo siento, Dorian —dice, tomando su mano con suavidad.

Él la retira enseguida y bebe un sorbo de vino.
—Dije la verdad para limpiar su nombre. No merece ser crucificada por lo que no hizo.

—¿Etiquetas como cazafortunas, zorra o puta?

—Ella no es ninguna de esas cosas —responde con los dientes apretados.

—Pero yo sí… y supongo que quieres que diga la verdad sobre lo nuestro.

—No lo eres —se defiende al instante—. Pero sí. Ambos cometimos un error, y ambos debemos asumir la culpa. No Eneida.

—Lo siento, pero no puedo hacerlo —dice, levantándose.

—Si no lo haces tú, lo haré yo.

—¿Es una amenaza? —pregunta con rabia, dándose la vuelta para marcharse.

Dorian la alcanza y toma su mano.
—No, no lo es. Perdón por hacerlo sonar así.

—Me arriesgué al venir. Edmund me sigue. Si alguien nos ve juntos, tendrá pruebas. Llegué tarde porque él venía tras de mí.

Él frunce el ceño.
—¿Por qué haría eso?

—Porque sospecha que lo engaño.

—¿Lo haces?

—No... pero lo hice.

—¿Con quién?

Liana lo mira con incredulidad.
—i¿Quién más, Dorian?!

Él se remueve incómodo.
—Lo siento por todo.

—Yo también. Pero no puedo decírselo. Hay mucho en juego ahora...

Liana baja la mirada hacia su vientre, lo acaricia con una mano, y luego vuelve a mirarlo a los ojos.
—Tengo quince semanas de embarazo, Dorian. Y ambos sabemos quién es el padre.

Capítulo 21

Él le soltó la mano.
—¿Qué intentas decir?

—Te conozco desde hace casi diez años, Dorian, así que sé que eres lo suficientemente inteligente como para entenderlo —respondió ella.

Recordaba haber terminado con ella hacía más de doce semanas, pero mientras estuvieron juntos, él realmente creyó que estaban a salvo. Liana siempre le decía que usara protección y tomaba pastillas anticonceptivas porque, según sus propias palabras, no soportaba la idea de tener un hijo de Edmund.

"No puede ser verdad..."
Bajó la mirada hacia su vientre, ya algo hinchado.
"¿Cómo?"

No podía evitar querer saber la verdad. Liana nunca le había mentido, y no había razón para hacerlo ahora, sobre todo si eso la ponía en una situación peligrosa.

—Edmund estaba de viaje de negocios. Probablemente fue en una de esas veces, en tu oficina, cuando pensamos que las pastillas serían suficientes y no usaste condón —le susurró con voz quebrada, casi gritándole—. Pero tranquilo, no te obligo a reconocer ni aceptar al niño. ¡Solo te ruego que no me pongas en una situación más difícil de la que ya estoy!

Se alejó de él a toda prisa.

A Dorian le tomó unos segundos procesar la verdad. Por más que quisiera defenderse de la acusación de no usar protección —aunque solía ser ella quien no quería perder tiempo durante el sexo—, algo más grave se estaba gestando. Liana le tenía tanto miedo a Edmund que ni siquiera quería que la vieran con él.

Eso lo decía todo.

Corrió tras ella y volvió a alcanzarla, pero esta vez, ella forcejeó para zafarse.

—¡Suéltame! —exclamó entre dientes, desesperada.

Él la soltó, pero no del todo.

—¿Edmund te está haciendo daño?

—¡¿Y qué te importa?! —le espetó.

Su pequeña discusión, a pesar de ser de noche, atrajo la atención de algunos huéspedes del resort, que los observaron con visible molestia.

Le dolía que ella pensara que no le importaba. Porque sí le importaba. Puede que hubieran terminado, pero eso no significaba que él dejara de preocuparse.

—Sí me importa. Siempre. Y si estás embarazada de mi hijo… quiero que estés segura. Tú y nuestro hijo —dijo con sinceridad.

Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras lo miraba fijamente.

—Dios me está castigando por todo lo que te hice, Dorian. Me está castigando.

Él negó con la cabeza.

—No lo creo. Pero aunque así fuera, Edmund no tiene derecho a juzgarte. ¿Te está haciendo daño?

Ella se mordió el labio mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. No respondió directamente.

—¡Uno de ellos está aquí! —soltó, y su rostro se llenó de terror.

—¿Te va a hacer daño? ¡Respóndeme! —exigió Dorian con más fuerza.

—Él sospecha que estoy embarazada de ti. ¿Qué crees tú que va a hacer?

Finalmente, soltó su mano, y mientras él dejaba que se alejara, la vio desaparecer en la oscuridad de la noche.

Más tarde, Dorian entró en la habitación de Eneida. Ella estaba sentada en su cama con una Biblia en las manos, la cual cerró y dejó a un lado.

—La verdad, pensé que te habían arrestado por descontrolarte y asesinar a todos los que se cruzaron en tu camino el viernes pasado —bromeó.

Él se quedó de pie en la puerta por un momento.

—¿Crees en Dios, Ria?

Tres cosas ocurrieron en ese instante, pensó ella: una, él ignoró por completo su sarcasmo; dos, le preguntó sobre su fe; y tres, la llamó con un apodo cariñoso que solo Elijah usaba.

—Sí, creo en Dios, Dorian —respondió ella con un leve asentimiento, en un tono serio.

Él frunció el ceño, intrigado.

—¿Por qué? Quiero decir... ¿por qué seguir creyendo después de todo?

Ella entornó los ojos ante su tono incrédulo.

—No necesito excusas. Siempre es bueno —respondió con convicción.

Él se rió, incrédulo.

—¿Siempre bueno? ¿Incluso cuando es la razón por la que estás muriendo?

—Él no es la razón por la que muero, Dorian. ¿Qué te pasa? ¿Por qué atacas mi fe de repente?

—No quise decirlo así —se disculpó, sentándose en la silla junto a su cama.

Ella le tendió la mano, y él la tomó.

—Sé que algo anda mal Dímelo.

—Liana está embarazada.

—¿El bebé es tuyo?

Él asintió con la cabeza baja.

—Cree que Dios la está castigando por todo lo que me hizo Quizás tenga razón quizás nos están castigando a ambos.

Eneida negó con la cabeza.

—No lo creo, Dorian. Cometieron un error, eso es todo.

Él se rió, irónico.

—No es un error si lo haces más de dos veces y no sientes remordimiento.

Ella lo miró con ternura.

—Eso ya es pasado. Has cambiado.

—Por ti —respondió él, con la mirada suave.

Ella intentó retirar su mano, pero él la sostuvo con firmeza.

—Sé que no debería decirlo. Sé que tienes a Elijah, pero no puedo evitarlo.

—Elijah rompió conmigo el viernes —confesó ella.

—¿Qué? ¿Por qué haría semejante estupidez?

Él lo detestaba por su cobardía y por comportarse como un imbécil.

El dolor cruzó fugazmente el rostro de Eneida.

—Tiene miedo de no poder soltarme después de que yo... me haya ido. Y tú también eras una de las razones.

—¿Oh? —dijo él, bajando la voz mientras soltaba su mano, aunque ella no se apartó.

—Seguimos siendo amigos. Estuvo aquí ayer.

Eso lo tranquilizó. Quizás no necesitara despedirlo después de todo.

—Me alegra que sigan siendo amigos. Se complementan de una forma única.

Ella puso los ojos en blanco.

—No tienes que ser tan noble, Dorian. Pero gracias. ¿Qué piensas hacer con Liana y el bebé?

Él se llevó la mano al cabello y suspiró.

—Edmund la está lastimando. Cree que el bebé no es suyo y está buscando pruebas. Tengo que sacarla de ahí.

—¿Y si ella no quiere irse?

—Entonces no podré ayudarla... y me dolerá. Pero no sería la primera vez que alguien me traiciona.

—Lo siento, Dorian.

Él asintió y bajó la mirada.

—Siempre he deseado encontrar a alguien que me amara por lo que soy, que me protegiera... Cuando conocí a Liana, creí que era ella Me equivoqué. Después de que se fue, me hundí Con Bianca Torres intenté llenar el vacío, pero fue en vano. Liana volvió, dijo que aún me amaba, y volví a caer. Me equivoqué otra vez. Pero luego te conocí a ti… y encontré algo distinto. No necesitabas manipularme, ni mentirme. Y aun así, aquí estoy, con el corazón en la mano una vez más.

Eneida dejó caer una lágrima.

—Esto solo va a terminar mal... porque no estaré aquí para siempre, Dorian.

—Lo sé —susurró él, secándole la lágrima con el pulgar.

Ella negó con la cabeza.

—No, no lo sabes. Si lo supieras, no te habrías enamorado de mí.

Se levantó y se acercó a la cama.

—Cariño, lo sé. Pero te tengo aquí y ahora. Y eso es lo que necesito.

Le llevó la mano a los labios y la besó suavemente en el dorso.

—Quiero volver a casa, Dorian No creo que este hospital pueda ayudarme más de lo que ya lo ha hecho.

Él asintió con ternura.

—Entonces, nos vamos a casa hoy.

Le sonrió, y ella le devolvió la sonrisa.

Capítulo 22

Una semana después…

—Creo que tu familia necesita saberlo, e incluso estar aquí —dice Dorian a Eneida mientras recorren la habitación.

Desde que ella regresó del hospital, él la mudó a un ático que *supuestamente* había alquilado por un mes. En realidad, lo compró a su nombre, sabiendo que Eneida jamás aceptaría que gastara tanto en una casa. Se guardó ese detalle. El lugar era más grande que su antiguo apartamento, más luminoso, más sofisticado. Un espacio que le permitía moverse con libertad y sin estrés.

—Lo haré cuando llegue el momento —responde ella con un tono prometedor, igual que la última vez.

Dorian se frota la frente lentamente.

—¿Y cuándo será eso? Lo hablamos hace tres días y lo volviste a postergar. Pero ambos sabemos que no tenemos tiempo. No creo que sea justo que les ocultes lo que estás enfrentando.

Cada día se acorta. Aunque tenerla viva es un regalo, encontrar el momento perfecto para decirle a tu familia que te estás muriendo es casi imposible. Es una conversación difícil, pero necesaria.

Eneida se detiene, y Dorian lo nota al instante. Su respiración se vuelve áspera.

—Se lo diré cuando sea el momento adecuado —repite con firmeza, poniendo fin al tema.

Él no insiste. Llevarla al límite solo los rompería a ambos. En su lugar, asiente en silencio, y continúan la caminata.

Como todos los días desde su alta médica, salían a caminar para fortalecer las piernas de Eneida. Los primeros días fueron duros, para ella y para él. Pero el segundo no tanto. Y el tercero, un poco menos. Y así sucesivamente. Ahora podía caminar un rato por su cuenta. Tenía que sostenerse de algo con el tiempo, pero ambos estaban preparados para eso.

Además, Eneida había vuelto a dibujar y a diseñar. Dorian se encargó de difundir su trabajo y de llamar la atención de los medios. Esto provocó comentarios y controversia sobre su relación y el aparente ocultamiento, pero los ignoraron. No iban a gastar energía tratando de cambiar la opinión de personas que ni siquiera sabían lo que ocurría realmente.

En cuanto a ellos… nadie sabía qué eran. Si alguien les preguntara, probablemente dirían que solo eran amigos. Pero ambos sabían que ya no eran solo eso. Había algo más. Algo hermoso e indefinible. Amaban lo que tenían. Amaban la cercanía. El nosotros.

—Ayudar a alguien a caminar es tan lento como verlo hacerlo, ¿no? —pregunta Elijah, retirándose el cristal de la ventana de los labios.

—¿Cómo entraste? —pregunta Eneida, sorprendida.

Él levanta los brazos con teatralidad, como si los acabara de descubrir en pleno crimen.

—La puerta estaba abierta. No iba a quedarme sin decirle unas palabras de ánimo mientras se arrastraba. Sin ánimo de ofender, hermano… pero eres patético.

—No creo que haya nadie cogido —responde Elijah, siguiéndola con la mirada mientras ella se acomoda en el sofá.

Elijah sirve vino tinto en tres copas, luego se acerca y les ofrece una a cada uno.

—Bien, pero… ¿cómo va la caminata? Hace tres días todavía la sostenías en brazos y ahora camina sola.

Dorian asiente, brindando con su copa.

—Despacio, pero seguro. Aunque puede ser un fastidio, ¿verdad? —dice, mirando a Elijah, quien asiente antes de que Eneida pueda replicar.

—¡Puede oírte! —le reclama ella, con una ceja levantada.

Elijah se encoge en su asiento como si la hubiera visto transformarse en dragón.

—Pon esa energía en tus caminatas y estarás corriendo la próxima semana —bromea, entre risas.

—Sí, para poder perseguirte y matarte —dice ella, dejando la copa sobre la mesa y levantándose. Cuando Dorian intenta acercarse, ella alza una mano.

—Ya lo tengo.

Él se detiene. La observa caminar hacia su habitación, erguida y desafiante.

Cuando se va, Dorian se acerca a Elijah.

—Gracias por estar aquí. Sé que esto no es fácil para ti…

¿Qué parte? ¿Que ahora estás con la mujer de mis sueños… o que ella se está enamorando de ti?

Sus ojos tiemblan.

—No se está enamorando de mí. Solo nos entendemos mejor. Pero seguimos siendo amigos.

Elijah vacía la copa de un solo trago y la deja caer sobre la mesa con un golpe sordo.

—Lo hago por ella. Aún te guardo rencor, pero ella es perfecta. Le debo estar aquí.

—Enamorarme de ella no fue una elección. Créeme.

Elijah se burla.

—Eso es difícil de creer.

Dorian se acerca más.

—¿Tú crees que si tuviera elección me enamoraría de una chica que se está muriendo? ¿Perder el control, la lógica…? Nunca quise hacerte daño. Ni siquiera quería hacerle daño a ella. Pero terminé amándola.

Todavía no me gustas. Pero ambos somos imbeciles enamorados de una mujer que ninguno puede salvar.

La diferencia entre tú y yo es que yo ya acepté que no habrá final feliz. Tú aún no.

El rostro de Elijah refleja su dolor. Se pasa una mano por el cabello.

—No sé si puedo seguir reprimiendo esto. Ya no tengo esperanza.

—Tendrás que hacerlo Ella querrá que lo hagas.

El teléfono de Dorian vibra Al ver la pantalla, su expresión cambia.

Liana.

Contesta de inmediato, alejándose unos pasos.

—¿Hola?

—Necesito tu ayuda, Dorian —la voz de Liana suena temblorosa.

Él se tensa.

—¿Qué pasó?

—Le dije a Edmund que quiero el divorcio… y no lo tomó bien.

—¿Dónde estás?

—Sigo en casa. Pero voy a ir donde nos vimos la semana pasada.

—Vale. Estaré allí en quince minutos —dice mientras se dirige a la puerta. Antes de salir, recuerda que Elijah sigue allí. Se gira.

—Dile a Eneida que vuelvo enseguida.

Elijah frunce el ceño.

—¿Adónde vas?

Dorian duda un segundo.

—Si te lo digo… ¿se lo dirás a Eneida?

—Sí. Eneida me da miedo últimamente —bromea, nervioso.

Dorian suspira y se acerca a él.

—Voy a ver a Liana. Necesita ayuda.

¿Estás seguro de que tu ayuda es lo que necesita? No sé qué pasa entre tú y Liana, pero si lastimas a Eneida, vas a tener que vértelas conmigo. ¿Entendido?

—No espero menos —dice Dorian, y se va.

Quince minutos después

Dorian se baja del coche y entra al resort Granville. Camina hacia el lugar donde se vieron la semana pasada, pero no ve a nadie. Se sienta. Un camarero se le acerca con bloc en mano.

—¿Qué puedo ofrecerle?

—Nada por ahora. Gracias.

El camarero asiente y se retira.

Pasan diez minutos. Liana no aparece. Dorian saca su teléfono, llama. Nada. Llama otra vez. Sin respuesta. Al tercer intento sin éxito, se levanta, sale del resort y se dirige hacia la casa de Liana y Edmund.

Es un riesgo. Una locura.
Pero la idea de que Liana esté en peligro es más fuerte que cualquier advertencia.

Llama a Victor Navarro, su jefe de seguridad, en altavoz mientras conduce.

—¿Señor Blackthorn?

—Voy a la residencia de Montclair. Encuéntrame allí y llama a…

Se detiene. Al costado de la carretera, hay un accidente. Una ambulancia. Patrullas. Detectives. Un coche volcado. El corazón se le cae al suelo.

—¿Decía usted, señor Blackthorn? —pregunta Victor Navarro al otro lado de la línea.

Dorian estaciona. Cuelga. Se baja y se acerca.

Uno de los policías se adelanta. Lo reconoce.

—Señor Blackthorn, ¿qué hace aquí?

—¿Qué pasó aquí? —pregunta sin apartar la vista del coche volcado.

—Hubo un accidente —explica el agente, señalando el vehículo.

—¿Quién estuvo involucrado?

—No puedo decirle. Usted no es familia.

Dorian ya no necesita más datos. Algo dentro de él lo grita.

—Liana… —susurra. Luego alza la voz—. ¿Está muerta?

—No puedo…

Dorian lo agarra del cuello.

—¡Dímelo! ¿Está muerta?

Otro policía desenfunda su arma, pero Tobi lo detiene.

—No… pero no podemos asegurar que sobreviva. Fue un accidente grave.

Dorian suelta al oficial, recompone su ropa.

—Lo siento. Estoy… estoy perdiendo la cabeza.

—Tiene que retirarse. Esta es una escena del crimen —dice Tobi.

—¿Escena del crimen? ¿Por qué?

—Lo siento. No puedo decirle más. Por favor, retroceda.

Dorian obedece, retrocediendo lentamente, como un muerto en vida.

Dolor. Por Liana. Por el hijo que probablemente llevaba.
Rabia. Porque sabe quién estuvo detrás. Edmund.
Frustración. Porque no pudo proteger a ninguno de los dos.

Capítulo 23

—Estás callado —señala Eneida, mientras ella y Dorian regresan caminando de una iglesia cercana.

Es un domingo ligeramente soleado y Eneida está segura de que podría ser el último, así que aprovecha cada momento como si fuera único.

Durante los diez minutos de camino a casa, lo único que Dorian había dicho fue: "No, gracias", cuando Elijah se ofreció a llevarlos. No era propio de él estar en silencio, y Eneida lo notó, preocupada.

—Lo siento —se disculpa él, entrelazando sus dedos con los de ella.

—No lo sientas —responde, negando con la cabeza mientras lo mira —. Tienes todo el derecho a estar triste por Liana. Puede que ya no estuvieras perdidamente enamorado de ella, pero aún te importaba.

—No pude ayudarla —dice, apretando los dientes—. Tenía todo lo necesario para mantenerlas a salvo a ella y a la pequeña... pero no fue suficiente.

Sus inseguridades se reflejan en su voz.

La noticia de la muerte de Liana fue devastadora. Fue duro para Dorian, porque sabía que no podía retroceder en el tiempo y traerlas de vuelta. Pero sí podía hacer justicia. Sabía que nunca podría revelar públicamente sus aventuras amorosas ni la paternidad del bebé nonato, pero podía usar lo que sabía para encontrar al asesino, y eso era todo lo que tenía.

Edmund es un hombre poderoso, pero hay algo que Dorian sabe: cuando se está en las alturas, uno solo puede ocultarse hasta cierto punto.

Ella le aprieta la mano entrelazada con la suya.

—Lo que pasó fue doloroso y triste, pero si nos culpamos por todo lo malo que ocurre en este mundo, viviremos con culpa el resto de nuestras vidas... y ¿quién sabe cuánto tiempo nos queda?

—Ya no la amo. Su muerte me dolió muchísimo. ¿Y si no sobrevivo a la tuya? —pregunta con una mezcla de pánico y remordimiento en la voz.

—Tendrás que hacerlo. Quiero que lo hagas.

Dorian se acerca y baja un poco la cabeza, mirándola fijamente.

—Llama a tu familia. Deja que estén contigo estos días, es lo justo.

Ella exhala con resignación.

—Bueno, los llamaré cuando llegue a casa. Pero para que sepas, insistes como una mujer —refunfuña lo suficientemente alto para que él la escuche.

Él sonríe de oreja a oreja y la abraza antes de susurrar:

—Te quiero.

Se separan, y ella lo mira fijamente, incapaz de responder. Él se disculpa:

—Siento haber dicho eso.

Ella niega con la cabeza, pero un dolor agudo y punzante le cierra los ojos y le corta la respiración.

—Tranquilo, pero la próxima vez avísame antes de abrazarme. No me gustan las sorpresas, y mucho menos los abrazos inesperados. Así que, para la próxima, pregunta primero. Y además...

Deja de hablar de pronto, aferrándose a los brazos de él con fuerza, sus ojos llenos de pánico.

—¿Qué pasa?

—Me duele la cabeza... es insoportable —jadea. Sangre comienza a correrle por la nariz mientras el dolor se intensifica. Su respiración se vuelve irregular, y por más que intenta mantener los ojos abiertos, no puede.

...

Cuando vuelve a abrirlos, está en una cama, en una habitación de paredes blancas. Las cortinas también son blancas, y reconoce la sensación del techo: está en el hospital.

Pero esta vez, algo se siente distinto. Hay una sensación extraña en su rostro. Lleva una cánula nasal, una aguja clavada en la muñeca y una vía que se conecta a una máquina que monitorea su ritmo cardíaco.

Confundida, se mueve un poco y accidentalmente golpea algo metálico que cae al suelo con un ruido fuerte. Maldice en su mente.

Dorian, sentado en una silla al otro lado de la habitación, se levanta al oír el ruido. Camina hacia la cama y toma su mano, que está fría.

—¿Estás bien?

Ella lo mira con los ojos entrecerrados, con una mezcla de tristeza y confusión.

—¿Te parece que estoy bien?

—Lo siento... no debería haber preguntado. Debería llamar a los médicos...

—¿Qué pasó? —lo interrumpe.

—Tuviste un dolor de cabeza muy fuerte y empezaste a sangrar por la nariz. Fue tan intenso que te desmayaste. Pensé que no despertarías —responde con voz temblorosa, claramente afectado.

Ella se apiada de él. Lleva una camiseta gris, jeans negros. Su pelo está más largo, su barba crecida, y sus ojos... cansados, como si no hubiera dormido en días.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Cuatro días.

Eneida no puede imaginar lo que habrán sido para él esos días.

—Los médicos no encontraban explicación. Casi me vuelvo loco cuando dijeron que no podían hacer nada. No sabía qué más hacer. No estaba listo para rendirme.

Su voz está cargada de miedo.

—He presenciado el cáncer en una niña. Fue horrible, sí, pero nunca sentí este peso en el corazón.

Ella le aprieta la mano.

—Amabas a tu hermana, Dorian. Pero nunca estuviste enamorado de ella. Hay una razón por la que esto se siente distinto.

Él no discute, porque sabe que tiene razón.

—Creo que tienes razón. Solo que ahora tengo más miedo que nunca.

—Yo también tengo miedo... porque mi tiempo es más corto que hace una semana. Y te amo —dice con firmeza, justo antes de que otro dolor de cabeza la interrumpa.

Sus miradas se encuentran. Él busca en sus ojos si realmente lo dijo en serio. Y lo encuentra. Sus ojos brillan con sinceridad.

—¿Me amas? —pregunta con una sonrisa nerviosa.

—Sí, lo hago —responde, mordiéndose el labio inferior.

—No me estarás tomando el pelo, ¿verdad?

—No lo estoy. Te amo, Dorian Blackthorn. Pero... ¿de qué sirve ahora? Mírame, prácticamente estoy con soporte vital. Podría morir mañana y...

Él pone un dedo sobre sus labios.

—Me amas, y eso es lo que necesito oír —sonríe ampliamente—. Todavía no entiendo por qué.

—Si supiera por qué, ¿crees que me enamoraría de ti?

—Claro que no —responde con una risa suave, pero luego se frota la frente. Necesita decirle algo.

Eneida nota su cambio de actitud.

—¿Qué pasa?

—Te amo —dice él. Ella asiente con una pequeña sonrisa.

—Haría lo que fuera para verte feliz, lo sabes. Solo espero que no me odies por esto... pero llamé a tu familia. Tu mamá y tus hermanos están afuera.

Su corazón da un vuelco.

—Dorian...

—Lo siento. No sabía qué hacer. No respondías... no sabía si ibas a despertar. Si estás enojada, lo entiendo. Pero están aquí, esperando verte.

—Dorian...

—Si no quieres verlos, entiéndelo, no es su culpa, fue mi decisión. Pensé que era lo mejor y...

—¡Cállate y déjame hablar, Dorian! —le grita, aunque el dolor le obliga a bajar la voz.

Él asiente, arrepentido.

—Lo siento, está bien.

—Perdona por alzarte la voz. No estoy enojada contigo. Me alegra que los hayas llamado. Y creo que eres amable. Yo también lo habría hecho... si hubiese llegado a casa. Quiero verlos. Gracias por hacer lo correcto.

—Siempre es un placer ayudarte —dice, levantando una ceja—. Tengo otra confesión.

—¿Qué hiciste ahora?

—No alquilé el ático por un mes. Lo compré. A tu nombre. Y terminé tus diseños. Hicimos otros nuevos, basados en tus bocetos. Pensaba mostrártelos cuando despertaras. Y ahora estás despierta.

Ella frunce el ceño.

—Ya sabía lo del ático.

Él la mira confundido. Ella revira los ojos.

—Vi los documentos en tu estudio. ¿Y quiénes son "nosotros"?

—Elijah y yo.

Ella reprime una sonrisa. Está feliz, quizá más de lo que debería. Le alegra que hayan trabajado juntos.

—¿Puedo decir que te amo?

—Sí —responde con una sonrisa—. Creo que puedes.

—Bien, porque te amo. Y te besaría, pero no creo que me dejen levantarme.

Él entrelaza sus dedos con los de ella.

—No tienes permiso... pero yo sí puedo besarte.

Se inclina lentamente hacia ella. Sus ojos se cierran. Los labios se encuentran en un beso lento y tierno. No es intenso ni apresurado. Es simplemente amor.

Cuando se separan, Dorian susurra:

—Quiero que vivas.

Sus ojos brillan de lágrimas.

—Me duele tener que renunciar a ti también.

Ella se limpia las lágrimas.

—Ojalá pudiera darte lo que quieres. Ojalá pudiera vivir... y hacerte la vida imposible.

Ambos ríen entre lágrimas.

—Ojalá pudiera verte envejecer. Ver todo lo que el futuro nos depara. Pero ahora te tengo, y me basta. Nací para ti, lo acepto, y no me arrepiento.

La voz se le quiebra.

—Tal vez no esté mañana... pero viviré mientras tú vivas. Así que no te mueras, por Dios. Y duerme un poco.

Él asiente, la besa en la frente y se dirige a la puerta. Al abrirla, le dice a la mujer que espera con un niño y una niña:

—Está despierta.

Marta suspira aliviada. Despierta a la pequeña en su regazo y entran juntos a la habitación, con sentimientos encontrados reflejados en sus rostros.

Capítulo 24

Todos los que rodeaban a Eneida calificaron las últimas cinco semanas antes de su muerte como un milagro, porque fueron inesperadas.
A diferencia de la semana de vida que los médicos le habían pronosticado, Eneida vivió cuatro semanas más: amando, trabajando, aprendiendo, existiendo.

Después de sobrevivir la primera semana, Dorian le pidió que se casara con él, Ella dijo que sí Organizaron una pequeña boda en el barrio, íntima, sencilla, y Dorian fue el hombre más feliz del mundo.

Una semana después, la marca de ropa *Riá-no Eneida* fue lanzada al mundo desde ropa infantil hasta prendas para adultos de todas las tallas, sus diseños se agotaban en menos de una hora tras su lanzamiento. Riá-no rompía récords en el mundo de la moda mientras el nombre de Eneida era tendencia diaria en redes sociales.

Dorian anunció que el 50% de las ganancias se destinaría a una campaña contra el cáncer, para ayudar a familias afectadas. Fue su manera de extender el legado de Eneida más allá de la moda.

La campaña #CorreContraElCáncer cobró fuerza, con familias que habían perdido a seres queridos saliendo a mostrar su apoyo. Eneida se convirtió en un símbolo de lucha, inspiración para niñas y personas con cáncer en todo el mundo. En cada tarjeta que Dorian le traía de algún fan, en cada carta, en cada aplauso, Eneida sonreía.

Y él, en silencio, grababa esa sonrisa en su alma.

Sus últimos días fueron intensos y llenos de sentido. Conoció a los mejores amigos de Dorian, Ethan y Josue, que luego estuvieron presentes en su boda Eneida conversó con ellos como si tuviera todo el tiempo del mundo Y aunque no lo tuviera, se aseguró de llenar cada instante de luz.

Elijah, por su parte, comenzó una relación con una compañera de trabajo tras la boda de Eneida. Asumió más responsabilidades mientras Dorian se tomaba una pausa para cuidar a su esposa. A pesar de todo, Elijah estuvo allí, acompañándola lo mejor que pudo.

Dorian recuerda su última sonrisa, sus últimas palabras:
«Si muero hoy, quiero que vivas la vida que yo no pude vivir. Que seas feliz por los dos No me olvides.Y siempre te amaré».
Esas palabras lo acompañan cada día.

Eneida se fue rodeada de amor Su familia y sus seres queridos estaban allí Dorian permaneció a su lado hasta el último aliento.

El día del funeral, una semana después...

Ada entra en su habitación Lo encuentra hecho un ovillo sobre la cama, dándole la espalda.

—Oh, no otra vez —gime Dorian como un niño, apretando la almohada contra sí.

—Ya casi llega el servicio —dice Ada con voz suave—. Tienes que prepararte. Y no olvides que fue idea tuya organizar el funeral para hoy.

—Lo recuerdo —responde con voz apagada—. Pero no estoy listo para decir adiós. Puedes irte sin mí.

—No puedes faltar, Dorian. Era tu esposa. Y esto... esto no es lo que ella hubiera querido.

Él se levanta de golpe. Sus ojos están rojos, llenos de rabia y tristeza.

—¡¿Y cómo lo sabría ella?! —grita—. ¡Quería tantas cosas! Una luna de miel, hijos, envejecer juntos... ¡Y no pudo tenerlas! Así que no me digas lo que ella hubiera querido. No me lo digas.

Ada guarda silencio. Luego, con dulzura, dice:

—No puedo obligarte a hacer lo que no estás listo para hacer, hijo. Pero esto es lo último que podrás hacer por ella. Es tu despedida.

Él lo sabe. Le duele. Pero asiente.

—Dame cinco minutos.

Treinta minutos después...

La ceremonia se celebra en la iglesia *CalvaryFaith*, pequeña, privada. Sin prensa. Solo familia y amigos íntimos.

Dorian llega cuando el sacerdote ya ha comenzado. Se sienta al fondo, en silencio. No quiere llamar la atención.

Escucha cómo algunos rostros desconocidos se acercan a hablar de Eneida. No puede evitar preguntarse si realmente la conocieron. ¿Dónde estaban cuando ella los necesitaba? ¿Por qué aparecen ahora?

Ada le toma la mano, notando cómo él ha cerrado el puño con fuerza.

Luego habla la familia. El dolor en sus rostros es real, imposible de ocultar.

—¿No te vas a despedir? —le susurra Ada.

—¿Aunque no quiera?

—Tienes que hacerlo. Se lo debes.

Elijah lo mira desde el altar. Le hace una seña con la cabeza.

—¡No quiero! —responde Dorian, golpeando su pierna.
—Lo siento, mamá —dice luego, más bajo.
Ada asiente. El servicio continúa.

Cincuenta y ocho días después...

El auto de Dorian está estacionado frente al cementerio, como cada día desde entonces. Con flores en mano, observa desde lejos la tumba de Eneida. Nunca se ha atrevido a acercarse. Solo llama al cuidador y le entrega las flores, algunos dólares, y el nombre en la lápida.

Hoy, sin embargo, Jayden, el sepulturero, sonríe.

—Lo tengo hoy, gracias.

Una hora después, Dorian finalmente respira hondo. Abre la puerta del auto. Sale, con las rosas rojas entre las manos.
Camina hacia la tumba.

EneidaFaith Serrano Blackthorn
25 de diciembre de 1994 – 12 de abril de 2018
Esposa. Hija. Hermana. Amiga.
Que su alma descanse en perfecta paz.

Se muerde los labios, intentando contener las lágrimas. Pero no puede.

—Eneida... lo siento, sigo hecho un desastre —murmura, con una sonrisa quebrada—. Te necesito aquí. Te extraño, y cada día es más difícil que el anterior. Siento que es mi culpa, por no escucharte y dejarte ir.

Se sienta junto a la lápida. Mira al cielo, donde las nubes comienzan a formarse.

—¿Sigues enfadada conmigo, eh? —dice al ver que empieza a llover. Suspira—. Bueno, eso nos convierte en dos, porque yo también estoy enfadado conmigo mismo.

Hace una pausa, luego continúa:

—No dije mis últimas palabras en tu funeral, lo siento. No podía. No quería que otros las escucharan. Eran para ti. Las escribí una noche... pero las rompí. Ninguna palabra podía describir lo que sentía.
—Pero necesito decirlo ahora.

Mira la lluvia caer, empapando su camisa roja.

—Recuerdo haber jurado ser tu peor pesadilla, pero tú fuiste la mía. Me llamaste multimillonario imbecil, y tenías razón. Me enamoré de ti sin darme cuenta. No me arrepiento de nada. Ni de perseguirte, ni

de casarme contigo. Ni siquiera del dolor que ahora siento. Porque valiste cada segundo.

Las lágrimas se mezclan con la lluvia.

—Ojalá hubieras vivido. Para hacerme la vida imposible. Y aun así, te habría elegido a ti. Siempre a ti.

Mira la lápida. Sonríe entre lágrimas.

—Riá-no ha sido un éxito. Tu familia está en el ático. Les dije que era tuyo. Onü será gerente cuando cumpla 18. Kamsi se unirá pronto. Tu mamá... aún está de luto, pero es fuerte. Estoy aquí para ellos. Lo prometí.

La lluvia arrecia. Él permanece sentado.

—Probablemente te estás riendo ahora. Esto tiene tu firma por todas partes. Pero me alegra que estés en paz.
—Siempre te amaré, Ria. Y aún te extraño. Cada día.

Se pone de pie. Mira la lápida una última vez.

Y se va.

Fin.